

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula - ISSN 0328-221X - N°49, Buenos Aires, Primavera 1998 \$5



Dossier

**La educación:
impostergable
tema de la
agenda política**

Cecilia Braslavsky
Daniel Filmus
Marta Maffei
Adriana Puiggrós
Guillermina Tiramonti

Massimo D'Alema. Conversación con Umberto Eco

Proyecto político y cultural

Enzo Faletto

Travesía sobre la teoría de la dependencia

David Marquard

La paradoja de Blair

Sebastián Etchemendy

La parábola de la socialdemocracia

Edgardo Mocca

Alianza: ideas y política

Jorge Tula

Política, base social y asistencialismo

Sebastiano Mauri

Sebastiano Mauri (Milán, 1972) es graduado, con mención de honor, en Bellas Artes, Cine y Televisión en la New York University. Presentó trabajos en la Galería Jannone de Milán en 1998, y en el mismo año expuso su obra en la Sala del Fondo Nacional de Artes de Argentina. Colaboró en varias producciones cinematográficas en Italia y Estados Unidos. Su cortometraje *Vertical City* ganó los premios Martín Scorsese y Warner Brothers.

Cielos imponentes, casi siempre rojos, azules, anaranjados o amarillos, que no están pintados en forma realista, sino que más bien parecen evocaciones nostálgicas del

expresionismo abstracto de los años 50. En la línea de horizonte, muy baja, hay algún animal expectante, y, en algún caso, también árboles, pintados con una precisión académica. Vida y obra son consecuentes en este artista y ambas parecen tender hacia un mismo camino: la conciliación de los opuestos. En su lenguaje pictórico se enuncian constantemente los opuestos, pero no como una separación sino como una secreta ambición de reunión. Para Mauri la pintura y el arte todo parece ser el dispositivo mediador más apropiado para la integración del hombre consigo mismo, con su naturaleza y con la Naturaleza.

Sumario

<i>La Ciudad Futura</i> un año después	3	David Marquard , La paradoja de Blair	31
Edgardo Mocca , Alianza: ideas y política	4	Sebastián Etchemendy , La parábola de la socialdemocracia europea en los 80: entre los nuevos desafíos y los viejos legados	39
<i>La educación: impostergable tema de la agenda política</i>	7	LIBROS	
Cecilia Braslavsky , La educación argentina hoy	8	Marcos Novaro y Vicente Palermo , Un recorrido fértil	43
Daniel Filmus , Educación: ese estructurador de un proyecto de país	9	María Matilde Ollier , La violencia política y las dificultades de interpretación	45
Marta Maffei , Una concertación para que la educación sea una prioridad	12	Federico Neuburg , Entre la historia intelectual y la constitución de las identidades políticas	47
Adriana Puiggrós , Es necesario un nuevo pacto educativo	14	ENSAYO	
Guillermina Tiramonti , Curvar la vara en favor de la equidad	17	Enzo Faletto , Travesía sobre la teoría de la dependencia	49
Proyecto político y cultural . Conversación entre Umberto Eco y Massimo D'Alema	19	Jorge Tula , Política, base social y asistencialismo	56

La Ciudad Futura, Registro de la Propiedad Intelectual N°192675. BmÉ. Mitre 2094 - 1° (1039) Buenos Aires, Argentina - 953-1581. **Director fundador:** José Aricó (1931-1991). **Directores:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Consejo de redacción:** Gerardo Adrogue, Alejandro Blanco, Fabián Bosser, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Sebastián Etchemendy, Javier Franzé, Julián Gadiano, Miguel Ángel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Miramón, Ricardo Marzofin, Edgardo Mocca, Guillermo Ortiz, Osvaldo Pedrosa, Martín Plot, Ernesto Semán, Pablo Semán, Lucrécia Teixidó, Gerardo Aboy. **Comité asesor:** Emilio de Ipola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Losada, Ricardo Nudelman, Oscar Terán.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi. **Diagramación, armado e impresión:** Gráfica Integral. José Bonifacio 257, (1424) Buenos Aires.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 167, Sucursal 12, (1412) Buenos Aires. **Distribución** en la Capital Federal: Trapace, Balcarce 458 - 1° oficina 2, (1092) Buenos Aires. **Distribución** en otros países: Fernando García Cambeiro, box 014, Skyway, USA, 7331, N.W., 35th. St., Miami, Florida 33122; oficinas: Cochabamba 244, (1150) Buenos Aires, Argentina. Teléfonos 361-0473/93. **Suscripción anual:** Argentina, USS 40 - Exterior, USS 60 - Bibliotecas e instituciones, USS 80. **Cheques y giros** a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

La Ciudad Futura un año después

El número anterior de *La Ciudad Futura* apareció en octubre del año pasado, pocos días antes de las elecciones legislativas en todo el país. El tiempo transcurrido desde entonces, así como la circunstancia de que probablemente este ejemplar llegue a sus lectores en los momentos previos al desarrollo de las internas abiertas de la Alianza, obliga a hacer algunas breves consideraciones acerca del sentido general que hemos pretendido otorgarle.

Nuestra revista ha sido, desde su fundación misma, promotora del reagrupamiento de las fuerzas progresistas de nuestro país. Ese ha sido un dato fundacional y recorre toda su historia, a través de las más diversas peripecias políticas atravesadas en estos doce años transcurridos desde su primera aparición. De allí que la conformación de la alianza entre la

UCR y el Frepaso, en agosto de 1997, significara para nosotros un hecho alentador en esa dirección. El triunfo de la coalición opositora en las elecciones de octubre de aquel año insinuaba la fertilidad y la proyección del emprendimiento y abría paso asimismo a nuevos desafíos.

Un año después sería inútil negar la existencia de un clima de incertidumbre en buena parte de quienes pretendemos aportar al desarrollo de la Alianza desde una perspectiva político-cultural. Los juegos y las maniobras dirigidas a situar a cada una de las fuerzas con vistas a la interna han ocupado el centro de la escena en

desmedro del desarrollo de un diálogo con la sociedad que mantuviera abierta y potenciara la esperanza nacida con el éxito en los comicios legislativos. Si a eso sumamos el aparentemente definitivo desistimiento del presidente Menem de sus pretensiones re-eleccionistas y el resurgimiento de la figura de Duhalde a partir de su papel central en el fracaso de la intenciona menemista, queda configurado un cuadro complejo y diferente al que se esbozaba hace poco menos de un año.

Esta revista considera necesario, en consecuencia, ratificar su compromiso con el fortalecimiento de la Alianza sin que ello suponga renunciar al ejercicio de la crítica dirigida a superar lo que consideramos consecuencias de sus actores principales respecto de la propuesta que le diera origen. Dijimos en su momento y ra-

tificamos hoy que el desarrollo de la Alianza está vinculado, desde nuestro punto de vista, a la superación de su concepción como mero agregado de dos formaciones políticas preexistentes. Es necesario y posible crear ámbitos y mecanismos que permitan canalizar el aporte de vastos sectores sociales y culturales que se sienten alentados a la participación en el seno de la coalición sin pertenecer a ninguno de los partidos que lo integran. Experiencias como la convocatoria al Foro de intelectuales para el fortalecimiento de la coalición demuestran la posibilidad de tales emprendimientos así como la dificultad para sostenerlos en el tiempo sin modificar hábitos y reflejos que todavía lesionan la relación entre políticos e intelectuales.

La Ciudad Futura cree posible aportar desde su lugar y su perspectiva a la consolidación de la Alianza en tanto instrumento político electoral capaz de dar sustento a un gobierno de coalición que produzca transformaciones progresistas en la Argentina de comienzos del siglo XXI. Creemos que el modo más eficaz de nuestro aporte es el de ayudar a organizar, en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades, el debate de ideas que contribuya a definir el perfil político-programático y las líneas centrales de una política reformista en nuestro país. Este debate no puede encajarse en un estrecho provincialismo ideológico sino que necesita recoger los mejores productos de la reflexión y la práctica que hoy recorren las fuer-



zas políticas avanzadas de todo el mundo. Se trata, ni más ni menos, que de la dilucidación de las posibilidades de una política de reformas progresistas en los marcos predeterminados por la globalización de los mercados y el nuevo lugar de los estados nacionales en ese contexto.

El artículo de Edgardo Mocca es una reflexión que procura intervenir en la delicada cuestión de la relación entre política e ideas en la práctica de la coalición opositora. Hemos querido abrir una sección -a la que esperamos dotar de la necesaria continuidad- dedicada al tratamiento de las políticas públicas en los renglones centrales sobre los que tendrá que actuar un eventual gobierno de coalición. Haber iniciado este ciclo con un debate sobre la educación implica un reconocimiento de la centralidad de la cuestión para la construcción de un horizonte de igualdad de oportunidades en nuestra sociedad. Guillermina Tiramonti, Adriana Puiggrós, Marta Maffei y Cecilia Braslavsky responden desde diferentes perspectivas de aproximación un cuestionario elaborado por *La Ciudad Futura*.

Hemos querido otorgarle un espacio destacado al análisis de experiencias internacionales que puedan estimular nuestra reflexión sobre la práctica política de las fuerzas promotoras de reformas progresistas en el mundo. La conversación entre Umberto Eco y Massimo DiAlema es una reafirmación del valor de la política vista desde la experiencia de la coalición Olivo en Italia. David Marquand analiza la experiencia del New Labour inglés refutando la pretendida continuidad entre esta experiencia de gobierno y la del conservadurismo thatcherista. Y como la socialdemocracia venció en Alemania y se enseñorea en Europa, Sebastián Etchemendy se interroga acerca de si esta corriente del pensamiento socialista resolverá adecuadamente la encrucijada entre los viejos legados y

los nuevos desafíos. Y sobre los desafíos también escribe Jorge Tula, quien se pregunta cómo transitaremos el difícil camino que tenemos ante nosotros para crear una nueva esfera pública sin caer ingenuamente en la creencia de que la contaminación estatal afecta iper se cualquier gestión y que por tanto conviene otros las lleven a cabo. A su vez Enzo Faletto, en una formidable conferencia pronunciada en el Club de Cultura Socialista, que por su importancia hemos decidido editarla, realiza una "travesía sobre la teoría de la dependencia".

Es de este modo que nuestra revista retoma el diálogo con sus lectores. Lo hacemos procurando intervenir abierta y críticamente en la discusión sobre el futuro del reagrupamiento progresista con la misma pretensión de siempre: la de preservar la independencia de la publicación respecto de los partidos políticos sin renunciar a un compromiso con la suerte del progresismo en nuestro país. Como suele afirmar Norberto Bobbio independientes pero no indiferentes".

Una invitación a la reflexión

Carlos Altamirano, Marín Caparrós, Horacio González, Eduardo Grüner, Emilio de Ipola, Leon Rozitchner, Beatriz Sarlo y Horacio Tarcus

Entrevistas de Javier Trímboli

La izquierda en la Argentina

Este libro constituye un conjunto de aproximaciones a la realidad histórica, la actualidad inmediata y el futuro posible de la izquierda. Una revisión de sus tradiciones teóricas y de sus objetivos políticos, al tiempo que un diagnóstico de su situación actual, en la Argentina y en el mundo. Ocho intelectuales, de un amplio arco ideológico y distintas generaciones y ámbitos culturales, reflexionan a través de estas conversaciones cuidadosamente editadas con la colaboración de los entrevistados, y articulan sus experiencias personales con el pasado y el presente del pensamiento y de la acción política de la izquierda. El resultado es una discusión de alto nivel y un debate sobre los desafíos que se le plantean a la izquierda en este fin de siglo.

MANANTIAL

Libros

Alianza: ideas y política

El 14 de julio último se realizó en el Hotel Castelar una reunión con el fin de organizar un Foro por el gobierno de coalición. La iniciativa fue convocada por las direcciones políticas de la UCR y el Frepaso con el objeto de establecer un mecanismo permanente de consulta y debate sobre el perfil político-cultural de la Alianza así como acerca de su proceso de institucionalización. En la segunda reunión llevada a cabo en la misma sede participaron e hicieron uso de la palabra Raúl Alfonsín y Carlos Chacho Álvarez. El artículo siguiente reflexiona sobre el significado del evento.

Edgardo Mocca

Entamente la política argentina va tomando conciencia de un hecho aparentemente simple y natural: se está terminando el segundo mandato de Menem y no habrá, por ahora, un tercero. Es una consecuencia lógica del texto constitucional y, al mismo tiempo, una novedad política de importancia considerable. En las últimas décadas no se habían presentado condiciones históricas tan favorables al el éxito de un proyecto hegemónico y, al mismo tiempo, premisas de orden cultural lo suficientemente importantes como para hacerlo naufragar. La solución de la crisis terminal de una matriz so-

cioeconómica dramáticamente escenificada por la hiperinflación aparecía como la plataforma sólida de un consenso duradero capaz de transgredir todos los diques de contención de la frágil tradición institucional argentina. En 1994 se insinuaba un horizonte promisorio para la durabilidad de los designios hegemónicos; en 1998 éstos parecen haberse desdibujado casi totalmente.

En estos años, especialmente desde 1994 con la reforma constitucional, el territorio político quedó organizado en torno a una cuestión de régimen: hegemonía o alternancia, democracia constitucional o plebiscitarismo. Aunque el discurso de la oposición se deslizará permanentemente al terreno de la ética pública, subyacía en su gramática una correspondencia entre corrupción, impunidad y perpetuación en el poder que constituía su riqueza política principal. Aquí parece haber radicado buena parte de su éxito en el último período: despreñada de esa referencia al universo político-institucional, la apelación a la ética no hubiera modificado grandemente las preferencias electorales de una sociedad poco predispuesta a esperar la emergencia de líderes y partidos incontaminados y al margen de los vicios considerados consustanciales a la política.

Ahora la "cuestión de régimen"



parece haber dejado (¿provisoriamente?) de existir. No habrá "Menem 99". Quedan los mal llamados problemas sustantivos (como si no lo fuera y el principal de ellos la vigencia de la democracia constitucional). Quedan los "usos del poder". Su contenido axiológico, su sustento en cierta idea de bien común o de sociedad "bien ordenada". Es, aunque suene demasiado pomposo, "la hora de las ideas".

La política y los políticos, especialmente los de la oposición, son sentados (de hecho hace rato que lo están) en el banquillo de los acusados. Electoralismo, seducción mediática cuando no frivolidad y farandulismo, ausencia de iniciativa, conservadurismo, tributo incondicional a las exigencias surgidas en las encuestas, resignación a lo dado como inmodificable son algunos de los cargos que se esgrimen contra ellos. Lejos de constituir un devaneo intelectual inconsistente, estas demandas lucen le-

gítimas y razonables. Sin embargo parece subyacerles un supuesto ciertamente dudoso: habría una "sociedad" que es mejor que sus políticos, una ciudadanía predispuesta y hasta ansiosa de escuchar otro mensaje y de premiarlo no sólo con su voto sino con su participación política y su entusiasmo. El resultado de ambos datos -una política anquilosada y una sociedad inquieta y demandante- es la "crisis de representatividad".

Esa construcción argumentativa estimula recurrentemente la idea de que es posible un impulso regeneracionista, un salto hacia "otra forma de pensar y hacer política". El enunciado es loable y hasta cierto punto expresa una meta por la que vale la pena trabajar. El problema es que la democracia es un régimen que tiene a la rutina, a la reproducción de sus propias prácticas. Es un régimen moderado y prudentemente autocorrectivo, no una fuente permanente de saltos revolucionarios y ni siquiera un proveedor de novedades cotidianas. Los tiempos de la democracia son largos y los habitantes de este país no nos hemos acostumbrado demasiado a esta larga duración. Siempre hemos vivido -la idea es de Beatriz Sarlo- un síndrome de inminencia: algo estaba siempre por ocurrir; algo muy grave y trascendente, algo que terminaría con la injusticia, la arbitrariedad... o por lo menos con el aburrimiento.

La política "realmente existente" en la Argentina justifica las quejas y el malhumor. Los males que se le achacan son reales y ante todo resulta necesario -y en este caso sí urgente- poner fin a los anillos que la enredan cotidianamente con la corrupción por la vía de la opacidad de su financiamiento. También es dable reconocer que su capacidad de atraer fuerzas nuevas es sumamente deficitaria. La pobreza de ideas existe y hasta cierto punto es difícil imaginar un estado de abundancia en la materia puesto que hablamos de ideas políticas, es decir viables en el aquí y aho-

ra de la ciudad. Ciertamente la política debe saber alimentarse de sueños y de ideales sin los cuales se reduce a la administración burocrática de lo existente; pero hay que admitir que quien hace política solamente con valores ideales tiene pocas probabilidades de éxito en la competencia real.

En todo caso de lo que aquí quiere hablarse es de algo que resulta muy antipático: de la responsabilidad de quienes juzgamos a la política y a los políticos. De nuestra tendencia a situarnos de manera ambivalente, en la política y fuera de ella. Solemos ser políticos a la hora de opinar sobre su *deber ser* necesariamente incumplido. Y nos ponemos habitualmente fuera de ella para establecer nuestra diferencia con sus prácticas cotidianas a las que percibimos vacías de proyectos y de horizontes. La política, creo, nos incluye inexcusablemente aunque no hagamos de su ejercicio nuestra práctica cotidiana. Sus miserias son las nuestras, la posibilidad de su superación no nos es ajena.

Los cambios sociales, políticos y culturales, a escala nacional y mundial han producido una perplejidad generalizada que no siempre aparece reconocida a la hora de hablar de la realidad política. Pensar en el país después de Menem es una exigencia intelectual muy severa, mucho más por la radicalidad del cambio operado en el escenario nacional y mundial que por la gravitación de un estilo político que ya aparece en su ocaso. De paso habría que subrayar que, contra cierta interpretación "basista" acerca del triunfo de la "opinión pública", fue en el territorio mismo de la política donde surgieron los antidotos contra las fantasías hegemónicas; la Alianza es en sí misma una idea política y no de las menos importantes.

Es previsible entonces que las nuevas ideas, las que piensen un nuevo contrato fiscal, una nueva relación entre el Estado con el mercado, nuevas prioridades en materia de inclusión e igualdad de oportunidades, emerge-

rán de la práctica política. Y no de una práctica política bruscamente renovada y súbitamente purificada sino de este suelo árido y a veces pantanoso surcado de cálculos electorales y ambiciones personales que es la propia de un país democrático. Para facilitar ese proceso sería interesante que pensáramos la política con nosotros adentro.

Acaso sea pensable un "nuevo contrato" entre el mundo político y el mundo intelectual, aunque la designación sufra el síndrome de la proverbial grandilocuencia propia de la "política espectáculo". Este contrato podría tener una cláusula inicial que preservara el mutuo reconocimiento y respeto entre las partes y confeccionar a partir de allí una agenda de interés común sin urgencias electorales ni prejuicios antipolíticos. Es un proyecto de largo aliento que probablemente asista a marchas y contramarchas, entusiasmos y desilusiones pero que de ninguna manera debería ser archivado por impracticable si no se quiere dejar el campo de la política en manos exclusivas del pragmatismo neoconservador y reducir la producción de ideas políticas a censúlos privados de toda productividad.

El Foro por un gobierno de coalición es una iniciativa surgida de los líderes principales de la Alianza. Podría llegar a convertirse en un ámbito de encuentro, de creación y de crítica enmarcado en esa novedad política central de nuestros días que es la conformación de la coalición UCR-Frepaso y la posibilidad de su triunfo en las próximas elecciones presidenciales. Su potencial de desarrollo está asociado a la existencia de un vacío innegable: el de canales aptos para la producción y circulación de ideas factibles de enriquecer el horizonte de los actores políticos progresistas. Quienes pensamos que la etapa política abierta crea la ocasión de un nuevo vínculo entre el mundo de las ideas y el de la práctica política tenemos el derecho de sentirnos convocados.

La educación: impostergable tema de la agenda política

Junto a la problemática social, la educación constituye uno de los elementos centrales de la agenda que orientará el nuevo ciclo político.

La Ciudad Futura tiene manifiesta intención de aportar -dichos- elementos para un debate que necesariamente se deberá producir, en camino de generar los consensos que permitan dotar de legitimidad a las políticas de Estado que -hoy- aparecen como una necesidad insoslayable.

En dicho sentido, en el presente número hemos convocado a importantes miembros de la comunidad educativa, y a profesionales especializados, para que opinen sobre las prioridades de la agenda. Se transcriben en este reportaje las opiniones de Adriana Puigros, Guillermina Tiramonti, Marta Maffei, Cecilia Braslavsky y Daniel Filmus, quienes respondieron al cuestionario de cuatro preguntas entregado por LCF.

Mas allá de la posición concreta de cada uno, es posible encontrar ejes comunes que cruzan todas las opiniones:

En primer lugar, la necesidad de construir consensos. Las iniciativas políticas más importantes relacionadas con el sector en el período democrático (el Congreso Pedagógico Nacional, la descentralización educativa y la Ley Federal de Educación) nos recuerdan que toda política de Estado que pretenda introducir reformas estructurales debe fundarse en consensos fuertes, y que en el proceso de generación de éstos, el gobierno nacional debe constituirse en eje articulador y conductor del proceso, sosteniendo al mismo tiempo propuestas claras y vocación de diálogo con los sectores involucrados.

El gobierno que surja de las elecciones de 1999 deberá asimilar las experiencias previas: una política de Estado se construye con un gobierno dispuesto a escuchar a todos los sectores y a interpretar sus demandas, pero requiere a tomar posiciones firmes y conducir los debates. Los fracasos de estos años nos han demostrado que ni la huida hacia delante ni el autoritarismo tecnocrático y sordo conducen por el buen camino.

Aparece también planteado en todas las exposiciones el problema presupuestario. Respecto de este tema, lo llamativo es que a pesar de los discursos casi unánimes respecto de la necesidad de aumentar el presupuesto -que por otra parte es un mandato constitucional- el proceso de toma de decisiones en este aspecto ha adquirido un carácter sinuoso y complicado. A decir verdad, esto no

debe sorprendernos, ya que toda decisión que involucre recursos (es decir las prioridades que una sociedad establece respecto de sus propias necesidades) genera resistencias, porque todos los gastos e inversiones compiten entre sí sobre un monto presupuestario total finito y escaso. Es por ello que insistimos que sin fuertes consensos y sin un gobierno dispuesto a tomar decisiones desde una política de estado, no habrá reforma posible.

Por otra parte, el aumento presupuestario será un esfuerzo inútil si no va acompañado de una reforma abarcativa y legítima. Y en este aspecto debemos ser claros: el problema presupuestario no debe ser reducido a la satisfacción de demandas sectoriales. El aumento salarial a los docentes -sin duda una necesidad- debe ser un capítulo más de un programa que incluya capacitación, rendimiento y evaluación en sus objetivos. Porque no debemos olvidarnos de que el objetivo del presupuesto educativo es -primariamente- brindar educación a nuestra sociedad en condiciones que permitan su desarrollo, y no satisfacer intereses sectoriales. Sin desconocer que uno de los elementos insdisponibles de este proceso es la remuneración justa a los docentes, debemos tener en cuenta que la vía populista destinada antes a descomprimir conflictos sectoriales que a avanzar en el desarrollo de una política integral no es el camino para reconstruir el deteriorado sistema educativo de nuestro país.

Por último, nos parece importante hacer una reflexión sobre la Ley Federal de Educación. En general coincidimos con lo expresado por los expositores: la implementación de la Ley requiere de profundas correcciones, menos vinculadas a su contenido que a la forma en que se la intenta implementar. El pretendido "saber técnico" en el que se funda la Ley se desmorona ante las dispares realidades de cada región, y pone de relieve la ligereza con que se la intentó implementar.

Es importante -sin embargo- rescatar lo que varios expositores advierten: la Ley admite modificaciones, y seguramente las mismas formarán parte de la agenda del próximo gobierno, pero el escenario creado a partir de su aprobación es irreversible.

De lo que no caben dudas es de que nuestra sociedad merece que la educación sea una de las prioridades principales del próximo gobierno. Sin un sistema educativo moderno, universal, democrático y eficiente no podremos ni siquiera pregonar una sociedad más igualitaria.

Cuestionario Educación

a) ¿Cuáles son las prioridades educativas que deberían ser abordadas por una política para el sector, en el próximo período de gobierno?

b) La discusión sobre el nivel de inserción pública necesaria en educación y las posibles fuentes de recursos adicionales, está estrechamente vinculada al problema de los excluidos y a la calidad de la educación. ¿Cómo conciliar calidad e inclusión en una política educativa? ¿Qué políticas hacer para dar cuenta de ellas?

c) Durante el actual gobierno se han implementado una serie de políticas que conforman la reforma educativa. ¿Qué aspectos deben rescatarse, cuáles cambiar y en qué sentido, y cuáles deben ser abandonadas?

d) Hay consenso entre los políticos de diferente filiación partidaria en la necesidad de transformar ciertas políticas sectoriales en políticas de estado. Para definir y acordar políticas para la educación ¿qué actores colectivos deberían participar en una eventual mesa de concertación nacional?, ¿qué responsabilidad le compete a cada sector involucrado?

La educación argentina hoy

Cecilia Brastavsky

Cuando se inició el proceso de transición a la democracia, en 1983, en la Argentina había currículos -el equivalente a los planes y programas de estudios- que indicaban que sólo se podían enseñar 13 letras en primer grado de la escuela primaria: las vocales y 8 letras más. No había estadísticas educativas ni sistemas para saber cuánto aprendían los niños y jóvenes en los colegios. Las construcciones escolares se habían paralizado, y los docentes que deseaban capacitarse debían pagar de su bolsillo. Las modalidades de la educación secundaria se habían quedado estancadas para responder a las lógicas de la vida política y de la vida económica de la década de los 50. Un ministro de educación había indicado no recomendar la compra de libros de lectura, e incluso padres de clase media urbana habían entrado en la lógica de que no se puede recomendar libros a quienes tienen dificultades económicas, desatendiendo el hecho de que un li-

bro de lectura cuesta lo mismo que un par de gaseosas o que los cigarrillos de un mes.

No es el propósito de este artículo abrumar con información. Pero los datos están para ser usados. Los planes y programas de estudio son hoy extremadamente modernos y están orientados por la búsqueda de formación para una democracia participativa, una economía sólida y una sociedad justa. En los Contenidos Básicos Comunes para toda la educación argentina y en todos los currículos del país se proponen el énfasis en la producción y en la comprensión lingüística buscando un primer nivel de comprensión de textos completos en el primer grado. También para todos se proponen Contenidos referidos a los Derechos Humanos. Lejos de quedar en la retórica, diferentes iniciativas tales, como el Programa para la Promoción de los Derechos del Niño, promueven su progresiva introducción. Emociona ver colgados en las paredes de las escuelas los afiches que invocan esos Derechos y detrás de los cuales hay un consis-

tente trabajo docente incentivado por las autoridades educativas nacionales y provinciales.

En el Nivel Polimodal se propone, por un lado, la incorporación, a los viejos comerciales e industriales, de la opción de estudiar Filosofía o Psicología, al mismo tiempo que para los viejos nacionales se dispone la introducción de contenidos de tecnología. Esto es necesario para pasar de una lógica de "especialización" temprana de la formación, a otra más rica. Ahora no se trata de que algunos jóvenes sean formados para dirigir y pensar, como se concibió a la hora de armar los bachilleratos; y otros para elegir representantes y hacer, como derivó en muchos industriales y comerciales. Se trata de que todos aprendan a hacer pensando y a pensar haciendo, y de que todos aprendan a gobernarse y a deliberar y no sólo a elegir representantes.

Para todo esto se necesitan libros. 14.000.000 millones fueron distribuidos gratuitamente en todas las escuelas donde los chicos los necesitaban como al agua. Usted leyó bien: ca-

torce millones. Nunca antes en la historia argentina esto había ocurrido. Se construyeron innumerable cantidad de metros cuadrados de aulas y se organizaron cursos gratuitos para cientos de miles de docentes. Nuevamente usted leyó bien: más de 600.000 docentes tuvieron oportunidad de algún enriquecimiento profesional sin pagar.

Pero, además, todo esto no fue inútil. En las provincias más pobres hubo mejoras de hasta un 25% en resultados de aprendizaje de los chicos entre 1993 y 1997. Pero lo que es más interesante, la brecha entre lo aprendido por alumnos de la educación de gestión privada y de gestión estatal -donde están los chicos más pobres- se acortó en el mismo período del 13.3% en lengua al 11.1% y del 13.9% en matemática al 10.2%. Es poco pero interesante

¿Por qué, entonces, sigue habiendo disconformidad? ¿Por qué mucha gente protesta? Hay diversas razones. Primero, porque en algunas provincias los cambios se proponen demasiado rápido y con poco intercambio y posibilidad de enriquecimiento a partir de las prácticas de la gente. Segundo, porque algunas iniciativas no son de alta calidad homogénea. Entre las propuestas de capacitación, por ejemplo, las hay muy buenas y las hay superficiales o extemporáneas. Tercero, porque algunas primeras disposiciones tienen que ser modificadas. Por ejemplo, es dudoso que cursos breves de 30 horas sean lo mejor para el esfuerzo de capacitación que se requiere. Cuarto, porque todo cambio es vida, pero también tiene algo de muerte, y de enfrentamiento a la incertidumbre.

Pero detrás de esa lista, sin duda

incompleta, se esconden además tres megaproblemas que aún no están siendo encarados con la energía requerida. Los salarios es uno. ¿Cómo no va a haber malestar en muchos cuando el esfuerzo exigido es tanto y el reconocimiento salarial tan poco? La lentitud en los procesos de reforma genuina del Estado para fortalecerlo es otro. ¿Cómo se van a hacer las cosas todo lo bien que se necesita, si apenas se comienza a recomponer la capacidad ejecutiva de estados provinciales desgastados por el clientelismo y las dictaduras -cuando no nunca existentes- a través de décadas? Tercero, ¿cómo se van a enriquecer los procesos si el canalismo político y la retórica refractaria al uso honesto de la información todavía -aunque en retroceso- campean en nuestra cultura?

Educación: ese estructurador de un proyecto de país

Daniel Filmus

1. en primer lugar hay que aclarar que la futura conducción del sistema recibirá un Ministerio que no administra escuelas, por lo tanto su capacidad de transformación estará íntimamente vinculada a la posibilidad de concertar con las jurisdicciones las estrategias de cambio. En este marco, la primera prioridad respecto a la educación es concebirla como *prioridad para las estrategias de desarrollo económico-social*. No nos estamos refiriendo únicamente a dotarla de más recursos a partir de una mayor participación en el presupuesto. Concebirla como prioridad implica, entre otros aspectos, no tomarla como una política social más, sino *colocarla como eje estructurador de un proyecto de país*. Ello es necesario porque la edu-

cación es un factor principal en el conjunto de los aspectos que conforman un modelo social democrático e integrador: en la construcción de valores que permitan consolidar y profundizar la democracia, en la afirmación permanente de la identidad cultural, en la posibilidad de integración social y de lograr crecientes niveles de justicia social y en la generación de mayores niveles de productividad y competitividad económica.

Respecto a las prioridades al interior de las políticas educativas, considero que en primer lugar es necesario desarrollar políticas y estrategias que permitan recuperar la *jerarquía y profesionalidad del trabajo docente*. El deterioro de su situación es el factor que más condiciona los niveles de calidad del sistema y, por lo tanto, el futuro de la educación argentina. También dificulta seriamente el avance hacia cualquier proyecto

transformador. Ello implica la resolución de la *problemática salarial*, pero de ninguna manera se agota allí. El sueldo no sólo condiciona el nivel de vida del docente. En nuestra sociedad también define la jerarquía y el prestigio social de una profesión y por lo tanto se convierte en el principal factor de selección de los futuros docentes. La declinación del nivel socioeconómico, del capital cultural y de las trayectorias escolares de los aspirantes al magisterio es un factor que está condicionando dramáticamente el futuro de la educación, y sólo es posible revertirlo a partir de un conjunto de estrategias que prioricen al magisterio. La importancia del tema amerita que, a pesar de que los maestros dependen de las provincias, sea abordado también desde la esfera nacional. La concertación con los gremios de un *salario básico digno para todo el país con garantía*

en la asignación específica de fondos coparticipables, a partir del cual se acuerden por provincia las condiciones particulares, es el mayor aporte que el Estado nacional puede realizar. Junto con la cuestión salarial, es necesario la *transformar profundamente la formación de base y las posibilidades y calidades de capacitación permanente*. También promover mecanismos que incentiven el perfeccionamiento y mayores niveles de autonomía en el trabajo a partir de modificaciones institucionales que contemplen mucho más la importancia del éxito del resultado del trabajo que el cumplimiento de las normas burocráticas.

La segunda prioridad está vinculada a la necesidad de *articulación del sistema educativo nacional*. Las diferentes estrategias de aplicación de las transformaciones educativas en las provincias (y al interior de ellas) han creado un creciente nivel de heterogeneización de situaciones. El papel del Ministerio de la Nación en la conducción del Consejo Federal es fundamental para generar un proceso de evaluación profundo de la situación existente y concertar nacionalmente estrategias de articulación e integración de los sistemas.

En tercer lugar, es necesario priorizar un *gran esfuerzo de compensación*. Las investigaciones muestran que tanto la crisis social como las condiciones educativas brindan un panorama muy desigual en el servicio educativo que se ofrece. Es función del Estado Nacional proveer los recursos humanos, técnicos y materiales necesarios para volcarlos a las regiones y sectores en situación de desventaja. Ello obliga a continuar y profundizar las estrategias focalizadas que se llevan a cabo a partir del Plan Social. En este marco, la necesidad de *integrar a los niños que han quedado al margen de los 10 años de escolaridad obligatoria* pasa a ser fundamental. Dotar de *escolaridad de jornada completa a los niños que*

proviene de los hogares más carentes también permitiría contribuir a generar mayores niveles de igualdad de oportunidades.

Por último, el Estado Nacional también debe priorizar el *apoyo a las transformaciones pedagógicas e institucionales* que se lleven a cabo en las jurisdicciones con el objeto de elevar la calidad educativa y dotar de mayor participación y poder de decisión a las comunidades educativas. La contribución de sus equipos técnicos en los temas curriculares, organizacionales, técnicos, etc., es fundamental. Lo mismo que el aporte del *equipamiento tecnológico* que posibilite el acceso de todos los niños y jóvenes a las transformaciones de fin de siglo.

En virtud de la brevedad del artículo no abordaremos los aspectos de política universitaria y de desarrollo científico-tecnológico que también exigen la selección de prioridades específicas.

2. En el marco de la escasez de recursos, resolver la ecuación cantidad - calidad pasa a ser uno de los desafíos principales del próximo gobierno. A pesar de los avances que se han producido en los aspectos cuantitativos del sistema, aún queda una importante proporción de la *población fuera de los 10 años de escolaridad obligatoria que marca la Ley* (cerca de 400.000 niños y jóvenes). Pero al mismo tiempo la realidad del mercado de trabajo muestra que la finalización del nivel medio ha pasado a ser un requisito para el acceso a un trabajo digno. De esta forma, la demanda por la *universalización del secundario* (cerca de la mitad de la población no lo culmina) tenderá a fortalecerse. Sin lugar a dudas, éstas son las prioridades cuantitativas respecto de la inversión de recursos. Pero es evidente que la inclusión de estos sectores requiere de políticas sociales integrales que abar-

quen el conjunto de las carencias que muestran los grupos históricamente excluidos del sistema. No se trata únicamente de colocar más asientos. Al mismo tiempo, incorporación al sistema tampoco garantiza la adquisición de los saberes y competencias que la escuela promete. Por ello las *políticas de cantidad deben ser acompañadas por estrategias que aseguren una educación de calidad. Aquí no hay medidas mágicas que permitan cambios profundos de un día para el otro*. La concertación de políticas a largo plazo (en la dirección que marcan las prioridades anteriormente mencionadas) que permitan que el aumento de los recursos esté acompañado por una mejora paulatina de la calidad del servicio pasa a ser fundamental. Ello sólo es posible a partir de la garantía en la continuidad de las estrategias de cambio que se definan.

3. A partir de la recuperación de la democracia se ha avanzado en un conjunto de aspectos. Los más importantes tuvieron que ver con la restauración de la libertad de expresión y organización de los actores del sistema, el funcionamiento democrático de las instituciones y la recuperación de la autonomía y el cogobierno en la Universidad. También se avanzó en la asunción de una conciencia generalizada acerca de la crisis educativa y la necesidad de una transformación integral. Es necesario profundizar más aún estos aspectos. Respecto de las estrategias de cambio adoptadas en el último gobierno, considero que la *Ley Federal brinda un marco adecuado* que, cuanto menos, no obstaculiza ningún cambio educativo democrático. Algunos aspectos que propone la Ley, como la *elevación de la escolaridad obligatoria, el comienzo del desarrollo de estrategias de evaluación de la calidad, la aprobación de contenidos básicos comunes, la jerarquización del docente, la ma-*

yor participación comunitaria en las escuelas, las políticas compensatorias, la duplicación del presupuesto educativo en 5 años, etc., considero que son ampliamente consensuados. Los principales problemas no radican en el texto de la Ley, sino en muchos casos de su no implementación y en otros, de las características de su aplicación. En una importante parte de las jurisdicciones utilizaron la "excusa" de la transformación para realizar procesos de "ajuste" económico que deterioraron fuertemente la calidad y ataron las posibilidades de cambio a una lógica financiera. En otras se adoptaron estrategias totalmente divergentes ante un mismo cambio (por ej. 3er. ciclo de la EGB) que distorsionaron el sentido original de ciclo y fragmentaron más aún el sistema.

De cualquier manera considero que un conjunto de aportes técnicos (como los CBC por nivel, los TTP, el inicio de las evaluaciones, el sistema de información nacional) y algunas acciones como las llevadas adelante por el Plan Social Educativo y el programa de becas para estudiantes pueden ser debates, pero con el objetivo de avanzar a partir de lo realizado. En este punto es necesario volver a tomar en cuenta que el cambio de gobierno será a nivel nacional y que muchas jurisdicciones continuarán con sus actuales gestiones. Cualquier estrategia que se considere "fundacional" y no concerte los cambios, corre el riesgo de aumentar la ya comentada heterogeneidad y desigualdad que actualmente existe a nivel interprovincial.

En otras áreas, como por ejemplo la *transformación de los tercia-*

rios y la formación docente continúa de calidad, es muy poco lo que se ha hecho. Lo mismo se puede decir del proceso de *descentralización* de los servicios, que en prácticamente la totalidad de las jurisdicciones se limitó a una desconcentración que no significó mayores posibilidades de toma de decisiones por parte de los docentes del conjunto de la comunidad educativa, ni generó incentivos para la mayor autonomía institucional.



Pero uno de los "giros" principales de las políticas debe estar dado en torno a la *generación de instancias participativas para el debate, implementación y evaluación de las transformaciones*. Se ha subestimado el papel del docente en la elaboración y la participación crítica y consciente en el cambio. La autoridad "técnica", por fuerte que sea no puede reemplazar el protagonismo de los docentes, que es el actor encargado de que toda reforma entre a alula.

4. Como quedó planteado a lo largo del cuestionario, la problemática de la concertación educativa es fundamental para llevar adelante con éxito cualquier política transformadora. Sin ella no se conseguirán los acuerdos, los tiempos, las energías y los recursos necesarios para el cambio. Existen por lo menos 4 tipos de concertación en las cuales el Estado nacional puede adquirir el

rol protagónico. El primero ya fue planteado y tiene como actores principales a las provincias. Se trata de acordar la necesidad de una *evaluación profunda de la situación y de promover urgentes medidas de articulación del sistema*. La segunda implica abordar en conjunto, con jurisdicciones y representantes de los gremios docentes, la elaboración de una *plataforma salarial básica y digna, y de condiciones de trabajo que jerarquicen, den autonomía e incentiven la calidad de trabajo docente*.

El tercer acuerdo debe incluir, junto con los actores antes mencionados, al mundo académico, las universidades e investigadores, las empresas, el

tercer sector, etc., a los efectos de acordar las *estrategias apropiadamente educativas que permitan poner a las escuelas de cara a los problemas y desafíos de la Argentina de fin de siglo*. Por último, es imprescindible un acuerdo político que, aunque manteniendo diferencias, coloque un *núcleo central de estas estrategias bajo el "paraguas" del concepto de políticas de Estado* y las aparte de los intereses partidarios y los calendarios electorales.

Una concertación para que la educación sea una prioridad

Marta Maffei

A) Sin ninguna duda para la educación es prioridad resolver los graves problemas que hoy evidencia el sistema educativo:

- *La recuperación de los que están fuera del sistema*, en edad escolar o no. Con énfasis en los adolescentes y adultos provenientes de los sectores excluidos y que hoy tienen severísimas dificultades para acceder al empleo o para organizarse en trabajos independientes. Se trata de más de un millón de personas totalmente analfabetas, y de dos millones y medio de ciudadanos mayores de 20 años que no han completado su educación primaria.

- *Evitar la repitencia y la sobreedad* que vuelve a castigar a los sectores más pobres. El fracaso es el primer paso hacia el abandono, por eso es necesario tener políticas especiales para el sector: becas, material didáctico, alimentación, vestido, transporte, atención sanitaria y refuerzo horario. Los mayores costos de este tipo de políticas se ven compensados prontamente por el descenso de la repitencia y los restantes beneficios de una escolaridad exitosa.

- *Realizar un esfuerzo significativo en la Escuela Media* hoy seriamente comprometida. En tal sentido es imperioso que los docentes puedan concentrar su trabajo en una sola escuela, y con horas liberadas del dictado de clase para el trabajo con los alumnos y con la comunidad, así como la posibilidad de emprender tareas interdisciplinarias, proyectos institucionales, profundizar el trabajo en equipo, la investigación, el perfeccionamiento y la actualización. Dinamizar el proceso educativo conforme a las necesidades y demandas de la sociedad.

- *Apoyar fuertemente la educación inicial*, en particular para los sectores con dificultades económicas desde los 45 días en adelante.

- *Transformar la política educativa en una política de consensos*, es decir una política de Estado en la que puedan verse involucrados los distintos actores sociales y fuerzas políticas, más allá de la gestión puntual de uno u otro gobierno, pensando en las necesidades educativas en el mediano y largo plazo, acorde a los tiempos que demandan los procesos sociales.

- *Invertir en educación* para que el conocimiento socialmente valioso sea puesto al alcance de toda la población. En tal sentido señalamos la necesidad de plantearse la educación más allá del concepto tradicional de "niños y escuela". Hay que pensar en educación durante toda la vida, en adultos y ancianos que, sin un proceso de actualización, en 5 años perderán sus posibilidades de inserción social. En trabajadores, empleados y con largos períodos de desocupación, que deberán ser captados por el sistema educativo -formal o no- para permitir una nueva adaptación a procesos crecientemente exigentes en materia científica y tecnológica.

B) No es posible asegurar la calidad educativa, la actualización, especialización, salarios dignos y la democratización sustantiva del sistema (no sólo inclusión sino calidad para todos) sin una adecuada inversión. No se trata sólo de un porcentaje adecuado del presupuesto. Los presupuestos están definitivamente restringidos por la incapacidad recaudadora del sistema tributario, jaqueado por las excepciones y la evasión. Se hace necesario entonces exigir una inversión acorde a un porcentaje del Producto Bruto Interno que debe ser, al

menos, del 6%. Cualquier inversión por debajo de esta cifra sería sólo una política de sostenimiento, sin expansión, ni siquiera actualización. Piénsese en la celeridad del proceso de conocimiento y adviértase que en educación la permanencia es retroceso.

Un capítulo aparte merece el tema de la sospecha y aun la evidencia de corrupción en el manejo de los fondos. En tal sentido es imperioso organizar formas de control social y en particular de los propios miembros de la comunidad educativa y las organizaciones sociales que los representan.

C) La reforma en marcha ha generado grandes conflictos en el sistema nacional de educación, hoy decididamente fragmentado. La nueva estructura desarticula, sin agregar ninguna ventaja, los aspectos positivos del anterior sistema.

Los cambios introducidos sin consenso ni participación, generalmente improvisados y sin la infraestructura ni la capacitación adecuadas, son profundamente superficiales. La incorporación de algunos contenidos tecnológicos no alcanza a subsanar las serias falencias de un proyecto estructurado sobre la base de las demandas del Banco Mundial, que deja afuera la ética, los valores y en particular el desarrollo sustentable y sostenible profundamente humano y comprometido como fundamento epistemológico del proceso educativo.

D) Tal como se definió en las prioridades educativas, sin duda el consenso y la participación democráticos son la clave para transformar la política educativa en una política de Estado. *La convocatoria a esa participación debe ser amplia y generosa.*

Deberá respetar las características de cada comunidad, atendiendo a la pluralidad y diversidad sin desestimar a priori el aporte de ningún sector. Sin duda las expectativas, necesidades y objetivos de cada actor social serán distintos. Por ello se debe procurar un desarrollo democrático de las negociaciones definiendo también anticipadamente cuáles serán los mecanismos para resolver las contradicciones.

En especial deberá comprenderse que la educación es un proceso a mediano y largo plazo y por lo tanto no puede orientarse sólo a responder a las urgencias y demandas inmediatas.

También interesa determinar, de común acuerdo, las cuotas de responsabilidad que asumirá cada sector participante. Los estudiantes, padres, docentes, organizaciones intermedias, funcionarios, gobiernos, cada quien asumirá su cuota de responsabilidad, y en esa medida podrá asegurar su participación.

La convocatoria tendrá también distintos actores según sea el aspecto o la dimensión del sistema que se pretenda consensuar. Los padres, alumnos y docentes, junto a las autoridades educativas y los distintos sectores de cada comunidad escolar, tendrán un peso relevante en la definición del proyecto institucional, en tanto que las organizaciones nacionales, el gobierno, los partidos políticos, las centrales de trabajadores, las organizaciones empresarias, entre otros, deberán ser quienes definan el proyecto educativo macro. *Sin duda las partes deberán hacer un gran esfuerzo para organizarse y dotar a la concertación de la necesaria credibilidad.*

Estamos convencidos de que es posible, es deseable y es conveniente alentar estos mecanismos. Proponemos a consideración de los lectores algunos principios cuya consideración facilitaría -a nuestro entender- esa tarea:

1. La **sustancialidad** de la convocatoria, abordando temas de interés y preocupación de todos.
2. El **pluralismo** y la amplitud a la hora de invitar a las partes, referenciado en la genuina representatividad de los actores.
3. El **estímulo** que tanto el gobierno como los empresarios deberán ofrecer para asegurar la participación de los sectores con mayores dificultades.
4. La **autonomía** y la **democracia** que deberá reflejar el proceso de concertación.
5. La **buena fe** de las partes en el trabajo, especialmente en el suministro de información y el intercambio de datos, cifras y estadísticas.
6. La **priorización del bien común** sobre los intereses personales.
7. El **cumplimiento estricto** de los acuerdos que se vayan alcanzando, por parte de los actores.

Nuestro objetivo será contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, a la organización de los sectores sociales más desprotegidos creando condiciones que posibiliten su participación en la construcción colectiva del consenso.

Queremos que la educación sea una política de Estado, con acuerdos firmes que la pongan a salvo de las marchas y contramarchas de las políticas partidarias. *Una concertación para que la educación sea realmente una prioridad. Sin improvisación, sin autoritarismo y sin incertidumbre.* Para avanzar junto a la comunidad en el camino del cambio necesario, organizado, respetuoso de los tiempos, las culturas y los derechos de las personas.

Para cambiar la educación en este sentido progresista y democrático, estamos dispuestos a contribuir integrando las coaliciones y alianzas que nos aproximen a su concreción.



Es necesario un nuevo pacto educativo

Adriana Puiggrós

El próximo gobierno debería abordar la rearticulación del sistema educativo nacional, la incorporación plena de los sectores que fueron desposeídos de su derecho a la educación, la capacitación de los docentes formando parte de un intenso programa de modernización tecnológica del sistema educativo y la resolución del más viejo problema de la educación argentina, cual es su relación con el trabajo.

1. Articular el sistema educativo nacional, sobre bases federales: la Ley de Transferencia (24.049/92) consistió en concluir el traspaso de los establecimientos educativos a las jurisdicciones -realizado en el nivel primario por la dictadura militar- para que el Estado Nacional cumpliera con las pautas de reducción del gasto público que acordó con sus acreedores internacionales. Pero el endeudamiento de los gobiernos provinciales, la falta de desarrollo regional y la crisis económica general de la sociedad impidieron que esos gobiernos, las municipalidades o la propia iniciativa privada se hicieran cargo eficientemente de las escuelas y colegios transferidos, muchos de los cuales se empobrecieron y algunos fueron cerrados. Dos años después se dictó la Ley Federal de Educación, que impuso una nueva estructura para todo el sistema educativo nacional (público o privado). Los establecimientos, cuya articulación y gestión sistemática estaba deteriorada por las características del proceso de transferencia, debían ahora agregar o quitar niveles, grados, materias, áreas, fusionaciones entre sí, transferir profesores de secundaria a la educación básica ahora prolongada por el 3er ciclo del EGB, las autoridades de primaria dirigir ese nuevo ciclo, los adolescentes convivir con los niños pequeños con las

consecuencias previsibles de confusión de sus problemas y demandas y de las estrategias pedagógicas y político educativas adecuadas a cada grupo etario y subcultural. El conjunto de la reforma respondió a directivas nacionales concertadas con ministros provinciales subordinados mediante la gestión nacional de la coparticipación, los fondos del Plan Social y los créditos internacionales. Contenidos, capacitación docente, ayuda técnica y la evaluación del aprendizaje fueron determinados centralmente, sin tener en cuenta las características regionales, socioeconómicas y la capacidad técnica pedagógica previas de cada jurisdicción, es decir el punto de partida de la reforma.

El nuevo gobierno deberá rearticular el sistema sin regresar a la centralización tradicional. El desarrollo regional es una condición sine qua non para que ello sea posible. Es necesario establecer un nuevo pacto nacional educativo, basado en genuinos consensos y realizado en un plano distinto de las luchas partidarias y burocráticas por el poder inmediato. El escenario legítimo para este acuerdo es el Consejo Federal de Educación, en el cual es necesario cambiar las relaciones de poder y las reglas que vinculan a las provincias con la Nación, fundando un sistema de relaciones transparente basadas en el compromiso solidario con pautas de equidad, calidad y justicia en la distribución de la educación.

Respecto a la Ley Federal de Educación, será necesario hacerle modificaciones (dictar una ley modificatoria), en el momento oportuno. Esa nueva ley deberá subrayar algunos fundamentos que contiene la ley actual y que son precisamente los que el gobierno nacional no cumple. Me refiero a varios de sus "Principios" (Título I) tales como la garantía del

derecho a la educación de toda la población, la responsabilidad principal del Estado y la unidad del sistema nacional de educación; a los principios democráticos establecidos en el Capítulo 1, especialmente en el inciso F, que explicita la "efectiva igualdad de oportunidades y posibilidades para todos los habitantes y el rechazo de todo tipo de discriminación"; y al artículo 61, que establece la obligación de invertir anualmente el 6% del PBI en educación (actualmente hemos llegado al 3%). Las principales modificaciones deberán solucionar los problemas causados por la estructura impuesta desde 1994. Sin regresar al modelo anterior será necesario *reconstituir el nivel medio; ubicar los llamados "regímenes especiales" nuevamente en el tronco central del sistema; organizar un nivel inicial (público-privado) que responda a la demanda potencial de atención para los niños desde 45 días a 5 años; tomar decisiones sobre la ubicación de la educación para el trabajo dentro del sistema y reformar los institutos de formación docente utilizando la capacidad instalada y diseñar un sistema de perfeccionamiento permanente en servicio.*

No se trata de problemas de fácil solución porque la ley operó de manera distinta en las provincias produciéndose un enorme desajuste. La insuficiente consulta a los actores, en particular a los docentes, se sumó a la situación salarial y a la falta de respeto por su labor profesional. Como resultado, la comunidad educativa rechaza globalmente la política educativa del menemismo. Una parte de ella exige la derogación lisa y llana de la Ley. Otra parte demanda que se solucionen los problemas que la implementación de la nueva estructura ha causado, sin realizar nuevos cambios traumáticos. La propuesta que cuenta con más consenso en la

Alianza consiste en los seis pasos siguientes:

- asegurar de inmediato todas las formas de articulación entre niveles, modalidades entre los sistemas educativos provinciales y con el sistema educativo nacional;
 - derogar el decreto que obliga a las provincias a adaptar su sistema educativo a la Ley antes del año 2000;
 - solicitar a las provincias que no han comenzado la reforma que no lo hagan;
 - solicitar a las provincias que la han comenzado que no sigan avanzando;
 - realizar un proceso de evaluación que estará a cargo de la Comisión de Evaluación y Seguimiento de la reforma educativa (proyecto de la Alianza que está para su tratamiento en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados) durante el año 2000;
 - a finales del 2000 decidir la estructura del sistema educativo nacional y su articulación con otros sistemas y redes productores de políticas sociales, públicos y privados, para los siguientes diez años, es decir el período de educación básica obligatoria de una generación. La Comisión deberá arbitrar los mecanismos de participación necesarios para que las decisiones que se tomen se basen en un amplio consenso nacional.
- Una parte de la "transformación educativa" que debe hacerse consiste en "poner las cosas en su lugar", que nunca es el lugar que ocupaban en el pasado. Lo principal es que los docentes deben enseñar y los alumnos deben aprender. Los adultos de-



ben tener trabajo para poder armar la mesa familiar cada día, para que las escuelas recuperen el tiempo y el espacio pedagógicos que han tenido que ceder a tareas asistenciales. Enseñar y aprender tienen hoy un sentido distinto y la escuela debe hacerse cargo de las modificaciones pedagógicas que le corresponden. Esas reformas están muy lejos de agotarse en la estructura. Más aún, las posiciones fundamentalistas sobre ese tema se convierten en una cortina de humo que oculta los complejos problemas específicos que aquejan al sistema educativo.

2. Modernizar el sistema educativo democrática y participativamente, y eliminar el problema de los excluidos, implica:

- elevar las remuneraciones y la capacitación de los docentes y personal de gestión administrativa, dirección y apoyo técnico, a un nivel que les permita vivir de su profesión;
- efectuar una revolución tecnológica que debe formar parte del mismo programa de formación docente;

- abrir las puertas de los establecimientos educativos para conectarlos con internet, con las radios de baja frecuencia o barbales, con la televisión por cable; estableciendo redes informáticas que permitan articular, en la escuela y entre establecimientos, circuitos productivos;
- construir laboratorios, talleres de producción, bibliotecas y espacios para la creación y recreación en los establecimientos educativos;
- promover los órganos colegiados consustitutos en los es-

talecimientos de enseñanza media y superior, el funcionamiento de los consejos escolares de distrito y los consejos de escuelas, cooperadoras y asociaciones de padres y alumnos;

- impulsar los proyectos institucionales basados en el consenso de la comunidad escolar;
- implementar políticas compensatorias dirigidas a la integración de la población marginada y a la prevención del fracaso educativo

3. Resolver el problema de la vinculación entre educación y trabajo, entendido este último término en sentido amplio, como respecto a la capacitación para el empleo. En términos ético culturales, el tema del trabajo debe ser uno de los articuladores principales del proceso educativo, desde la primera infancia hasta la adultez. La enseñanza media debe incluir estructuralmente la educación para el trabajo y en sus últimos años la capacitación para el empleo. Al mismo tiempo, deben sostenerse las escuelas técnicas de todo tipo, rehabilitando las que fueron reducidas al

instalarse el EGA y que serían supuestamente sustituidas por el polimodal y realizando las adecuaciones tecnológico-pedagógicas necesarias. La capacitación para el trabajo y el empleo de la población económicamente activa pensando en el presente y el mediano y largo plazos de una sociedad cuyas perspectivas son inciertas respecto al tamaño deben ser atendidas con programas especiales de los gobiernos nacionales, provinciales y municipales, pero es indispensable el compromiso y el esfuerzo de un empresario consciente de la necesidad de invertir en la formación de los trabajadores y del personal de gestión y ejecutivo. El cambio de sentido de una educación producida por la sociedad especulativa y acrílica hacia una cultura creadora y productiva tiene como condición la resolución profunda de la vinculación entre educación y trabajo. El polimodal programado por la Ley Federal de Educación y estrategias tales como los trayectos técnicos profesionales están lejos de sustituir la instalación de talleres, laboratorios y centros de producción en todas las escuelas para adolescentes y muy cerca de convertirse en la forma de hacer efectivas las pasantías (contratos basura) establecidas en por nueva ley laboral.

a) Calidad y cantidad o calidad e inclusión no son términos lógicamente excluyentes. Se trata de un problema que comenzaron a resolver los dominicanos y los franciscanos, cuando pidieron autorización al Rey para imprimir miles de cartillas y cartones para evangelizar y alfabetizar a los indígenas y culminó a finales del siglo XIX con la instalación de los sistemas de instrucción pública. Hoy reaparece como signo de la descomposición de la trama social occidental. La pedagogía moderna ha demostrado que la relación entre aquellos términos es un problema político educativo y metodológico.

En el caso concreto de la Argentina, la educación de los treinta y seis millones de habitantes es crucial porque la mayor riqueza que el país puede acumular para ofrecer al intercambio económico y cultural es una alta formación del conjunto de su población. Desde el punto de vista cuantitativo, la demanda potencial de educación es en la Argentina mucho menor que en Brasil o en México pero existe aquí un atraso considerable en la experimentación y desarrollo de metodologías y tecnologías educativas capaces de abarcar sectores relativamente amplios. Por otra parte, no ha habido avances político educativos suficientes que permitan vincular la planificación con la democracia. Es una situación peligrosa. Por ejemplo, la acumulación inorgánica de alumnos en algunas carreras universitarias puede ser mucho menos democrática que su orientación hacia el estudio de profesiones con menos demanda de estudiantes y más oferta de empleo. Un nuevo gobierno democrático deberá atender los cuellos de botella del sistema, nudos de fracaso, para evitar que el problema de la relación entre cantidad y calidad se resuelva por medio de mecanismos de exclusión no formales ni admitidos en forma manifiesta. La utilización de los MCM con criterios humanísticos y la consideración sería de la comunicación como un área del conocimiento de primera importancia para la educación, serían enormes aportes para solucionar este problema.

b) En una eventual mesa de concertación nacional sobre la educación deben participar:

- todos los sectores de la comunidad educativa, comenzando por los docentes públicos y privados, a través de sus organizaciones de alcance nacional; los estudiantes a través de sus organizaciones más representativas (FUA, secundarios, terciarios); las organizaciones de padres y madres;

las cooperadoras a través de sus federaciones;

- representantes del Congreso de la Nación; del Consejo Federal de Educación; del MEN, Ministerio de Educación y otros como Economía, Trabajo y los organismos dedicados a Políticas Sociales;
- representantes de las organizaciones de trabajadores y empresarios;
- representantes de los sectores confesionales de mayor peso en la educación (colectividades católica, judía y protestante);
- representantes de las PYMES de educación;
- representantes de las ONGs dedicadas a la educación;
- representantes del Consejo Nacional del Menor y del personal de su programa de pequeños hogares.

Le compete una responsabilidad principal al Estado y a la comunidad educativa. Pero la sociedad en su conjunto debe hacerse cargo de la educación. Su comprensión sobre el carácter éticamente obligatorio del pago de los impuestos y las razones sociales del aporte particular al funcionamiento de lo público son tan indispensables como la superación del corporativismo, en función del bien común. Se trata de cambio político culturales indispensables para que cualquier consenso que se alcanzara en una mesa de concertación nacional tuviera una base firme.

ESTUDIOS

Revista del Centro de Estudios Avanzados Universidad Nacional de Córdoba

Director: Héctor Schmudler

Sec. de redacción: Elsa Chanaguir y Horacio Crespo

Av. Vélez Sarsfield 153
Córdoba

Curvar la vara en favor de la equidad

Guillermina Tiramonti

1. Prioridades: En educación, como en el resto de las políticas sectoriales, es necesario curvar la vara a favor de la equidad. Esto significa en términos operativos avanzar en la construcción de condiciones escolares que hagan posible una prestación pedagógica de calidad en el conjunto del sistema en el que se ha profundizado la segmentación a raíz del proceso de deterioro a que ha sido sometida nuestra sociedad. Cambiar las condiciones exige por un lado pensar en políticas de largo plazo y por otro aumentar los recursos destinados a la educación. Para ambas cosas se requieren acuerdos transparentes que permitan a todos los actores definirse y sostener públicamente sus posiciones. Estas son condiciones que deben construirse para seguir avanzando.

De allí en más hay que recrear a través de acciones concretas la asociación entre equidad-calidad e inclusión. La descentralización educativa le permitió al Ministerio Nacional plantear una reforma con bastante prescindencia de las restricciones que impone la realidad cotidiana a las escuelas. Reasociar la calidad a la equidad implica hacerse cargo de estas restricciones. Para ello habrá que proponerse:

a) Avanzar en la construcción de una política docente que combine una progresiva mejora salarial (condición no suficiente pero sí necesaria para cambiar las condiciones institucionales), una agresiva y pluralista acción de capacitación relacionada con las situaciones específicas que debe atender el docente, exigencias de rendimiento laboral, mejoras en la formación y sistemas de selección para el ingreso a la carrera.

b) Modificar paulatinamente la

organización escolar para habitar un trabajo profesional y una mayor productividad docente. Esto quiere decir una organización que permita: al docente, combinar la tarea de dar clases con la de su preparación, la de perfeccionamiento en servicio y la de intercambio con colegas de dentro y fuera de la institución; al alumno, combinar la recepción de clases con la producción en grupo y la obtención de información a través de medios tecnológicos. Esto supone romper con la modalidad frontal como modo excluyente para permitir combinaciones nuevas que posibiliten asociar cantidad de alumnos con un número reducido de docentes con alta profesionalización. La organización debería a su vez procurar una incorporación más comprometida de los alumnos con la gestión de la propia institución y una articulación de la escuela con redes locales y regionales con las que intercambiar recursos culturales, humanos y generar compromisos institucionales respecto de los logros educativos.

La segunda prioridad es atender a los jóvenes que están fuera de la escuela media. Es necesario entonces trabajar para ampliar y diversificar la oferta de las escuelas de modo de construir alternativas que permitan captar a estos jóvenes para integrarlos a actividades que les permitan desarrollar sus potencialidades incluyéndolos en formatos menos rígidos de los que habitualmente tiene la escuela. Este debe ser un paso inicial para posibilitar luego un modo de reincorporación a la escuela o de acreditación equivalente.

La tercera prioridad es fortalecer la capacidad de las jurisdicciones y de las propias escuelas para resignificar los contenidos básicos a la luz de sus necesidades y características específicas, ayudando a hacer una ta-

rea de resignificación y jerarquización de un texto con pretensiones omnicomprensivas que no ha podido ser hasta ahora abordado por los agentes educativos de un modo original.

La cuarta prioridad (y con carácter de urgente) es procurar todos los medios necesarios para resignificar y viabilizar la implementación del tercer ciclo del EGA. Este tercer ciclo, que abarca el actual 7mo grado de la primaria y el primero y segundo año de la secundaria, exige recursos económicos y humanos que las provincias no tienen o no están dispuestas a movilizar. Por otro lado hay fricciones en la definición de quienes ocuparán los cargos docentes, quienes serán responsables de la dirección, etc. Es importante aportar para que cada jurisdicción implemente soluciones que atiendan a sus posibilidades y particularidades y a la vez mantengan continuidades con el conjunto del sistema.

2. La polarización que ha sufrido nuestra estructura social ha generado políticas sectoriales binarias. Por un lado, propuestas diseñadas a la luz de las exigencias de competitividad para un sector destinado a incorporarse al intercambio de inteligencia en los circuitos nacionales e internacionales, y por otro, planes compensatorios con un fuerte sentido asistencial, tanto material como pedagógico, para aquellos que subsisten en el margen. Esta política se adapta funcionalmente a una sociedad fragmentada como la que se ha construido en la Argentina en los últimos 20 años. Superar esta dualidad implica redefinir las políticas destinadas a proporcionar igualdad de oportunidades al conjunto de la población. Ya no podrán ser las tradicionales políticas universalistas que sólo pueden generar equidad en situaciones de homo-

geneidad cultural, ni tampoco la focalización asistencialista. La fragmentación exige pensar políticas que consideren las diferencias socioculturales y que promuevan una equivalente actualización de las potencialidades de los chicos. Se trata de focalizar, no con la idea de que los chicos están en el margen tienen menos y por lo tanto hay que darles más libros, docentes materiales etc.- sino que son diferentes teniendo los mismos derechos y requieren, por lo tanto, propuestas pedagógicas específicas construidas a la luz de su realidad cultural que los habiliten para su incorporación plena a la sociedad como sujetos de derecho. Para ello se requiere una gestión con sentido inverso a la que se hace ahora. En vez de gastar la plata en imponer el criterio del centro, hay que invertir en construir apoyos a la escuela que provengan del sistema y de fuera del sistema para que las instituciones fortalecidas puedan generar propuestas que den cuenta de estas diferencias.

3. Desde 1993 estamos inmersos en una reforma educativa que no puede desconocerse. Sin duda la definición de los contenidos básicos contó con aportes académicos interesantes y constituyen un avance importante respecto de los currículum preexistentes. En este aspecto creo que más bien hay que agregar mucho esfuerzo para fortalecer a los actores intermedios (jurisdicciones e instituciones) para

que puedan resignificar estos contenidos a la luz de sus realidades. Esta resignificación debería incluir un doble proceso de selección de los contenidos para neutralizar sus tendencias enciclopédicas y su articulación con problemáticas cruciales de la cultura de este fin de siglo y que están ausentes, como son el tratamiento de la violencia, de las nuevas formas de pobreza y exclusión, etc. Por otra parte, habría que revertir el sentido de los programas focalizados que hoy tienen una impronta que se agota en lo asistencial y por lo tanto cristaliza relaciones tutelares entre los dadores y los "necesitados" que se incorporan así a la red clientelar. Sin duda, no puede abandonarse la asistencia hacia sectores sociales que han sido despojados de todo, pero es necesario que los programas incluyan la transferencia de competencias, saberes y conocimientos pedagógicos y organizativos que les permitan a estos grupos participar activamente en la construcción de alternativas propias y potenciar su calidad de sujetos de derechos.

Creo que es importante seguir evaluando el sistema, pero no con el fin de disciplinar a los agentes como se hace en la actualidad sino para construir la información que requieren todos los agentes educativos para mejorar el servicio. Esto se puede hacer con mucha menos plata y con transparencia. Finalmente, creo que hay que abandonar las tendencias de

fortalecimiento del poder central basadas en la capacidad de disciplinar a favor de un Estado preocupado por atender a las necesidades del Sistema.

4. Son muchos los elementos que están en la base de nuestra dificultad para hacer política de Estado. No es éste el lugar para expresarse sobre ese tema pero es necesario advertir que avanzar en este sentido requiere una dirigencia que se constituya en garantía del sistema y no en operadora de sus intereses sectoriales inmediatos. Cuando hablamos de sectores dirigentes incluimos un amplio espectro: empresarios que apuesten a mejorar la competitividad de sus empresas a partir de una mayor calificación del trabajador, y que desde esta pretensión hagan demandas concretas al sistema, superando un discurso que hasta ahora está orientado exclusivamente al control del gasto educativo; un gremialismo que pueda diferenciar la reivindicación salarial y sus intereses corporativos de su aporte a consensuar formulas para mejorar la calidad del sistema público de educación; los diferentes grupos confesionales prestadores de educación que se incorporen a una negociación horizontal y no ejerzan su capacidad de veto a posteriori. Sin duda también deberán estar los académicos representados por las universidades, los diferentes partidos políticos y niveles del Estado.

CONVERSACIÓN ENTRE UMBERTO ECO Y MASSIMO D'ALEMA

Proyecto político y cultural

Poco antes de ser erigido como Primer Ministro de Italia, Massimo D'Alema visitó nuestro país. En sus intervenciones públicas abordó temas de gran importancia referidos a los problemas y desafíos de las coaliciones políticas. Otros, que apenas fueron esbozados, los desarrolla en esta larga conversación con Umberto Eco: la relación entre los medios y la política, la diferencia de roles entre sociedad civil y sociedad política, la crisis de los partidos políticos y la necesidad de que éstos de incrementar su capacidad cultural para mediar adecuadamente entre las necesidades de la sociedad y una idea de futuro del país.

Eco: Esta conversación debería desarrollarse sobre los macrosistemas: a primera vista es más fácil conversar sobre los macrosistemas que sobre los micros, porque sobre los macrosistemas un político siempre debe intervenir, mientras que los macrosistemas van por cuenta de ellos y por tanto basta observarlos.

Para no partir del centro de las galaxias quiero recordar un episodio que me ha dejado interrogantes: me refiero a la intervención de D'Alema en Garganza.

Los lectores quizás habrán olvidado lo que sucedió en Garganza, y por lo tanto conviene recordarlo: se

trató de una reunión de personas de distintas posiciones, políticos y no políticos, del área del Olivo, a los efectos de discutir sobre macrosistemas.

Creo que sobre esa reunión se pueden hacer dos interpretaciones. Una es la que hice yo al igual que muchos otros. El Olivo nació de una alianza electoral de grupos muy distintos entre sí, continuó como alianza de gobierno, y por lo tanto era justo que todos discutieran los grandes problemas como la vida y la libertad, para ver si existía al menos un denominador común. La segunda interpretación consideraba en cambio al Olivo como un momento preliminar para su transformación en partido.

La intervención de D'Alema se desarrolló en torno a la diferencia de roles entre sociedad civil y sociedad política. Carece de sentido que resuma su intervención teniendo en cuenta que él está aquí. Sólo quiero decir cuál era el punto que me había dejado perplejo. El discurso de D'Alema decía: el rol de la sociedad civil en ciertas situaciones excepcionales es fundamental, pero luego, en la gestión de la cosa pública, el timón pasa a manos de la sociedad política y la sociedad civil deja de ser el núcleo central.

¿Por qué me había perturbado este hecho? Porque, especialmente hoy, el rol de un partido, al no existir más estructuras monolíticas con ideología fija, tiene que interpretar permanentemente las demandas que provienen de la sociedad civil. Un caso típico es el de una democracia que consideramos avanzada, como la norteamericana. El aparato partidario que es el que luego va a conformar el Senado, y parte del gobierno, está continuamente atento a las señales que la sociedad civil le envía a

través de los grupos más variados, que van desde los homosexuales hasta los filatelistas, desde quienes defienden a los que fuman hasta los políticamente correctos, y por añadidura esta relación, esta recolección de estímulos que vienen de la sociedad no estrictamente política, es institucionalizado por la presencia de los lobbies en Washington. Por lo tanto, si los partidos han dejado de ser entidades ideológicamente monolíticas, ¿cuál debe ser su relación con la sociedad civil?

Otro punto -pero creo que estoy descendiendo hacia los microsistemas, y por tanto lo cito sólo como registro de una pregunta que me había surgido aquel día- es éste: si en un caso como el de la Alianza electoral del Olivo, la sociedad civil dio vida a algo que habría de provocar después un cambio de gobierno, ¿es posible hibernar esta expresión de la sociedad civil hasta las próximas elecciones, para luego hacerla renacer? ¿O cuáles son entonces los modos en que los reagrupamientos de este tipo (no estoy pensando sólo en el Olivo) deben seguir sobreviviendo en un diálogo permanente, de modo tal que no sean reinventados artificialmente elección tras elección? Estas son las dudas que me habían surgido entonces y que me gustaría profundizar.

D'Alema: Creo que el encuentro de Garganza tuvo aspectos de polémica política porque no representó tanto un debate entre sociedad civil y sociedad política, sino más bien el enfrentamiento entre distintas hipótesis políticas. Una de ellas pretende transformar el Olivo en una formación política autónoma, en condiciones de suplantar a las fuerzas que la consti-

LA VANGUARDIA

DIRECTOR
Alfredo Bravo

CONSEJO DE REDACCIÓN
Héctor A. Bravo
Héctor T. Polino
Alejandro Rofman

ASESOR PERIODÍSTICO
Oscar R. González

JEFE DE REDACCIÓN
Roberto A. Pagura

COLUMNISTAS INVITADOS
Gregorio Klimovsky / Juan Carlos Monedero / Rodrigo Pontón

REDACCIÓN
Antonio Bustos / Guillermo Fuentes Rey / Osvaldo Gazzola
María Rosa Gómez / Ulises Muschietti / Oscar J. Serrat
Jorge Tula

Administración: Rivadavia 2307,
Buenos Aires, Tel. 951-1420

tuyeron. Como se puede advertir, el tema no es la contraposición entre sociedad civil y sociedad política, sino que se trata más bien de una hipótesis política, y como tal debe ser evaluada. A mi juicio no era una hipótesis equivocada, antes bien la entusiasta sugerente e interesante. No era realista, y en lo inmediato podía producir daños. No creo que en Europa sea realista la idea de constituir una formación del tipo del Partido Demócrata norteamericano. El sistema político europeo -del cual nosotros somos una parte integrante- está impregnado por formaciones históricas de inspiración socialista, liberal y cristiana; un partido a la norteamericana sería un proyecto culturalmente no fundado y sería extraño a la civilización europea, a las instituciones europeas. A mi juicio introducir una hipótesis de este tipo produciría sólo tensiones entre las fuerzas que integran el Olivo.

En Garganza había diversos interlocutores, cada uno de los cuales tenía expectativas distintas. Por eso surgieron muchos equívocos. La reorganización al sistema político e institucional italiano es uno de los grandes problemas de la modernización de nuestro país. Es necesario tener claridad sobre cuáles eran los puntos de referencia, los objetivos, los parámetros que asumimos en el momento en que tuvimos la responsabilidad de promover el proceso de reorganización, después de la gran crisis del sistema político-institucional que se había formado en la posguerra a través de la Resistencia. Para evitar que el tema la relación sociedad política/sociedad civil permanezca abstracta debemos colocarlo en el análisis de nuestras vicisitudes históricas e insertarlo en un juicio sobre los caracteres de la crisis de la sociedad italiana. Es evidente que nosotros que somos un intercambio entre sociedad política y sociedad civil. Las formaciones políticas -como son las asociaciones de ciudadanos- tienen la

función de recoger los *input* y transmitirlos a las instituciones, pero también proceden en sentido inverso, esto es recogiendo en el mundo de la política indicaciones y sugerencias para llevarlas a la sociedad.

La otra función que tienen los partidos es la de seleccionar la clase dirigente, es decir individualizar en su propio seno, o fuera de sus propias filas, personalidades del mundo del trabajo, de las distintas profesiones, de la cultura, que puedan participar en la vida institucional. No hay duda de que los partidos constituyen una fuerza de frontera entre sociedad e instituciones y que su vitalidad se

"Las asociaciones políticas tienen la función de recoger los *input* y transmitirlos a las instituciones, pero también recogen en el mundo de la política indicaciones y sugerencias para llevarlas a la sociedad."

mide a través de la capacidad para desarrollar estas funciones propias.

En el caso del modelo norteamericano, en cambio, los partidos tienen una estructura muy ligera y la sociedad se coloca en una relación directa con la capa política dirigente a través del mecanismo de los *lobbies* y de los mecanismos electorales. En la experiencia europea los partidos tienen una forma más compleja de organización de esta relación: es menos directa, menos fragmentada, menos explicitada en la masa de los intereses particulares. En la experiencia europea los *input* de la sociedad civil arriban a través de la mediación de los partidos que, cuando funcionan, están en condiciones de recomponer, en una visión más unitaria, la fragmentación que caracteriza a las demandas de la sociedad. Los partidos deberían ser las organizaciones que tienden a presentar un programa,

una idea del desarrollo posible de la sociedad, un proyecto. Luego veremos si la política en la actualidad está todavía en condiciones de utilizar estos instrumentos y de ser una fuerza que cree -no digo que unifique- un cuadro de referencia dentro del cual se manifiesten los requerimientos de la sociedad.

Sinceramente, yo creo haber planteado en Garganza un problema algo distinto: no he reafirmado de manera tajante el primado de la política.

En nuestro país hemos tenido una gran crisis de los partidos que han sido la estructura que sostiene el sistema político democrático. Se trata de una crisis histórica que ha sido -ante todo- la crisis de sus razones fundantes. El Partido Comunista entró en crisis porque, como consecuencia de la crisis del mundo comunista, ha terminado una época. Se ha abierto una gran confrontación civil, ideal y cultural, y se han enfrentado distintas interpretaciones. Alguien ha dicho que el pci ha sido afectado por la derrota del comunismo porque era como la Unión Soviética; dijo que la crisis del comunismo no tocaba la experiencia del pci, y dijo también que el pci era una cosa distinta, y sin embargo el fin del movimiento comunista ponía fin a la experiencia original del comunismo italiano, del cual no obstante podía surgir una cosa nueva; la crisis de la democracia cristiana, como expresión del fin de la guerra fría, el fin de la política de los católicos; la crisis socialista como resultado de la aventura craxiana. En resumidas cuentas: la crisis de los partidos.

En la crisis de los partidos ha tomado vigor una tendencia cultural que ha sido muy fuerte en Italia, esto es, una crítica de la política. La crítica de las instituciones políticas, de los partidos, de la capa política, es un aspecto fundamental de la cultura italiana, especialmente de las clases medias. No es una novedad y es una actitud cultural que siempre ha teni-

do dos caras: una "de izquierda", democrática, ha determinado la crítica del carácter elitista, pero también corrupto y clientelista, de la política. La otra, con un fuerte sesgo de derecha. El fascismo, por otra parte, nace así como un gran movimiento de rechazo de la política, de los políticos profesionales, de los políticos corruptos y en contra de los partidos. Desde este punto de vista también el "mussolinismo" es un rasgo de fondo de la sociedad italiana. En las clases medias de nuestro país y en una parte de las clases dirigentes ha existido como un dato constante un rechazo por el sistema de partidos, una forma de desprecio por la política, a la que consideraban como una subespecie de la profesión intelectual. Es como decir que "la política es un oficio necesario pero sucio y que de algún modo debe ser minoritaria". No casualmente la capa política de nuestro país siempre ha sido fuertemente subalterna de las verdaderas clases dominantes que siempre cumplen con su función. Hay dos sistemas distintos de valoración: el ministro que recibe un "aviso de garantía" [aviso de que se lo investigará judicialmente], mientras que el gran empresario condenado a diez años de cárcel por delitos graves no pierde nada de su prestigio. Son dos parámetros completamente distintos: existe un desprecio qualunque hacia la política que, a mi juicio, tiene un fundamento antidemocrático, mientras que hay una clase dominante en el país que permanece intocable, que no está en discusión, que sigue en función dirigente más allá del paso de generaciones.

Creo que este modo de desarrollar el tema de la crítica de la política por parte de la sociedad civil es, en definitiva, de derecha. Por otro lado el camino de una crítica destructiva de las instituciones, llevada a cabo en nombre de la sociedad civil, tuvo su expresión en Berlusconi. Su victoria en 1994 representó una manifestación

coherente de la destrucción del sistema político y de la sobrevivencia de una clase dirigente que es expresión directa de la sociedad, sin la mediación cultural, programática, histórica de las formaciones políticas. Por el contrario, la posibilidad de dar a este país una perspectiva europea y democrática está vinculada a la formación de una clase dirigente que no sea la expresión natural de la sociedad civil, sino un cuerpo más complejo en tanto encuentro entre un proyecto político cultural y una clase dirigente que tenga una visión europea. Yo creo que la sociedad italiana puede expresar grandes potencialidades.

"Cuando los partidos se convierten de modo "naturalista" en la fotografía de los impulsos sociales y pierden su capacidad de ser portadores de un proyecto, cuando esto sucede, entran en crisis."

des sólo si está en condiciones de reconstruir una clase dirigente. Una clase dirigente que lleve a cabo un proyecto político. La visión que yo propongo tiene una historia, una cultura, y nace de una cierta idea de la historia de nuestro país.

No creo en la vulgata según la cual la crisis de los partidos se debe a su distancia de la sociedad civil. La gran crisis de los partidos italianos es la crisis de un proyecto político-cultural: los partidos entraron en crisis en la medida en que han resultado demasiado similares a la sociedad civil, no porque se hayan distanciado de ella; es decir, están en crisis en la medida en que han aceptado pasivamente a la sociedad civil. La Democracia Cristiana, por ejemplo, ha resultado la fotografía de una suma de instancias corporativas, clientelares, localistas. Ha perdido la capacidad de mediar entre las ne-

cesidades de la sociedad y una idea del futuro del país. Cuando los partidos se convierten de modo "naturalista" en la fotografía de los impulsos sociales y pierden la capacidad de ser portadores de un proyecto, cuando esto sucede, entran en crisis.

Los partidos de la posguerra eran muy fuertes porque no constituían la expresión de la sociedad civil sino la expresión de una clase dirigente europea, cosmopolita, que se habían formado en el exilio, en la cárcel, lejos de la sociedad italiana. Eran una gran clase dirigente que expresaba a la cultura europea, a una vanguardia con grandes proyectos culturales, y de ningún modo expresión de la sociedad civil italiana. Por el contrario, se trataba de una clase dirigente que retornó a Italia con la idea de reformar, transformar y educar, no para reflejar a la sociedad civil. Así eran los comunistas, los católicos y los laicos.

Esta era la fuerza de aquella clase dirigente. Con el tiempo, cuando la clase dirigente pierde esta fuerza cultural y se convierte cada vez más en una fuerza de gestión de las distintas instancias, entonces se une a la sociedad civil. Pero precisamente por esto el país debe reanclar la capacidad de formar una clase dirigente que tenga ante todo un proyecto, una idea del futuro de Italia.

Una clase dirigente no puede formarse sólo en el interior de la capa política. La gran operación que debemos realizar es la de reconstruir una clase dirigente que sea resultado de un encuentro entre las personalidades del mundo de la cultura, del mundo del trabajo, de las empresas y de aquel personal político que no haya estado afectado por cuestiones morales y que haya mantenido en estos años una visión correcta de los intereses fundamentales del país.

El Olivo, en su mejor versión, no es la sociedad civil que sustituye a los partidos. Si se me permite un parentesis jocoso, cuento lo que me ha

comentado recientemente Massimo Cacciari (intendente de Venecia): "Debo integrar una nueva junta y quiero funcionarios de partido, porque estos cuatro años en la Comuna con miembros de la sociedad civil ha sido una tragedia". Por eso, nos ha solicitado a diversos dirigentes del partido para incluirlos en la Junta. Es comprensible que los rectores de las Universidades se rompan la cabeza haciendo de asesores, porque no es su tarea, mientras que quien tiene una formación específica lo hace mejor.

El Olivo expresa la idea de que se puede construir alrededor de un proyecto común de reformas, de modernización del país. Es la idea de hacer de Italia un país más europeo, no sólo en lo que se refiere a las instituciones, sino también a la economía. Este proyecto de modernización, de reforma, de europeización de la sociedad y de las instituciones de nuestro país, es un gran proyecto cultural en torno al cual podemos estar personas que se reconocen entre sí sin reconocerse en ninguno de los partidos a los que pertenecen.

El Olivo ha sido una idea extraordinaria que ha tenido éxito, pero no ha surgido de una manera espontánea de la sociedad. Ha sido una construcción paciente y ha nacido de un proyecto. Primero se ha presentado un proyecto y luego se lo ha discutido en un dramático momento de la vida de nuestro partido. El programa era el siguiente: pasar de una alianza progresista a una alianza democrática que incluyera a los católicos democráticos y a los laicos; esta alianza no podía ser sólo una sumatoria de partidos, sino que debía tomar una forma nueva y original, abierta a la sociedad civil. Debimos buscar un candidato a primer ministro que respondiese a este criterio y que no fuese un hombre de partido. Nos reunimos, hicimos un examen atento y evaluamos que éste podía ser el profesor Prodi. Lo fuimos a ver y lo conocimos. Luego discutimos el sím-

bolo. Elegimos el Olivo y se lo dimos a especialistas para que eligieran el que fuera más adecuado. Finalmente compusimos los himnos. Digo esto porque quisiera que quedara en claro que el Olivo no fue una construcción extemporánea surgida de la voluntad de la sociedad civil, sino que requirió un largo trabajo político que finalmente nos permitió ganar las elecciones.

¿Es un proyecto cultural o debe convertirse en un gran proyecto cultural?

Por cierto que lo es. La diferencia entre nosotros y la derecha está en el hecho en que ella no tiene una idea del futuro de Italia. En cambio el Olivo se ha presentado con una idea de futuro. En efecto, Italia, en Europa, es una elección cultural. Decir que queremos formar parte esencial de la unidad política de Europa equivale a afirmar los grandes valores que distinguen a Europa: la cohesión social y los derechos democráticos.

El Olivo es un proyecto cultural en la medida en que es un proyecto histórico-político. Tiene una idea más rica que aquella que se limita a los problemas de la vida italiana. Colocar a Italia en el corazón de Europa con la idea de que Europa es un factor de paz, de difusión de los valores de la tolerancia y la democracia, es un gran proyecto cultural. En todo esto se identifican las distintas fuerzas que componen el Olivo: el mundo católico democrático, el laico y la izquierda democrática. El Olivo ha vencido, pero en la sociedad italiana todavía no es mayoritario.

Al no tener un proyecto unificador, la derecha dispersa sus fuerzas y no está en condiciones de sumarse. Pero aquellas fuerzas que se dispersan, los particularismos de los que las distintas fuerzas de la derecha son portadores, juntas son más que las fuerzas del Olivo. Hay riesgo si no advertimos el sentido de esto, si no

nos damos cuenta de que para este proyecto aún debemos conquistar a la mayoría de los italianos.

La sociedad italiana es la que es. En el norte el partido mayoritario es la Lega, aquella Lega que quema los carnet sindicales y que dice que es necesario detener la política concesiva hacia los marroquíes. Se trata de posiciones que nosotros rechazamos, pero que recogen votos de la mayoría de nuestros ciudadanos que viven en las áreas más ricas. Entonces, ¿podemos demonizar esta imagen de Italia? Sería paradójico. Sería como decir: "Ah, que linda es la sociedad civil, aunque Italia dé asco". No podemos demonizar esta imagen de Italia y no podemos siquiera removerla, sino que debemos insertarla en el interior de un proyecto democrático.

Este era el sentido de mi discurso en Gargónza. Quería decir que el problema de Italia no es el de desmembrarse de la política y sustituirla con la sociedad civil, sino que se trata de reconstruir una clase dirigente.

En todos los países "normales" existe una clase política que tiene la tarea de gobernar. Ciertamente, proviene de la sociedad civil, pero nadie cuestiona la idea de que ocuparse del gobierno a tiempo pleno sea una mancha, una vergüenza, como sucede en la sociedad italiana. Nadie reprobará a Kohl por ser un político, por el contrario, se considera una gran virtud. Hay una bella página de Benedetto Croce en la que se dice que nadie iría a operarse con un farmacéutico diciendo: ¡basta con los cirujanos profesionales!

También es verdad, sin embargo, que la política es una profesión singularísima, porque es una vocación que puede nacer en una persona que hasta ese momento había hecho otras cosas. La condición de supervivencia de una clase política es que no se convierta en fósil y autoreferencial. Por cierto que la política es un oficio extraño, pues se nutre de muchas

competencias y continuamente debe enriquecerse con gente nueva. Pero es también una rama especial de las profesiones intelectuales en la medida en que debe saber organizar el consenso en función del gobierno.

Ahora quisiera profundizar sobre el problema, si bien abstracto, de la dialéctica entre un partido y la sociedad civil. Capítulo primero: desde ayer hasta hoy; capítulo segundo: desde hoy en adelante.

Desde ayer hasta hoy una fuerte organización política, que fue construida por los padres de la patria de los que hablabamos, supo tener una relación de intercambio con lo que la sociedad expresaba, pero tenía ideas claras y precisas sobre lo que debía hacer pensar a la sociedad.

La tenían los demócratas cristianos con sus comités cívicos de 1948, que no surgieron imprevista y espontáneamente de un club organizado por Luigi Gedda, sino que fueron el resultado de una planificación política que llevó a gran parte de los italianos a pensar que los cosacos vendrían a arbrar sus caballos a la fuente de San Pedro. Y el movimiento por la paz no nació de una ebullición de energías incontroladas, sino que era un plan del PCI para condensar en torno suyo los consensos.

En este capítulo diría que se inserta la decisión de la clase dirigente de la posguerra de dar el voto a las mujeres, realizando una gran revolución. Después de esto sucede algo: si hoy la clase política se ocupa porque en una lista electoral (o directamente en el gobierno) haya una justa relación entre hombres y mujeres, no sucede por su decisión sino porque surge de un desarrollo de la sensibilidad que se ha desarrollado por sí sola en el interior de la sociedad civil.

* Político del Partido Radical, que se ocupa de las minorías.

"Un partido no sólo debe elaborar nuevas técnicas y visiones para captar todas las señales que le vienen de la sociedad, sino que también debe cuestionar algunas tendencias de la sociedad."

Lo mismo sucede con los gay: excepto con alguna franja afín a Panella la clase política no se ha ocupado jamás de su mundo.*

Ya no es la clase política la que le dice lo que debe hacer, sino todo lo contrario. Y esto demanda a la clase política nuevas tácticas, nuevas políticas, nueva capacidad de interrogación. Ahora le reclama también comprender hacia dónde se dirige la sociedad civil, no estar de acuerdo y, como ya lo ha dicho D'Alema, tener el coraje de ir contra las tendencias de la sociedad civil.

Pongamos un ejemplo: Tony Blair y el caso de Lady Di. Inglaterra, para no decir el mundo, con un gran rito neopagan por parte de la opinión pública, quería directamente santificar a Lady Di y poner bajo proceso a toda la monarquía. En un cierto punto, Tony Blair, que no tenía el deber de defender a la monarquía, realiza algunos movimientos para corregir esta tendencia de la sociedad. Además, con un giro calculado de lo que era el proyecto ideológico del Partido Laborista, se convierte en defensor de la institución de la monarquía. Este es un caso muy interesante para meditar: un partido no sólo debe elaborar nuevas técnicas y nuevas visiones para captar todas las señales que le vienen de la sociedad, sino que también debe cuestionar algunas tendencias de la sociedad.

Vayamos ahora al 2000. Siempre he sostenido que dentro de cincuenta años Europa será un continente coloreado. Pero entonces será posible

que la mitad de los inscriptos en el pas sean musulmanes y que, de éstos, otros tantos sean mujeres. Que ya no sea más el partido que tenga necesidad de pensar acerca de la infibulación, por ejemplo, sino que sea precisamente esta base -que se ha convertido en la base del partido y que sin embargo es el mismo tiempo y reflejo de un movimiento incontrolable de la sociedad- la que determine la dialéctica entre el grupo político dirigente y la que podemos continuar llamando sociedad civil, pero que es simultáneamente parte misma del grupo. No hay duda de que estamos ante un hecho absolutamente nuevo. Se trata de una hipótesis, pero desde el momento que razonamos sobre macrosistemas, razonamos siempre por hipótesis.

Los mismos padres de la patria han dado marcha atrás frente a las convicciones morales y religiosas de los distintos ciudadanos. Y era justo que así fuera. El respeto por una multiplicidad de tendencias culturales y religiosas es un dato cada vez más propio de nuestra sociedad, que tiende a empujar a los partidos hacia el terreno de una síntesis programática de proyectos, de valores, pero no de carácter ideológico.

Se trata de un proceso positivo, de una mirada hacia atrás de la política, que toma conciencia de su propio límite. Hoy, en el momento en que el Parlamento discute una ley sobre bioética, y con el grupo de la izquierda democrática que cuenta en la Cámara con 173 parlamentarios, sería impensable que pretendiera imponer a todos un voto disciplinado. No obstante, en un cierto punto, si se debe decidir por ley cuándo un embrión es un proyecto de vida, entonces es difícil que sobre esto se pueda tener una disciplina de partido. Insisto: la política debe tomar conciencia de su propio límite y debe contraerse frente a los convencimientos profundos -cul-

turales y religiosos- de la persona.

Naturalmente aquí el límite es un límite móvil, y es imposible tazarlo sólo con palabras. La renuncia a esta dimensión ideológica, que es un hecho de civilidad, no significa la renuncia a un cuadro de valores, y la infibulación, por otra parte, no es un valor. Sería imposible, por tanto, que un miembro del ros la pueda considerar como tal.

Mi posición es fuertemente impopular entre nuestros afiliados, pero igualmente la sostengo. Por cierto que ha provocado problemas porque, por ejemplo, he sido objeto de una campaña por parte de quienes me han reprochado ceder a la derecha. He sido acusado de vender a los jueces y cosas por el estilo. Todavía pienso que esta corrección de línea y de actitud cultural responde a los intereses básicos del país, y aunque esté en colisión

bajo más concentrado, que da al obrero de la fábrica subsidio por desocupación cuando hay crisis, pensiones a la vejez, etc., mientras a los jóvenes meridionales no se les da nada, ni el subsidio por desocupación ni la pensión, es por tanto un sistema injusto. Para poder crear un sistema más justo es necesario renunciar a algunas conquistas logradas y repartir los recursos también en el sur.

Es una posición que causa problemas, tanto es así que "la otra izquierda", la del compañero Bertinotti dice: "no tocan nada y defienden lo que tratan de quitarnos". Y ha amenazado drásticamente con poner en crisis el gobierno del Olivo. No oculto que nuestro posición nos enfrenta también con una parte de nuestros afiliados.

Este pueblo de izquierda es un pueblo de personas que se apasionan, que discuten, que tienen una tensión moral. Hace unos días una señora decía a su hija: "El tiene razón. Se hace cargo de mi caso. Yo he trabajado sólo nueve años. Después, con el plus del título universitario y otros beneficios previstos por la ley, obtuve la jubilación. ¿Te parece justo? ¿Te parece que la izquierda debe defender un absurdo de este tipo cuando los 'pobres' no tienen nada?" Así decía ella, que es beneficiaria de una jubilación.

Ejemplos de este tipo sirven para explicar cómo, en la realidad, la construcción del consenso, que es una condición esencial de la política, no se logra sólo fotografiando las demandas corporativas. Este es el sistema "naturalista" berlusconiano,

con el sentido común de gran parte de nuestros afiliados, considero que es un deber defenderla con fuerza.

Y esto responde a la pregunta de qué es lo que tiene que hacer un grupo cuando no sólo debe acoger sino también corregir eventuales desviaciones de la opinión pública.

Otro punto se refiere a la campaña político-cultural sobre los temas de protección social. Muchos de los afiliados a nuestro partido son expresión del mundo del trabajo tradicional. A ellos les hemos dicho: "este sistema de protecciones sociales modelado bajo las exigencias del mundo del tra-

pues se trata de una idea de la política que puro reflejo de los instintos y de las demandas corporativas que permean a la sociedad civil. "¿Qué quieren? ¿La pena de muerte, el aumento de sueldos y de las pensiones para todos? Yo se los doy".

Una idea de la política muy norteamericana.

Sí, muy norteamericana. Y corremos el riesgo de que se imponga. Nosotros tratamos de defender otra idea de la política, que por cierto no puede prescindir de lo que piensan y quieren los ciudadanos, pero que intenta construir una relación entre estas aspiraciones y un proyecto compatible. Que busca una reconversión, que trata de corregir y combinar necesidades sociales que, entre ellas, "naturalmente" entendidas, son contradictorias. Así se construye el consenso en torno a una idea del futuro del país, y aquí entra en acción la necesidad de la mediación política. Porque si se elimina esta capacidad de construir el consenso, también en términos de solidaridad entre fuerzas sociales que tendencialmente podrían ser divergentes, consenso e idea del futuro desaparecen.

Tengo una gran simpatía y acuerdo con las respuestas a las cuestiones que has expuesto. Ahora haré de abogado del diablo en una cuestión crucial. D'Alema ha dicho que puede ser peligroso hacer una junta sólo de profesores, porque expresan las instancias de la sociedad y porque al final, no siendo técnicos, terminan yéndose. Y agregó que debería dar a Cacciari solamente funcionarios de partido. Como el futuro delineado por D'Alema muestra a un político que tiene una gran flexibilidad respecto de las continuas instancias que surgen día a día, vemos planteado aquí el problema de la formación de una clase dirigente. Ahora bien, ¿hasta dónde se puede presumir que un funcionario de partido tenga esta flexibilidad, y cómo pensar en una educación que nos lleve a la flexibilidad para una clase política futura?

Yo dirijo un instituto de ciencias de la comunicación que realiza los estudios más rigurosos y más amplios que los de otros cursos universitarios. A los estudiantes de ciencias de la comunicación conviene explicarles, naturalmente, cómo funciona la computadora, cómo se hace un diario, qué es una transmisión televisiva y otras cosas más, pero el discurso que digo a los estudiantes al comien-

zo de curso es siempre el mismo: "hablaremos muy poco de los contenidos, el mínimo requerido para estar informado de lo que sucede; en cambio daremos muchas materias más abstractas, porque desde el momento en que ustedes ingresaron aquí hasta el momento en que egresarán al cabo de cinco años de estudios, basta que un japonés haya inventado un nuevo chip, de este tamaño, para que todo el modo en que se hace televisión hasta ahora resulte completamente obsoleto, y entonces resulte inútil todo lo que aprendieron. Nosotros debemos educarlos para que estén listos, en el momento en que llegue el chip, para entender qué es lo que está sucediendo".

Esto es lo que yo entiendo por educación para la flexibilidad. Ahora bien, entre el viejo funcionario de partido, heredero de toda una tradición de aparato y que por razones anacrónicas está todavía en circulación, y el funcionario del futuro, que no sabemos todavía de qué escuela egresará, ¿cómo se resuelve la transición?

Nosotros hablamos todavía con una terminología cada vez más alejada de la realidad. Tal vez para dar un senti-

Este es un problema que se planteará cuando la mitad de los afiliados estén a favor de la infibulación y el partido deba decir que no.



Es un gran problema, pero nosotros estamos aquí. Formamos parte de Europa, de esta civilización que tutela la dignidad humana.

Sin embargo, si puedo poner un ejemplo más próximo, estoy convencido de que se debería establecer una corrección no sólo de nuestros objetivos políticos sino de nuestra infibulación cultural en materia de justicia. Yo pienso —he pensado y continuo pensando— que en los años pasados se produjo un deslizamiento antigamantista de la izquierda, y que sus posiciones han sido demasiado indulgentes respecto de aquellos comportamientos de la magistratura que no siempre se mostraron respetuosos de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Aan reconociendo el mérito de los magistrados, considero que es necesario un mayor equilibrio entre tutela de la legalidad (que es un valor), y tutela de las garantías de los individuos (que es otro valor).



NUEVA SOCIEDAD

Director: Helda Schmidt
Jefe de Redacción: S. Chejfec

Página digital: www.nuevasoc.org.ve

SUSCRIPCIONES	ANUAL	BIENAL
(Incluido flete aéreo)	(6 núms.)	(12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 145

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712-Chaco-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs: 267.31.89 / 265.99.75 / 265.53.21 / 266.16.48 / 265.18.49; Fax: 267.33.97; Correo E.: cnuso@nuevasoc.org.ve <megonzal@nuevasoc.org.ve>

DIARIO DE

POESÍA

Nº 46 / Invierno de 1998

Vinicius y Fenton: Viajes de poetas
Lamorghini • Brassens • Entrevista a Milán
Dossier: Juana Bignozzi

SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
US\$ 40

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires

do del cambio que se ha producido no hay nada mejor que citar algunos números. El Pci, en la mitad de los años setenta, en el momento en que tenía su máxima fuerza, poseía entre seis y siete mil funcionarios y lograba el 34 % de los votos. El rps, que es el partido italiano más grande, el más organizado, y que ha logrado el 21,1 % de los votos en las elecciones, tiene sesientos funcionarios en toda Italia. Ahora bien, es verdad que el rps tiene menos votos que los que tenía el Pci, pero si tuviese funcionarios en proporción, estos deberían ser cuatro mil.

Evidentemente estos datos significan una ruptura cualitativa, no sólo un deslizamiento cuantitativo. Pero existe otro dato interesante: mientras en aquella época el Pci tenía 1.450.000 afiliados, nosotros, con la décima parte de funcionarios, tenemos más de la mitad de los afiliados que tenía el Pci y seguimos siendo un partido de masas.

Intentemos ahora formular una nueva hipótesis: ¿qué sucedería si la tendencia, que ya se ha manifestado en Norteamérica, se manifestara también aquí? Tal vez en el futuro la gente no se afilie más a los partidos. No por un rechazo del partido. Como en Norteamérica, una persona vota en las elecciones sabiendo que en las próximas elecciones aquel partido puede cambiar sus issues y ser otra cosa.

¿Cómo se plantea entonces el problema de la formación de una clase dirigente política? No es una hipótesis tan absurda pensar en la existencia de partidos, que siguen siendo indispensable, pero vacíos.

Nosotros no somos un partido vacío, pero ahora el rps recluta una parte consistente del personal político que después asumirá responsabilidades desde distintas vertientes. Parece una paradoja, pero en estos momentos

nosotros, con el 21 por ciento de los votos tenemos una función de gobierno que ni siquiera la tuvo jamás la Dc. En efecto, por largos períodos la Dc tuvo el dominio del gobierno nacional pero fue contralaneada por una fuerte red de poderes locales de la izquierda. Nosotros, en cambio, tenemos lo uno y lo otro. Gobernamos casi todas las ciudades italianas, casi todas las provincias y la mayoría de las regiones. En estas condiciones es difícil razonar acerca del partido sólo en términos de aparato, cuando el rps está compuesto por este ejército de personas que gobiernan las ciudades y que son el gobierno del país.

Creo que tenemos un nivel cualitativo de prestación bastante bueno. Nuestra credibilidad es más bien alta, nuestra presencia en las instituciones, en el gobierno, es apreciada por los ciudadanos y por el mundo económico.

Estas personas tienen distintos orígenes. El porcentaje que proviene del aparato partidario es una minoría, en cambio existen muchos que tienen una experiencia de partido: participación en reuniones, en seminarios, acostumbran a discutir con los otros, a ocuparse de los problemas de la ciudad. Es que nosotros somos un partido que permite experiencias políticas también al que no se desempeña como funcionario, y éste es un modo que también permite formar una clase dirigente no profesional.

Debemos tener presente que, de ahora en adelante, el canal de la formación profesional, o sea el del político de tiempo pleno, resultará un canal absolutamente menor y no tendrá que ver con el trabajo en las instituciones. El político de profesión deberá ser cada vez más una persona que sea capaz de organizar y promover la participación de los ciudadanos que no sean políticos de profesión. El partido político debe crear las oportunidades, los momentos, las ocasiones en las que quien no es po-

lítico de profesión pueda expresar sus propias ideas. Se trata de un problema de organización, de promoción de aquella selección de una clase dirigente que cada vez más vendrá del exterior -lo que no quiere decir necesariamente externa al partido- respecto de los circuitos tradicionales profesionales orgánicos. Este proceso está en marcha desde hace tiempo en el Pds.

Este reclutamiento del exterior plantea otros problemas. El sistema mayoritario y uninominal ha producido aspectos positivos, pero también ha puesto en evidencia una serie de riesgos. El aspecto positivo es que el candidato a las elecciones debe tener prestigio. Ahora es mucho más difícil la promoción de un parlamentario a través de una mera decisión de partido. Antes se podía decir: "pongámoslo en lista, después le haremos dar la preferencia". Hoy un discurso de este tipo no tendría sentido. Sin embargo existe el riesgo -y este es el aspecto negativo- de que este mecanismo produzca notables locales y por tanto, en perspectiva, de esclerosos.

No debemos olvidar que el uninominal mayoritario en Italia fue el origen de la gran crisis del sistema político liberal mediante la esclerotización que generan los nuevos notables. Algo parecido está surgiendo ahora. Es un problema que no tiene que ver sólo con los partidos, porque, en efecto, los partidos pierden poder. Es el diputado local que se convierte en una potencia por sí mismo, con todo lo que esto significa. Así las cosas, yo estoy temeroso de los efectos negativos de un uninominal mayoritario, porque el tipo de relación que se crea es una relación a la larga política injusta entre el elegido y la realidad local. Al final, el elegido puede terminar siendo el árbitro de la comuna y decidir todo.

El otro riesgo es que se creen dificultades para el cambio: ¿cómo lo sacas de la banca a alguien que está

en ella durante cinco años? Por lo tanto, si el viejo modelo del funcionario, que está en vías de liquidación, se sustituye por un modelo de nuevos notables, pasamos de la sartén a la brasa.

Debemos estudiar mecanismos de recambio, incluso forzados. Salvemini escribió que en los países democráticos era necesario cambiar la ley electoral cada quince años. ¿Es interesante volver a leer hoy algunas páginas de Salvemini o de Gobetti contra el uninominal, considerado fuente de corrupción, mientras el proporcional es visto como un gran instrumento de rescate moral del país? Lo que demuestra que las técnicas pueden variar.

Y que la flexibilidad del político resulte un valor esencial, porque debe tener el coraje de decir que lo que estaba bien en 1981 puede no funcionar bien en 1991.

Decíamos que las técnicas no deben ser beatificadas.

Se ha hablado de la capacidad del político para reaccionar ante lo que sucede en la sociedad en su conjunto, sea haciendo suyas sus demandas o bien resistiéndose a ellas. Ahora tomemos el ejemplo más microscópico: la evolución de los medios de comunicación -televisión y prensa- se ha producido mediante mecanismos totalmente independiente de la voluntad política. Se ha hablado demasiado acerca de cómo se ha producido todo esto, pero ahora es evidente que la preponderancia de los medios de comunicación ha vaciado el Parlamento de su función primaria.

El político va a la televisión o es entrevistado por la prensa; ya no lanza hipótesis y sutiles operaciones de largo aliento. Antes anunciaba el programa en las elecciones y luego, en el curso de las reuniones parlamentarias o en los corrillos, lo readaptaba de manera realista a las necesidades;

en el debate televisivo ahora está obligado, en la misma entrevista, a enunciar el programa y su voluntad de compromiso, creando síndrome de desconianza.

Este es una caso en el que el peso de la sociedad tecnológica, del universo de la información, ha ido transformando, de modo muy preocupante y negativo, las características de la vida política. ¿Cómo se hace frente a todo esto? No basta polemizar con los periodistas.

Este es un gran problema que conlleva el riesgo de vaciamiento del trabajo político en cuanto acción colectiva y, por otra parte, acrecienta el poder del líder.

¿Un poder que subordina a los otros?

Subordina a los otros y les transfiere un poder de fuego de gran relevancia. Creo que este fenómeno es un dato de la realidad y que no se exorciza moralísticamente y con discusiones bizantinas.

¿Había más democracia antes? Lo dudo. Este fenómeno ha comenzado hace mucho tiempo. Hay ejemplos muy claros -que pertenecen a períodos que ahora son extrañamente relatados como mitos de la edad de oro que lo demuestran. Berlinguer fue a la televisión y dijo que se había agotado la fuerza propulsiva de la revolución de octubre. Después se realizó el debate, pero después. Lo dijo, pero sin consultar a todos los afiliados del partido.

Considero entonces que esto genera la necesidad de organizarse respecto de los medios de comunicación. Estos son un medio. Este medio determina las oportunidades y los peligros. Debe ser afrontado con una estrategia acerca de la comunicación, si se quiere comunicar y no ser comunicados.

Sea como fuere, el político debe usar los medios de comunicación con parsimonia. Naturalmente luego hay

una comunicación involuntaria: ahora es suficiente, para ser título de un diario, no que uno haya dicho algo sino que se haya dicho que uno pensó algo.

O que no lo haya dicho: el silencio resulta noticia.

Un líder político debe decir poco, debe gobernar sus mensajes, tratando de limitar las entrevistas y las apariciones televisivas. Lo que digo puede parecer contradictorio con mi comportamiento, pero no es así. Después del período estival -no obstante la crisis de gobierno- he otorgado tres entrevistas a diarios y he salido dos veces en televisión. Segundo problema: el poder del líder, la subordinación de los otros indudablemente comporta una gran responsabilidad personal: sin embargo yo no creo que pueda funcionar un procedimiento según el cual un líder político, antes de hablar, debe hacer consultas.

Ya no es más posible.

No, ya no es posible. Entonces, inevitablemente es necesario delegar, pero la delegación conlleva riesgo. ¿Cómo equilibrar este riesgo? Creo que con el control y la removilidad. Es necesario que entremos en una lógica europea en la que el líder político, especialmente si pierde las elecciones, debe ser cambiado. En los países democráticos esto sucede sin drama alguno. Conozco muchos líderes de grandes partidos socialistas que ahora hacen otra cosa. Kinnock, que ha sido uno de los jefes del laborismo inglés, perdió las elecciones y ahora es comisario de la Comunidad Europea. Es una persona inteligente, simpática. No lo ha suprimido con un proceso estaliniano. Es normal que se cambie a uno que pierda.

En los Estados Unidos los presidentes se pueden presentar sólo dos veces. Helmut Schmidt, a quien considero el más grande estadista euro-

peo, en determinado momento se fue. Hoy tiene una fundación, escribe libros, toca el piano, participa en seminarios, pero no hace más política como primer actor. Sólo en Italia, y acaso en algún país asiático, el político deja su trabajo sólo con la muerte.

La vieja concepción de la corresponsabilidad, tan apreciable, era una concepción bastante particular de la democracia: la democracia de los grupos dirigentes. Una modalidad que ha garantizado el líder porque actuaba en nombre del grupo: si las cosas iban mal todos eran corresponsables. Se trataba de un sistema donde existían mayores garantías para el individuo, pero también un recambio mucho más difícil.

Tomemos ahora en consideración el último de los incidentes que me han reprochado. Una mañana propuse que el doctor Di Pietro fuese candidato del Olivo en la circunscripción de Mugello. Lo hice después de haber consultado con Prodi, porque era la actitud que correspondía. Teniendo consenso pleno para esta idea, hablé con Di Pietro y le propuse la candidatura del Olivo, no de otro movimiento. El lo pensó y dijo que sí, siguiendo las leyes del bipartidismo. ¿Qué debo hacer, antes de efectuar, necesariamente en forma pública, esta propuesta? ¿Debo hacer reuniones? ¿A quién debo consultar? Aquí aparece la responsabilidad. Podía también suceder que mi propuesta fuese rechazada por un coro de no. En la circunscripción Florencia 3 el ros invitó a todas sus secciones a realizar asambleas y votar libremente la propuesta del secretario. Hubo una aprobación casi unánime: sólo tres votaron en contra. Pero el riesgo y la responsabilidad de proponer corresponde al secretario del partido. Se trata del algo inevitable, a condición de que el secretario -lo repito- tenga los límites de los que he hablado.

Trataré de lanzar una última flecha,

porque si no hago de abogado del diablo no se justifica mi presencia. Quisiera poner el ejemplo de un caso en el que la influencia de la dirigencia política es letal. Aludo a las reformas educativas, y en particular a las universitarias, sobre las que tengo alguna competencia.

¿Qué ha sucedido? El ministro Berlinguer, después de haber auscultado varias voces del mundo académico (estamos ante una cuestión que no se resolvería si fuese dejada en manos sólo del mundo académico, donde las divisiones al respecto son extremas), diseñó un proyecto. En el trabajo de Comisión este proyecto fue fatalmente cambiado. Es posible que termine siendo un patético inmundio que no cambie nada.

Si hubiésemos trabajado sólo los docentes universitarios acaso las cosas hubieran ido aun peor, pero en el caso específico el fracaso, la desvirtuación del proyecto, se debió al hecho de que en la Comisión había personas que pertenecían a la profesión política pero no a la académica.

Siempre he considerado a la reforma Gentile como una reforma coherente y bien hecha, teniendo en cuenta las necesidades de su tiempo. Pero resultaba coherente porque Gentile no ha tenido que regatear en el Parlamento. Naturalmente estas cosas se pueden hacer sólo en una dictadura y nosotros no vivimos bajo una dictadura. Pero se trata de un caso en el que el Parlamento no puede sino quitar coherencia al proyecto. ¿Qué se puede hacer?

Me gustaría, además, auscultar algo sobre la relación escuela pública-escuela privada, un argumento urticante para los lectores de Il Ponte, como también preguntar algo sobre la constitución del nuevo partido de izquierda.

El problema de la reforma universitaria está ligado al modo de aprobar

las leyes. Creo que en pocos países del mundo se legisla de modo tan fragmentado, fatigoso y complejo como lo hacemos nosotros. Nuestro Parlamento ha sido un gran instrumento de integración democrática de fuerzas muy distintas y contrapuestas también ideológicamente y, en ciertos aspectos, un elemento de compensación. No podemos dejar de recordar que el más grande partido de la izquierda no podía llegar al gobierno por un límite objetivo que lo determinaba la situación internacional, y participaba en el gobierno del país sólo por medio de la vida parlamentaria (Togliatti tuvo la intuición genial de alinear firmemente al partido en la idea de gobernar desde la oposición). Así las cosas, para nosotros legislar siempre ha sido un proceso muy complejo en el que han ido ganando espacio los poderes legislativos de la oposición. De esta manera, por razones políticas, históricas e institucionales muy profundas, nuestras leyes siempre han sido el resultado de un compromiso.

Está claro que en el compromiso se producen también algunos daños. Leyes confusas que culturalmente son la sumatoria de muchas instancias diversas -reflejo de la extrema corporativización de la sociedad italiana-, mezcladas, lo que vale para todos los sectores, pero en particular para el mundo de la universidad, en el que los intereses son frecuentemente diversos y discordantes. ¿Existe algún culpable? Ninguno. Esta expresión de un qualunquismo antiguo no está privado de fundamentos porque el viejo sistema ocultaba la responsabilidad. Cuando todos son responsables, ninguno es responsable.

Las filosofías de las reformas que estamos haciendo es la de resaltar la responsabilidad política, en el sentido de que si el gobierno en el sistema mayoritario es la expresión del voto de los ciudadanos y de una combinación entre partidos, tiene mayores poderes en el procedimiento le-

gislativo y, naturalmente, una mayor responsabilidad. Legislar debe ser un gran tema de reforma institucional del sistema político. Si avanzamos en un sistema bipolar y no fragmentado, exaltaremos no la microconflictualidad corporativa sino un gran conflicto.

Como el sistema político fragmentado resulta el vehículo para tantas acciones particularistas, porque cada uno debe tratar de recortar su espacio, así el sistema político simplificado exalta el consenso de la mayoría de los ciudadanos, y con ello el político puede también sacrificar una instancia corporativa si piensa que este sacrificio llevará un beneficio a la mayoría. En otras palabras: en un sistema político bipolar la competencia es para tener el consenso de la mayoría de los italianos, mientras que en un sistema fragmentado la competencia es para pasar del 0,5 al 0,6 %.

La gran revolución politico-institucional del país es pasar de la lógica fragmentada y corporativa a la lógica de un sistema bipolar donde se confronta alrededor de grandes opciones, y a partir de esto se busca el consenso general. Por eso es necesario entonces adaptar los mecanismos de funcionamiento de las instituciones y tener un sistema institucional más transparente, que exalte la responsabilidad política y esté en condiciones de reafirmar también la función de la oposición.

En un sistema bipolar no se gobierna desde la oposición. En un sistema bipolar la oposición debe mejorar su propuesta alternativa y distinguir su responsabilidad respecto de la del gobierno, en la esperanza de suplantarla. Se trata de una verdadera revolución cultural que demandará leyes más claras en cuanto expresión de una cierta visión del mundo. Quien la proponga tomará la responsabilidad ante el país, según un principio de responsabilidad que era extraño al viejo sistema.

Así las cosas, no estamos ante un

problema sólo técnico: la reforma de la que hablo introduce grandes ideas que forman parte de una visión nueva del futuro del país. Está centrada en el hecho de que la política sea transparente, que el principio de responsabilidad entre como criterio fundamental en la relación con los ciudadanos, que la mayoría esté en condiciones de proponer y hacer aprobar las leyes, sin que se pueda decir que la sanción es equivocada porque ha debido tener en cuenta las exigencias de la oposición.

También la relación que tenemos con Refundación Comunista vive de esta contradicción. Por un lado Refundación es corresponsable de la acción del gobierno, y por otro considera su crecimiento electoral como una condición irrenunciable. Vivimos entonces en una tierra aún de fronteras entre la vieja cultura de lo proporcional, que mantiene un elemento de conflictualidad en el interior de la coalición, y la nueva cultura del bipartidismo, que desplaza la frontera del conflicto político. En la nueva cultura el problema es si el Olivo vence al Polo de la Libertad, no si los Verdes le quitan un punto al ros.

Estamos en un momento de transición y el país corre el riesgo de ser empujado hacia atrás. Sin embargo yo pienso que la mejor parte de la sociedad civil no quiere volver atrás sino que quiere dar curso a este proceso nuevo que exalta la responsabilidad. Y esto para nosotros resulta una gran ayuda, porque estos son los problemas en los que estamos comprometidos en mayor medida y sobre los que pensamos recibir el consenso de los ciudadanos.

Sobre la paridad escolar no quiero hacer de abogado de Berlinguer, pero estoy persuadido de que el problema debe ser abordado de un nuevo modo. Tengo un gran respeto por la tradición laica, sin embargo me parece que Berlinguer propuso un nuevo sistema que prevé la posibilidad de que el Estado intervenga, no para

financiar las escuelas privadas, sino para dar a las familias que mandan sus hijos a una escuela privada el mismo sostén que el Estado le da a las familias que envían sus hijos a la escuela pública. Está claro que ésta es una ayuda indirecta a la escuela privada.

Pero esta ley introduce otra novedad: si una escuela privada, religiosa o laica, quiere gozar de esta forma de ayuda indirecta, debe tener los requisitos de calidad. Por ejemplo, los requisitos que conciernen al reclutamiento de los maestros (que deben ser elegidos según sus títulos y no de una manera ideológica), garantía acerca de los programas, libertad de enseñanza y carácter no confesional. Creo que esta visión no restringe sino que amplía la noción de lo público. Porque es considerado como servicio público también aquello que puede ser gestionado por lo privado, a condición de que este servicio no tenga una finalidad de lucro y correspondiente a determinados criterios establecidos por la colectividad a través de una ley del Estado.

A mi parecer se trata de una visión innovadora y, aunque pone en discusión aspectos importantes para nosotros, es fundamentalmente justa. Debemos pensar que el rol público será cada vez más un rol regulador. En algunos campos ciertamente permanecerá, y no existen dudas que en la educación la función del Estado será preminente aun en términos de gestión, pero debemos tener presente que en este campo, como en otros, podemos avanzar hacia una presencia de lo privado, entendido como autonomía de los ciudadanos, como formaciones sociales, que no son sólo el empresario privado. Realizar entonces una apertura para esta presencia, a condición de que se respete determinadas reglas. Si el problema es el de la paridad del derecho entre los ciudadanos, también la posibilidad de un sostén indirecto a la escuela privada religiosa -en gran

parte de Italia la escuela privada que no tiene finalidad de lucro es escuela religiosa- no puede y no debe desatar escándalo.

Pero no oculto que este es un tema que merece mucho debate y no pretendo agotarlo ahora. Las opiniones totalmente diversas de los laicos y de los socialistas tienen su historia y merecen respeto.

La disposición sobre el examen de madurez, por ejemplo, es una disposición contra los que sólo buscan el diploma. En verdad, allí la presencia de lo privado es escandalosa, porque existen casos en que lo privado permite que se acceda al título en una carrera -sea justo o equivocado el valor legal del título- sin tener los requisitos culturales. En ese caso el Estado debe actuar.

La última cuestión se refiere a los partidos. Y tiene que ver con el ros de manera particular, pero también con los partidos en su experiencia europea. En estos momentos en Europa existen numerosos partidos y de diverso tipo, pero no hay duda de que los partidos más significativos son los de la izquierda democrática, que reflejan la tradición socialista, reformista, laborista y socialdemócrata: ésta es nuestra familia. Son estas fuerzas las que tienen la responsabilidad de gobierno en casi todos los países europeos. Y se trata de un renacimiento que era difícil imaginar.

Si nosotros no colocamos el discurso sobre el nuevo partido de la izquierda dentro de esta dimensión europea, corremos el riesgo de hacer una rendición de cuentas entre ancianos que recuerdan el 56. Si un muchacho de 18 años se enfrentara con una situación de este tipo, escaparía, y no injustamente.

Nosotros vivimos una paradoja. Yo en Londres soy laborista y en Roma ex comunista. Es una paradoja, una situación aun técnicamente cada vez más insostenible. Por cierto que comprendo las razones históricas de peso, pero tengo dificultades

“¿Acaso es posible pensar que el tema de la reducción del horario de trabajo puede ser abordado país por país? El Partido Socialista Europeo debe desarrollar una reflexión y acciones comunes, o no estará a la altura del desafío.”

de colocarme ante el problema de la relación con la tradición socialista si no lo hago a partir de la consideración del hecho de que soy miembro de la dirección del más grande partido socialista del mundo: el Partido Socialista Europeo, que ha obtenido en las últimas elecciones 50 millones de votos. No reunimos todos los meses y esto me ha permitido construir una determinada relación con la tradición socialista.

Pues bien, ahora nosotros debemos comprender que podemos reunir la izquierda italiana sólo si colocamos este proceso en una perspectiva europea. Y en este sentido estoy convencido de que el futuro de la política tenderá cada vez más a hacer prevalecer esta dimensión europea. Es necesario que se organicen actividades de investigación política europea y que se programen iniciativas y luchas europeas.

¿Acaso es posible pensar, por ejemplo, que el tema de la reducción del horario de trabajo puede ser abordado país por país? El Partido Socialista Europeo -que en realidad es aún una confederación de partidos en el que el elemento nacional pesa muchísimo- debe desarrollar una relación común y efectuar acciones comunes, o no estará a la altura del desafío. Si nos colocamos en esta perspectiva, el salto de calidad de la izquierda italiana no será difícil.

¿Pero cuál es entonces el problema del reformismo europeo? Lo digo en pocas palabras: liberarse del peso de las propias conquistas y de los pro-

pios esquemas ideológicos y culturales. Pero el reformismo italiano, desde el punto de vista de su estructura y de su historia, es mucho más débil y culturalmente mucho más abierto. No somos como los alemanes. Nosotros tenemos muchos más la característica de una izquierda de valores y mucho menos esquemas ideológicos, y por tanto nuestra izquierda, culturalmente más abierta, es capaz de enriquecerse de aportes culturales que frecuentemente provienen del mundo ecologista o del mundo feminista. Podemos hacer mucho más que aquellos países que, para lograr una apertura, han debido llevar a cabo batallas furibundas. Somos una izquierda culturalmente más amplia, pero también mucho más abierta y dispuesta a encaminarnos hacia el futuro.

Sobre todo esto se ha planteado una discusión que debe aún intensificarse. Ser un partido de la Internacional Socialista es una elección irrenunciable, pero no se trata de una elección culturalmente rígida.

No podemos adherir con 20 años de retraso al reformismo socialdemócrata europeo. Este reformismo está en crisis, como lo está el comunismo, y los partidos socialistas tienen éxito porque han puesto en discusión las coordenadas del reformismo socialdemócrata europeo.

Permíteme una pequeña conclusión: he venido aquí para entender mejor algunos aspectos del pensamiento de D'Alema, y debo decir que salgo teniendo y no sólo entendiendo mejor ciertas cosas, sino que además descubro perspectivas interesantes. Y diría que esto marca la diferencia entre el tipo de información que puede dar una revista mensual y la que pueden dar los diarios y la televisión.

Publicado originalmente en *Il Ponte*, año LIII, núm. 10, Roma, octubre de 1997. Traducido por Jorge Tula.

La paradoja de Blair

David Marquard

Un año después, David Marquand sigue perplejo frente al proyecto de Blair. El Nuevo Laborismo no ha asumido aún una ideología clara, pero sus críticos se equivocan cuando afirman que es una continuación del *thatcherismo* por otros medios. En el actual gobierno inglés se combina la continuidad económica con una tajante discontinuidad política

Un año después de la aplastante victoria electoral del laborismo, el propósito, naturaleza y significación del famoso proyecto de Tony Blair siguen siendo tan misteriosos como en esa mágica mañana de mayo en que se le dijo adiós sumariamente al gobierno anterior. Sabemos lo que no es el nuevo régimen, pero todavía no sabemos lo que es. A todas luces, no es socialista. No es siquiera socialdemócrata o socialista liberal. Ha abandonado la tradición antaño ejemplificada por paladines de la democracia social como Willy Brandt, Helmut Schmidt, Ernest Bevin y Hugh Gaitskell. También le ha dado la espalda a Keynes y a Beveridge. Su desdén por los socialistas franceses es evidente; cree que no tiene nada que aprender del SPD alemán y parece sentirse más a gusto con los Nuevos Demócratas de clase media de Clinton que con cualquier partido europeo situado a la izquierda del centro.

Más significativo aún es que sin duda alguna no lo perturban las enor-

mes y crecientes disparidades de ingresos generadas por el renacimiento capitalista de fines del siglo xx. Al igual que los gobiernos encabezados por Thatcher antes que él, el Nuevo Laborismo progna una variante del ideal empresarial de comienzos del siglo pasado. Menosprecia a las élites tradicionales y glorifica a los meritócratas que se abrieron paso por su propio esfuerzo, y no ve motivo alguno por el cual estos últimos no deberían disfrutar plenamente del éxito que alcanzaron: está en favor de la ampliación de las oportunidades, no de la redistribución de los beneficios. Por lo mismo, no le interesa dar marcha atrás en el implacable vaciamiento del sector público ni detener la creciente informalización del trabajo -tanto entre los trabajadores manuales como entre los empleados administrativos- que signó la época de Thatcher y de Major. La idea de que los bienes públicos deben ser provistos por las autoridades, animadas de una ética del servicio a la que le son ajenas las reglas del mercado, parecería serle tan extraña como a sus predecesores. Se siente más inclinado a favorecer a los empleadores que a los sindicatos, más ansioso de cortejar a Rupert Murdoch que al *Guardian*, y más desconfiado del modelo social europeo que de la mezcla norteamericana actual de hiperindividualismo y autoritarismo social.

Sin embargo, la noción muy difundida de que el Nuevo Laborismo representa la continuación del *thatcherismo* por otros medios se equivoca groseramente. Existen por lo menos cuatro diferencias decisivas entre el nuevo régimen y el anterior. En primer lugar, el *thatcherismo* era excluyente, el Nuevo Laborismo es inclusivo. Margaret Thatcher era una guerrera, Tony Blair es un samaritano. Donde ella dividía, él une; donde

ella hablaba de “los enemigos internos”, él habla de “el pueblo”. Los seguidores de Thatcher se vefan a sí mismos como una minoría cercada y asediada por enemigos insidiosos, poderosos e implacables; siempre había nuevas batallas que librar, nuevos obstáculos que eliminar, nuevas herejías que erradicar. El Nuevo Laborismo, sustentado por la misma proporción (no demasiado cuantiosa) de votos populares, habla y se conduce como si encarnase un consenso nacional de los hombres de buena voluntad que abarca a los ricos y a los pobres, a los jóvenes y a los viejos, a los habitantes de los suburbios de clase media y a los miserables de las ciudades, a los negros y a los blancos, a los cazadores y a los que luchan por los derechos de los animales, a los triunfadores y a los vencidos. En lugar de la ducha fría del *thatcherismo*, ofrece un baño de inmersión cálido y reconfortante, administrado por un partido popular hegemónico que atrae en igual medida a todos los sectores del país. Tal vez esto no tenga nada en común con la democracia social, pero es lo más parecido a la democracia cristiana que ha conocido la política británica moderna. Y la democracia cristiana está a años luz de distancia del *thatcherismo*.

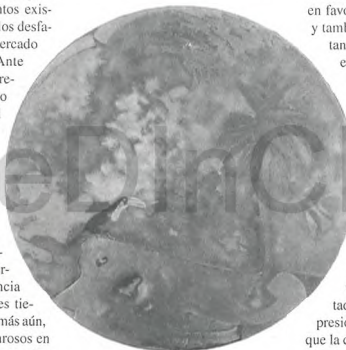
La segunda diferencia es más compleja. El nuevo régimen, igual que su antecesor, apoya los logros individuales, no la acción colectiva, pero su concepción acerca de las fuerzas que potencian a los triunfadores es totalmente distinta. Para el *thatcherismo*, el vehículo de la movilidad social era el mercado: si se lo dejaba actuar sin interferencias, pensaban, el talento obtendría automáticamente su remuneración correcta. El único papel del Estado consistía en suprimir los obstáculos que impedían el libre

juego de las fuerzas del mercado incluídos, por supuesto, los que presentaban las élites tradicionales. El Nuevo Laborismo opina, en cambio, que al talento hay que nutrirlo antes de que llegue al mercado, y que debe hacerse con la intervención del Estado. La clave tanto de las oportunidades individuales como de la competitividad del país es la inversión en capital humano, y sólo el Estado puede asegurar que esa inversión sea adecuada y esté bien distribuida. Una sociedad meritocrática es aquella en la cual el Estado toma medidas para elevar el nivel de los talentos existentes (en particular los de los desfavorecidos), que luego el mercado procede a recompensar. Ante todo, el Estado debe empapar el campo de juego; sólo después puede comenzar el partido.

La visión social del Nuevo Laborismo está más cerca del thatcherismo que de ninguna otra tendencia histórica de Gran Bretaña en la posguerra. Los individuos compiten entre sí y hay ganadores y perdedores. Como la competencia fue ecúmene, los ganadores tienen derecho a lo que ganan; más aún, ocupan los lugares más honrosos en el panteón nacional. En cuanto a los perdedores, su deber es lamers las heridas y volver al combate lo antes posible; el Nuevo Laborismo no les tiene paciencia a los que quejumbrosos ni a los que eluden sus responsabilidades. No obstante, esta visión política está lejos de ser la del thatcherismo, pues apuntalando esta sociedad individualista, móvil y competitiva, hay un Estado dirigista de trabajadores que le habría reconfortado el corazón a Beatrice Webb.

Esto da origen a una tercera diferencia, aún más paradójica. El gobierno de Blair, como los de Thatcher y Major, busca inspiración del otro lado del Atlántico, no del otro lado del

Canal de la Mancha. Su retórica es norteamericana; las influencias intelectuales que le han dado forma a su proyecto son norteamericanas; su estilo político es norteamericano. Y lo que es más importante, comparte la idea que prevalece entre los norteamericanos sobre la economía mundial y sobre las relaciones entre los países y los mercados dentro de ella. Al igual que los Nuevos Demócratas, el Nuevo Laborismo considera que la globalización es un dato de la realidad y procura seguir lo que en-



tiene que es la corriente del mercado mundial. De ahí que sospeche del modelo social europeo, coincida con su predecesor en adherir a la flexibilidad del mercado laboral y los bajos costos sociales, y vea en los socialistas franceses y los socialdemócratas alemanes a posibles descartados más que a frateros modelos ejemplares.

A diferencia de los thatcheristas, empero, también considera un dato de la realidad a la Unión Europea y procura seguir la corriente de la integración de Europa, incluida la monetaria. La paradoja radica en que, como señalaron correctamente los thatcheristas, la finalidad de la ue es

en cierta medida europeizar un modelo solidarista de la sociedad y la economía que ha sido tomado en parte de la tradición socialdemócrata y en parte de la tradición (también propia del Continente) del pensamiento social católico. Análogamente, parte del propósito de la unión monetaria es defender ese modelo contra las presiones del mercado mundial, a fin de crear un espacio supranacional que permita proteger al mercado social europeo de la progresiva norteamericanización. En suma, el Nuevo Laborismo mira hacia ambos lados. Está en favor de la norteamericanización y también, aunque no lo haya dicho tan explícitamente, en favor del espacio supranacional. Cómo habrá de conducirse en caso de ingresar en dicho espacio sigue siendo un misterio.

La cuarta diferencia es todavía más paradójica. El leítmotiv de la revolución thatcherista fue una combinación de libertad de mercado y de poder estatal en la que este último era una condición necesaria de la primera. En teoría, los thatcheristas propiciaban un Estado reducido a su mínima expresión; en la práctica, presuponiendo que la centralización era la única vía para la mercaderización; que si debían impedir o aplastar los múltiples obstáculos institucionales y culturales que se oponían a su utopía del libre mercado, tendrían que hacer el máximo uso posible de las facultades que la antigua doctrina británica de la soberanía absoluta e inalienable del Parlamento le confiere al gobierno de turno. Por supuesto, ésta era la gran paradoja del thatcherismo. El vino nuevo de la libertad de mercado tenía que verse desde los viejos odres del *ancien régime* británico. Una economía individualista debía ir de la mano de un sistema político autoritario. Pero la paradoja era irrecusable. En diez años, los gobiernos de

Thatcher transformaron la economía política y la cultura pública. El nuevo Partido Laborista, favorable a los bajos impuestos, amistoso con las empresas, desdén con los sindicatos, cortejador de Murdoch, es el tributo que se paga por dicha transformación. En un sistema más pluralista, en el que rigieran los controles y equilibrios que la mayoría de las democracias modernas dan por sentadas, no habría sido factible nada parecido.

En contraste con ello, el Nuevo Laborismo se embarcó en el más ambicioso programa de reforma constitucional que se haya intentado llevar adelante en Gran Bretaña durante este siglo. Irónicamente, parte del mérito debe atribuírseles a los thatcheristas. El viejo laborismo adhería a las doctrinas y prácticas del absolutismo de Westminster no menos que los conservadores; pero en la época de Thatcher, cuando el laborismo se vio perjudicado por un feo centralismo que fue mucho más allá de lo que él mismo jamás había intentado, sufrió una conversión propia de un moribundo. Al principio en forma gradual, pero con creciente entusiasmo a medida que transcurría el tiempo, abrazó la mayor parte de la agenda constitucional originalmente propuesta por la alianza de los socialdemócratas y los liberales, y a la que luego la Carta 88 le dio un giro más radical. Y la esencia de dicha agenda consiste en desmantelar al antiguo régimen, creando controles y equilibrios legales e institucionales que volvieran imposible a un gobierno futuro imponer su voluntad en materia social y económica como lo hicieron los presididos por Thatcher.

Los compromisos constitucionales del Nuevo Laborismo contrastan agudamente, por cierto, con su enfoque de las formas de gobierno. Su Estado de los trabajadores descende en forma directa del viejo grupo fabiano de la ingeniería social impuesta desde arriba. Descansa en la

premisa de que el gobierno central no sólo puede sino que debe rehacer la sociedad a fin de adecuarla a un gran diseño formulado *a priori*. Para tener éxito, las políticas de él emanadas deben ser acompañadas de un fervor centralista como el que desplegaron los thatcheristas hace quince años. Por detrás del estilo incluyente del nuevo régimen y de sus ambiciones hegemónicas no es difícil detectar la propensión a persuadir al adversario por las buenas o por las

“Los compromisos constitucionales del Nuevo Laborismo contrastan con el enfoque de las formas de gobierno. Su Estado de los trabajadores descende en forma directa del viejo grupo fabiano de ingeniería social impuesto desde arriba.”

malas y a emprender la cacería de los herejes. Alastair Campbell hace que Bernard Ingham parezca, en retrospectiva, un tierno y blando adalid de la pluralidad periodística. La disciplina prusiana que Blair y sus colaboradores impusieron a los parlamentarios laboristas supera todo lo intentado por los conservadores. El propio Blair es tan hábil en el ejercicio del poder como lo fue Thatcher, está tan convencido como lo estaba ésta de que una línea directa lo une con el corazón del pueblo británico, y no menos resuelto a asegurar que los canales de comunicación entre ese pueblo y su dictador electo no se vean entorpecidos por las ambiciones de los ministros o por las recalcitrantes instituciones intermedias.

Pero esto no hace sino poner más en evidencia la paradoja presente en el programa constitucional del Nuevo Laborismo. Antes de las elecciones yo temía que este fervor reformista podría disiparse una vez que los

diputados del Nuevo Laborismo hubieran posado sus asentaderas en las seguras bancas de la Comisión de Hacienda de la Cámara de los Comunes. Ahora pienso que estaba equivocado. Además, creo que las implicaciones del programa de acción del gobierno en materia constitucional van más allá de lo que advirtieron la mayor parte de los comentaristas. La combinación del traspaso de poderes a Escocia, Gales e Irlanda del Norte, la elección de los alcaldes por sufragio popular, la domesticación de la Convención Europea de Derechos Humanos, la libertad de información, la reforma de la Cámara de los Lores y el referendo sobre la representación proporcional, apuntan en la dirección de una transformación profunda del Estado británico. A esto se añade algo aún más importante, y es que el proceso de cambio constitucional generará sin duda una dinámica propia que llevará dicha transformación más lejos de lo que sus autores pretendían o esperaban.

Esto es válido en varios campos. En la actualidad, el gobierno ha adoptado frente a la reforma de la Cámara de los Lores una actitud minimalista desafiante. Desaparecerán los derechos de voto de los nobles hereditarios y la Cámara de los Lores habrá de convertirse en la mayor “organización no gubernamental cuasi-autónoma” del país. No creo que perdure. Cuando el genio de la reforma salga del frasco en que estaba encerrado, autostifitándose (como forzosamente debe hacerlo) con una retórica que hable de democracia, meritocracia y justicia, la propuesta de que una segunda cámara de funcionarios públicos mejoraría sensiblemente la actual, será objeto del ridículo y se la descartará. Si pende la espada de Damocles sobre los títulos hereditarios, los conservadores no tendrán nada que perder y sí mucho que ganar superando al gobierno en sus apuestas reformistas. Si los asiste el sentido común y no hay por qué

suponer que nunca lo tengan-, abogarán por una segunda cámara electiva. Y si ellos no lo hacen, lo harán otros. Tarde o temprano el debate se centrará, no en la cuestión trivial del destino que debe dársele a la Cámara de los Lores, sino en el problema profundo de lo que significa el bicameralismo y qué tipo de bicameralismo tiene que sustentar Gran Bretaña. Sea cual fuere la respuesta que se dé a estos interrogantes, el resultado final seguramente será una segunda cámara dotada de mayor legitimidad y mejor ubicada para cuestionar la autoridad de la Cámara de los Comunes y resistirse al partido que controle a esta última.

Los corolarios a largo plazo del traspaso de poderes son mucho más radicales. La oleada de autonomismo que recorrió Escocia en la década del ochenta era muy propiamente escocesa. (Como mostró el referendo popular sobre esta cuestión, en Gales no sucedió nada comparable.) No habría ocurrido ninguna cosa parecida si no fuese por la extraordinaria experiencia histórica de Escocia y sus peculiares instituciones nacionales dentro de un Estado en esencia unitario. No obstante, las fuerzas que pusieron en marcha dicha oleada tienen algo en común con las que destruyeron al Partido Conservador en las ciudades desindustrializadas del norte de Inglaterra. Escocia, como Liverpool, Manchester, Leeds, Sheffield y Newcastle, veía en Thatcher a una enemiga y en el thatcherismo a un flagelo que le

venía desde afuera. Si los escoceses se unieron en torno de la cuestión del gobierno propio fue porque su historia lo convertía en una opción obvia (y atractiva) respecto del *statu quo*. Pero el motivo de que necesitaran un lema que los uniese era que los thatcheristas parecían inclinados a desarraigar la cultura económica colectivista que los escoceses compartían con las antiguas regiones industriales de Inglaterra.



Nadie puede predecir qué pasará con el gobierno propio de los escoceses una vez que lo tengan. Lo seguro es que cuando exista el parlamento escocés, habrá en Gran Bretaña un centro de poder alternativo, que representará a una nación cada vez más confiada en sus propios medios y cuya cultura política y economía moral difieren netamente de las del centro de Inglaterra, esa zona thatcherista en la que el Nuevo Laborismo obtuvo sus mayores logros. Suponer que el gobierno de Edimburgo será un clon obediente del de Londres, por más que los dos pertenezcan al mismo partido, es una vana ilusión. La tensión y aun el conflicto entre ambos son inevitables. Los ministros

londonenses, habituados a agitar el garrote del absolutismo de Westminster, tendrán que negociar con funcionarios de menor nivel, como lo hacen todos los ministros en los sistemas federales. Es presumible que tanto ellos como sus subordinados encuentren poco agradable la experiencia.

Pero éste es sólo el comienzo de la historia. En la década del ochenta el gobierno propio no parecía una opción tan evidente en el norte de Inglaterra; de ahí que no exista ninguna Declaración de Derechos en el condado de Northumbria ni Convención Constituyente en Yorkshire. Sin embargo, una vez que el efecto de demostración del parlamento escocés comience a actuar, es probable que en esa zona las actitudes cambien. Cuando Newcastle se encuentre con que hay un parlamento escocés en Edimburgo, cuando

caiga en la cuenta de que el primer ministro escocés trata en forma directa con la comisión de Bruselas, procura caerles en gracia a los líderes alemanes e inicia negociaciones con potenciales inversores japoneses con una autoridad que no posee ningún político de ninguna región del país situada al sur de la frontera, tal vez decida que también Newcastle necesita su asamblea propia. Y si el traspaso de poderes descende hacia el sur y llega al norte de Inglaterra, como presumo que sucederá, habrá incluso otros centros de poder alternativos que desafían la hegemonía de las metrópolis y expresen valores discordantes con los de la ortodoxia económica metropolitana.

También es probable que la reforma electoral introduzca algunos revoltosos gatos disociadores entre las serenas palomas del Nuevo Laborismo. Es una verdad de perogrullo que la regla férrea del sistema electoral por mayoría simple obliga a los partidos que aspiran al gobierno a desplazarse hacia el centro. Los políticos que olvidan esto -como la izquierda de Benn a principios de la década del ochenta o los conservadores euroescépticos del último parlamento- pagan un alto precio político. El Nuevo Laborismo es en sí mismo un producto de esa regla férrea. El argumento irrefutable de los modernizadores laboristas era que ellos ofrecían el único pasaporte a la victoria. Pero cuando la regla férrea deja de actuar, la política partidaria se rige por otras normas diferentes. No sólo los partidos minoritarios tienen una cuantiosa representación sino que ya no existen las presiones de la competencia electoral para acallar a los disidentes. Es por eso que todos los partidos socialdemócratas de Francia, Italia y Alemania tienen que entenderse con los partidos minoritarios, pero no insignificantes, de la izquierda con los comunistas de diversa especie en Francia e Italia y con los Verdes en Alemania-, inhibiendo así su propia libertad de acción.

Desde luego, es imposible saber de qué manera la representación proporcional afectará al sistema de partidos de Gran Bretaña. La única cosa segura es que en este país hay un considerable electorado colectivista situado a la izquierda del Partido Laborista de Blair y que sigue adhiriendo a los valores socialdemocráticos que antaño encarnaba el laborismo y que hoy nadie representa. No puedo creer que continúen sin representación cuando el sistema electoral adopte el régimen proporcional. El espacio político que el Nuevo Laborismo dejó vacante en su corrida hacia el centro será sin duda vuelto a ocupar por otros -tal vez por los de-

“La única cosa segura es que hay un electorado colectivista situado a la izquierda del Partido Laborista de Blair y que adhiere a los valores socialdemocráticos que hoy nadie representa.”

mócratas liberales, quienes ya están insinuando una aproximación a ese espacio, tal vez por un agrandado Partido Verde, o tal vez por una fracción socialista de algún tipo-. Puedo equivocarme, pero no hay duda de que la representación proporcional flexibilizará el sistema, y al hacerlo dará la venia a las tendencias minoritarias, impulsará a los políticos británicos a asumir el pluralismo, la negociación y la construcción de coaliciones, y tornará impracticable la hegemonía de un único partido según el modelo de Thatcher. Por lo tanto, Blair enfrenta un dilema insoluble. Percibe que, si quiere convertir el éxito temporario del Nuevo Laborismo en una hegemonía permanente, debe mantener junto a él a los demócratas liberales, pero sólo puede hacerlo ofreciéndoles la representación proporcional. Y si obtienen la representación proporcional, será imposible que el Nuevo Laborismo alcance una hegemonía permanente.

Las consecuencias de todo esto son llamativas. La mano derecha de los prosélitos de Blair parece ignorar lo que hace la mano izquierda (o no se atreve a averiguarlo). A la paradoja de Thatcher -liberalización económica combinada con política conservadora- le siguió la paradoja de Blair -continuidad económica combinada con discontinuidad política-. Creo que esta segunda paradoja es la clave de los misterios que aún rodean al nuevo régimen. Sus orígenes se hallan en las confusiones y contradicciones de la época de Thatcher. En nombre del liberalismo económico,

los gobiernos de Thatcher hicieron la guerra a las instituciones y a las élites tradicionales. Entre las víctimas del *blitzkrieg* de Thatcher estuvieron no sólo ciertos bastiones del laborismo clásico, como los sindicatos y las autoridades locales, sino también las élites universitarias, la *bac*, la crema de la nobleza conservadora (*noblesse oblige*), el obispado, los altos funcionarios públicos: todas las redes interconectadas que componían el antiguo *establishment*. Pero, como ya he señalado, esa guerra fue librada por y con las instituciones tradicionales del Estado central, incorregiblemente elitistas, y al hacerlo esas mismas instituciones minaron las condiciones de su propia existencia. Volcar el vino nuevo de la libertad de mercado en los viejos odres del antiguo régimen resultó ser una mezcla insostenible. Los odres estallaron.

No es difícil ver por qué. La mercaderización de los thatcheristas impuesta por el Estado era una contradicción en los términos. Como nunca ignoraron los conservadores tradicionalistas, el Estado fuerte del *ancien régime* extraña su fuerza de recuerdos y rituales enraizados en la historia e insertos en una densa red institucional. Los valores que lo nutrían no eran populares sino jerárquicos; descansaba en una autoridad sacra, no secular. Pero, como vio Marx largo tiempo atrás, el capitalismo de mercado es esencialmente populista e intrínsecamente subversivo de toda tradición y ritual. Desdeña la historia, vacía las instituciones y socava las jerarquías; en el mercado, el cliente es rey y el dinero del hombre común vale tanto como el de su amo. Por ello, el renacimiento capitalista que los thatcheristas contribuyeron a promover destruyó los fundamentos morales de las mismas instituciones merced a las cuales lo llevaron a cabo, lo cual les tornó cada vez más difícil lograr el consenso popular para el resto de su proyecto.

El gobierno de Blair es el legatario

rio de este proceso de destripamiento institucional y cultural. Hacia mayo de 1997, el antiguo régimen estaba desmembrado. Desde Bruselas, desde Estrasburgo, desde Luxemburgo, desde los encumbrados jefes nacionales, se amenazaba la doctrina fundamental de la soberanía parlamentaria absoluta. La otra doctrina apenas un poco menos fundamental, la de la responsabilidad de los ministros, había sido de hecho anulada, ya que los propios ministros lograron pasarse el fardo de las decisiones impopulares a entidades inimputables que se hallaban a buena distancia de los organismos ministeriales de la calle Whitehall. También se dejó de lado la presunción concomitante que databa de las reformas introducidas en el siglo XIX por Northcote y Trevelyan: de que los ministros responsables estarían sustentados por un funcionariado desinteresado y profesional sin filiación ideológica. Los complicados procesos de entendimiento mutuo y las prácticas que habían dado forma a la relación entre el gobierno central y las autoridades locales fueron pisoteados. A medida que las acusaciones de corrupción en los altos cargos alcanzaron un tono febril, fue diluyéndose el apoyo público al sistema.

En un plano más profundo, la estructura en esencia imperial de estatus, autoridad y consenso que había permitido al antiguo régimen sobrellevar dos guerras mundiales, el advenimiento de la democracia y la instauración del Estado asistencial se vino abajo junto con el propio imperio. En los nuevos tiempos, haber sido educado en Eton o incluso haber obtenido un sobresaliente en estudios clásicos en la Universidad de Oxford era algo de lo que uno debía avergonzarse. Hincarle el diente a la monarquía se había convertido en uno de los pasatiempos favoritos de una prensa vulgar y sensacionalista. Los garagistas de Julian Critchley se adecuaron del Partido Conservador;

los mandarines de refinada educación ocupaban un lugar inferior en la jerarquía que los groseros jefes de los servicios públicos; la casa Barings fue llevada a la quiebra por un joven lleno de empuje que había salido de las clases populares y carecía de título universitario. Al fin, Gran Bretaña estaba experimentando la muy esperada y demorada revolución burguesa. Se había transformado en un país apto para las aventuras empresariales de Richard Branson.

Tanto desde el punto de vista político como social, no había vuelta atrás. El aburguesamiento era irreversible, y sólo un Estado burgués podría gobernar con éxito la nueva nación burguesa. Ya no era posible reinstaurar el antiguo régimen. La única forma de poner freno a la pérdida de legitimidad que contribuyó a remover a los thatcheristas era reconstruir el Estado de acuerdo con lineamientos acordes a un modesto país europeo que había llegado a ser de segunda categoría en la era postimperial de fines del siglo XX. Y eso es lo que ahora están haciendo Blair y sus colaboradores, lo que deben hacer si pretenden que el Estado que aspiran a gobernar se base en el consenso popular. No estoy seguro de que hayan comprendido el profundo significado de sus programas constitucionales. Antes de las elecciones, a menudo daban la impresión de que sólo veían en él una especie de so-

borio para granjearse las simpatías de los intelectuales izquierdistas hostiles. Pero sus intenciones no importan demasiado; lo que importa es que la brecha que separa al Estado de la sociedad no puede cerrarse de ningún otro modo. Como le ocurrió antes a la paradoja de Thatcher, la de Blair es un elemento inherente a la coyuntura histórica que lo llevó al poder.

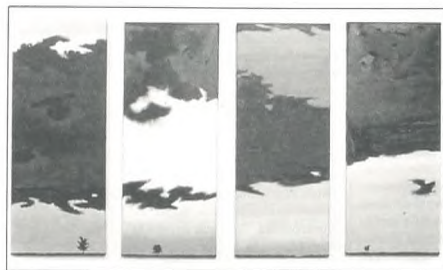
Una paradoja similar presenta la inclusividad de Blair, derivada de su postura demócrata cristiana. Al igual que Thatcher con anterioridad, se las ha ingeniado (al menos por ahora) para reformular el mapa de la política electoral británica. Al igual que ella, lo hizo anexando elementos decisivos que componían el electorado de su predecesora. La coalición gestada por Thatcher, que dominó la política británica en la década del ochenta y se desintegró en la del noventa, fue reemplazada por la que gestó Blair. Ambas coaliciones tienen aspectos importantes en común. Ambas fueron pergeñadas por un político genial, capaz de superar las fronteras ideológicas conocidas y llegar hasta el núcleo electoral del partido de sus adversarios. Las dos figuras políticas en cuestión son curiosamente personas desarraigadas, en un caso por su sexo y en el otro por su educación, de las culturas de sus respectivos partidos. Por sobre todas las cosas, cada una de esas coaliciones le debió tanto a su rebelión frente a los viejos vínculos como a su capacidad para atraerse vínculos nuevos.

Esto fue particularmente evidente en el caso de la coalición de Thatcher. Los antaño laboristas de Clase 1 (la clase media) y Clase 2 (la clase obrera) que a fines de la década del setenta y comienzos de la siguiente se pasaron a las filas de los conservadores, se vieron fortalecidos en sus nuevas simpatías políticas por las acciones y palabras del gobierno de Thatcher, pero si se le adhirieron fue ante todo a raíz de que el giro a la

izquierda del laborismo los apartó de sus simpatías anteriores. Thatcher sólo fue la partera que dio a luz al "hombre de Essex": su progenitor fue Tony Benn. La historia de la coalición de Blair es algo más complicada, pero en esencia no difiere demasiado. La derecha eurofóbica fue para los conservadores lo que la izquierda de Benn para los laboristas. Hizo que el partido se recogiera sobre sí mismo y se apartara de la sociedad global. Y principalmente hundió una cuña en el corazón de la coalición conservadora, creando así un electorado para el Nuevo Laborismo, como una Bella Durmiente a la que Tony Blair despertó con un beso.

La eurofobia hacía las delicias de los garagistas que dominaban cada vez en mayor medida los congresos del Partido Conservador y sus comités de apoyo. Los garagistas eran xenóforos y contrarios a las regulaciones y a los sindicatos. Por sobre todo, eran contrarios a Bruselas, síntesis para ellos de la extranjería y nido de los amantes de las normas sindicales. Su apetito de retórica eurofóbica era inagotable, pero cada nueva dosis tenía que ser mayor que la anterior a fin de producir el efecto deseado. El resultado fue un proceso de escalada oratoria merced al cual el Partido Conservador se convirtió en un largo discurso totalmente hostil a

* Un estereotipo corriente por el cual se identifica al habitante de la zona de Essex, en el sudeste de Inglaterra, como una persona grosera, vulgar, no demasiado honesta y políticamente inclinada a apoyar a los partidos de derecha. [N. del T.]



los principios básicos en que se fundaba la Unión Europea. Sin embargo, para los que se dedicaban seriamente a los negocios y las finanzas, todo esto era una anatema. Los ejecutivos de las empresas competitivas internacionales que tenían una participación significativa en el mercado mundial, los gerentes de fondos de inversión y los funcionarios de la Confederación de la Industria Británica temblaban ante la perspectiva de que Gran Bretaña se autoexcluyese de la UE, y veían que la lógica de la eurofobia conservadora apuntaba inexorablemente en esa dirección. El viejo laborismo, con sus vínculos sindicales y su retórica redistributiva, nunca podía seducirlos, pero una vez que Blair dejó en claro que el Nuevo Laborismo era sensato respecto de las fuerzas del mercado, los impuestos personales y el poder de los sindicatos, muchos no titubearon en enrolarse satisfechos bajo su amplio estandarte.

Todo esto dio lugar a un extraordinario realineamiento sociopolítico. Por primera vez desde que el Partido Liberal de Gladstone se dividiera a causa del tema del gobierno propio, los conservadores ya no son el partido de las grandes empresas. La coalición del Nuevo Laborismo se extiende, al menos por ahora, de un extremo al otro del espectro social, desde los desposeídos de los barrios po-

ralesismo entre la coalición de Blair y la de Thatcher. En su apogeo, esta última era mantenida a la vez por la ideología y por los intereses económicos. Los temas de la libre elección, el espíritu empresarial y la individualidad, enarbolorados por la Nueva Derecha, resonaban tanto en los oídos de los ex-votantes laboristas que eran candidatos a cambiar de partido como en los de los conservadores tradicionales, y las privatizaciones, la desregulación y los recortes en los impuestos directos no eran menos decisivos para sus bolsillos. Nada de esto es aplicable a la coalición del Nuevo Laborismo. Pese a que se habla de un tercer camino, éste no adquirió todavía una ideología distintiva, y en lo tocante a los intereses económicos sigue dividido por un abismo.

La principal falla geológica que recorre a la moderna sociedad posindustrial es la que separa a los triunfadores en el mercado mundial de los derrotados. La parte del león de los extraordinarios aumentos de la productividad asociados al actual renacimiento capitalista ha ido a parar a las manos de los dueños del capital, a una nueva élite tecnocrática y a un puñado de grandes estrellas de las industrias del espectáculo, cada vez más globalizadas. Estos son los triunfadores: los nuevos Señores de la Creación. Se apartan más y más de sus vínculos comunitarios y naciona-

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Moses, Orla Pionetto, Hugo Quiroga

Nº 14 - Primer semestre 1998

Escriben: Garretón • Quiroga
Ansaldi • Rossi • Romero • Macor
Entrevista a José Nun
Dossier sobre Marc Bloch

Estudios Sociales, Universidad Nacional del Litoral,
9 de julio, 3563, Santa Fe, Argentina
Teléfono directo: (042) 571 194
Distribución: C/ Casilla de Correo 353,
Santa Fe, Argentina

les, y se muestran menos y menos dispuestos a pagar su alícuota en los costos sociales que el nuevo capitalismo ha traído aparejados. Se aferran a sus ganancias y también a un sistema económico mundial en el que éstas pueden acrecentarse. Frente a ellos están los perdedores: las angustiadas clases medias, amenazadas por la proletarianización; la clase obrera, cuyo trabajo se vuelve crecientemente informal; y la floreciente subclase de los marginados. Esta falla geológica recorre la coalición del Nuevo Laborismo, y como indica la historia del gobierno de Clinton, un populismo bienintencionado no basta para salvar ese abismo.

Ningún proyecto de inclusión social funcionará si no capta algunos de los beneficios obtenidos por los triunfadores y los reencuadra hacia los perdedores. La idea implícita en el último presupuesto británico es que el Estado de los trabajadores puede arreglárselas solo, que una mezcla de educación, capacitación laboral y persuasión moral puede lograr que la sociedad íntegra sea un conjunto de triunfadores, y que todo esto puede lograrse a un costo nulo para los que ya triunfaron; pero esto es una pura ilusión. Ni en el plano de los deseos ni en la práctica es dable borrar del mapa a los perdedores; como supieron todos los grandes apologistas del capitalismo, perder es parte de éste no menos que ganar. Por el mismo motivo, los intereses de los perdedores van a diferir sin duda de los intereses de los ganadores, y pretender otra cosa es autoengañarse. Pero las presiones políticas e ideológicas que fomentan hoy esta clase particular de autoengaño son, por lo que puedo recordar, mayores que nunca. Casi por definición, los triunfadores y sus apologistas en los medios de comunicación, los grupos de consultores y las escuelas de administración de empresas están mejor organizados, son más poderosos y confían más en sí mismos que los perdedores. Funda-

mentalmente, están en mayor sintonía con la ortodoxia de la época. Gracias al éxito logrado por Tony Blair como constructor de coaliciones, el gobierno es más sensible aún a estas presiones de lo que habría sucedido en otras circunstancias.

Sin embargo, sería erróneo concluir esta nota con tono amargo. La magia del pasado mayo aún no se disipó. El gobierno puede apelar a un enorme fondo común de buena voluntad pública. Tiene más margen de maniobras de lo que parece advertir y más opciones de las que está dispuesto a reconocer. Tarde o temprano, tendrá que resolver las paradojas que hoy enfrenta, pero puede hacer-

lo de diversas maneras. Ninguna ley de hierro le impide aceptar las consecuencias de su programa constitucional en materia de pluralismo, las de su europeísmo en lo que hace a la solidaridad y las de su compromiso con la inclusión social en lo tocante a la redistribución de la riqueza. Quienes defienden los valores sociales democráticos básicos de la justicia, la libertad y la solidaridad tienen todas las razones para brindarle su apoyo.

Publicado en *Prospect*, mayo de 1998, pp. 19-24. La traducción es de Leandro Wolfson.



NUMERO 72

Otño 1998

Asedios al mundo actual, Felipe González

Tiempos (post) modernos, Jeremy Rifkin

Discurso político y retacario económico, Pilar Enterría

México a mitad de camino, Héctor Aguilar Camín

Pluralismo y socialdemocracia, Michael Walzer

Derechos sociales y divisiones de género, Margarita De León

¿Es el progreso científico un valor seguro?, C. Ulises Moulines

El socialismo en la posguerra fría, Henry Saldivar Canales

Suscripción anual:

Europa	2,800 ptas.
Europa (correo ordinario)	3,700 ptas.
(correo aéreo)	4,400 ptas.
América (correo aéreo)	5,100 ptas.
Resto del Mundo (correo aéreo)	9,000 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquiza, 30, 2ª dcha.

Tel.: (91) 310 43 13 Fax: (91) 319 45 85

28010 Madrid

En Internet:

<http://www.arce.es/Leviatán>

e-mail: fpi@ctasa.es

La parábola de la socialdemocracia europea en los 80: entre los nuevos desafíos y los viejos legados

Después de varios años de dificultades y de un futuro poco alentador, el mapa político europeo de este fin de siglo ha terminado pintado, en su mayor parte, con los colores de la socialdemocracia. ¿Cuál será la suerte de los herederos de la II Internacional? Sobre este interrogante, al que se han referido recientemente Herbert Kitschelt y Perry Anderson, reflexiona Sebastián Etchemendy.

Sebastián Etchemendy

La victoria de los socialistas franceses y del laborismo británico en 1997, la posición hegemónica del rso en la coalición del Olivo en Italia y la victoria de los socialistas alemanes después de 16 años de gobierno del CDU en las elecciones de este año, parecen confirmar que los 90 son una época favorable para la socialdemocracia en Europa Occidental. Enseguida surge el contraste con la década del 80, la cual se tiende a asociar con el auge del neoliberalismo y los partidos conservadores en la región. La hegemonía del thacherismo (y de los republicanos en eu), sumados al claro dominio del CDU (demócratas cristianos) alemán contribuían a la imagen del irrefrenable avance de la derecha. El fracaso gobiernos socialdemócratas que tuvieron dificultades para controlar las demandas de sus sindicatos

aliados en la Gran Bretaña de mediados de los 70 y en Alemania con la crisis que llevo a la destitución de Schmidt en 1982, anunciaban una revolución conservadora bajo el lema de la "gubernabilidad".

¿Fueron los 80 la década perdida para la socialdemocracia europea? En un libro clásico publicado en los 80, *Crisis and Choice in European Social Democracy*, Fritz Scharpf auguraba un futuro oscuro para lo que había sido el modelo de la llamada "Edad de Oro" de la socialdemocracia: balance entre el crecimiento del salario real y la productividad, expansión basada en el mercado interno, negociación colectiva centralizada y redistribución social a través del Estado de Bienestar. Es cierto, la crisis mundial de 1973-1979, al menos en el corto plazo, no había significado un retroceso automático para los socialdemócratas. Cuando la demanda internacional se contrajo, los gobiernos fueron inicialmente reacios a dejar crecer el desempleo y los políticos se vieron forzados a lograr algún tipo de contrato social con los sindicatos. Sin embargo, leemos en libro de Scharpf, entrados los 80 el panorama se complicó más. La brecha entre las ganancias domésticas de las firmas y los retornos en las inversiones financieras creció. La política deflacionaria de Reagan en eu (para muchos autores el verdadero umbral del giro a la derecha en los países desarrollados) y la consecuente suba de las tasas de interés en ese país, ofrecía excelentes condiciones al capital internacional, las cuales difícilmente podían ser alcanzadas por economías europeas más reguladas. El impresionante aumento en la movili-

dad del capital y la caída de barreras financieras hicieron más difíciles la manipulación de las tasas de interés domésticas, que ya no podían diferir en extremo de las internacionales. La historia es conocida: los gobiernos perdían autonomía en el manejo de las políticas monetaria y fiscal; y las prioridades de política pública pasaban a ser de baja de impuestos a las ganancias del capital y la caída de subsidios para promover la competencia de mercado. Recetas *a priori* alejadas del tradicional menú socialdemócrata.

¿Cuál fue la suerte, entonces, de los herederos de la II Internacional en este contexto? Trabajos (relativamente) recientes de Herbert Kitschelt y Perry Anderson permiten intentar construir una respuesta. En *The transformation of European Social Democracy* Kitschelt se propone explicar la variación en apoyo electoral de distintos partidos socialdemócratas entre los 70 y los 80. Para ello se ocupa, en primer lugar, de elaborar una teoría sociológica de la formación de las preferencias políticas en los países avanzados. Kitschelt ubica las preferencias de los ciudadanos en base a dos ejes perpendiculares. El primer continuo es el clásico izquierda-derecha en términos económicos: en un extremo la planificación en la distribución de recursos económicos atendiendo a las decisiones de una mayoría. En el otro extremo de este continuo, la distribución de recursos económicos es espontánea y no sujeta a decisión alguna de una agencia investida de un mandato mayoritario: gobierna el mercado y el libre intercambio. Kitschelt, por supuesto, sostiene que la gente que deriva su in-

greso de ganancias de capital e intereses estará más inclinada al polo capitalista de libre intercambio, y los asalariados al polo socialista. Pero ésta, argumenta, es sólo una de las tres formas en que la situación de mercado moldea los intereses de los individuos. El segundo aspecto es la fuente de ingreso, si es estatal o reside en el sector público. Los trabaja-

dores y empresarios en el sector privado tienden a estar más preocupados por políticas redistributivas y subsidios generales que impliquen mayores impuestos a su sector. Los empleados públicos, están menos expuestos, en principio, a los caprichos del mercado y a la necesidad de productividad. Finalmente, una tercera forma de la "experiencia de



mercado" del individuo concierne a si su empleo u activos están sometidos a la presión de la competencia internacional o no lo están. En una división análoga a la de sector transables/no transables, la persona en el primer grupo puede presentar más reparos a medidas de redistribución, mientras que propietarios y capitalistas apartados de la competencia internacional pueden compensar impuestos orientados a la redistribución con subas de precios.

En suma, "la experiencia de mercado" de las personas está caracterizada no sólo por las relaciones de propiedad en el sentido marxista tradicional, sino por la fuente de empleo estatal-privada y la ubicación en el sector de la economía. Pero, crucialmente, la experiencia de mercado no es, para Kitschelt, la única fuente de

formación de preferencias políticas. Existe un segundo eje, el libertario-autoritario, que muestra reminiscencias habermasianas. Las personas en el extremo comunitario o libertario valoran la autodeterminación, la democratización de los procesos de decisión. Ven la interacción social como un proceso "comunicativo" de expresión de identidades (minorías, muje-

afinidad es inconclusa: muchos trabajadores manuales cerca del polo socialista pueden ser remisos a las nuevos reclamos comunitaristas relacionados con la democratización de las decisiones, la ecología, el género, etc., y del mismo modo, sectores calificados, ligados a la economía internacional valoran compromisos más de mercado y a la vez democrático-libertarios.

Entonces, los cambios en la estructura económico-social afectan estos ejes. La internacionalización económica acerca a muchos sectores (incluso asalariados) de los países desarrollados al polo capitalista. La existencia de ganadores en el proceso de industrialización competitiva y el surgimiento de numerosas capas de asalariados más calificados dismi-

res, ecologismo, etc.). El polo autoritario da un valor mucho menor a esos objetivos y valora, en cambio, la obediencia social, la tradición y el paternalismo. La posición de los individuos en este eje está determinada principalmente por factores como la educación y el tipo de trabajo. La ocupación no rutinaria, donde el individuo interacciona socialmente, diluye las relaciones de autoridad, a diferencia de lo que sucede en el modelo de ocupación más fordistas. Y en un contraste más general con cualquier actividad donde los individuos son tomados en forma estandarizada (sectores de la administración pública, cadenas de servicios etc.) Existe, para Kitschelt, una cierta afinidad entre el polo socialista y el libertario por un lado y el capitalista y el autoritario por el otro, pero esta

nuye la solidaridad de clase. Pero también la producción posfordista que no se basa en manufacturas, sino en servicios personales y financieros, empuja a los individuos a un polo más libertario y menos autoritario. En concreto, los socialdemócratas enfrentan dos dilemas principales. En primer lugar, moviéndose en el eje libertario-autoritario deben decidir si se van a apoyar en los trabajadores manuales "de cuello azul", o en los empleados más calificados o de cuello blanco, más proclives a tomar cuenta reclamos libertarios (género, ecología, etc., democratización de las decisiones). En segundo lugar, la socialdemocracia enfrenta un dilema al interior de la clase trabajadora. Pueden moverse hacia el polo socialista y buscar el apoyo de los trabajadores menos educados en industrias pro-

tegidas. Pero al hacerlo pueden perder su base en trabajadores en industrias de manufacturas y servicios competitivos internacionalmente, quienes, en la visión de Kitschelt, no apoyarán el crecimiento excesivo del sector público. Así, cuando la identidad de clase se hace más difusa, los socialdemócratas se ven obligados a combinar coaliciones: a) entre sectores productivos de la clase trabajadora y b) entre éstos y sectores de empleados y profesionales de cuello blanco.

Una vez configurado el marco teórico de preferencias políticas, Kitschelt identifica a los socialdemócratas que en los 80 incrementaron su caudal electoral, básicamente Francia, España e Italia. Resumiendo un argumento que es más complejo, los socialistas ganadores tuvieron

dos características relacionadas: fueron aquellos históricamente menos capturados por la clase trabajadora manual tradicional, y donde el liderazgo partidario tuvo más libertades para posicionarse cerca del extremo libertario de la dimensión cultural. El PSOE, y el PS francés eran los partidos socialdemócratas cuya relación organizacional con los sindicatos era claramente más débil en el contexto de la izquierda europea. Esto les permitió a su vez acercarse al extremo mercado y enfrentar el desafío de la liberalización económica. En contraste, países como Suecia donde el caudal del partido de la rosa permaneció estable, o entre los socialistas perdedores, como Austria, Alemania y Gran Bretaña, se vislumbra, aun con matices, una característica similar: liderazgo limitado por estructuras partidarias y sindicales ancladas en sectores industriales más tradicionales, menos proclives a posicionarse cerca del extremo configurado por las cuestiones libertarias en la dimensión cultural, y en la dimensión del mercado en el eje económico. En síntesis, aun cuando su éxito no puede explicarse sólo en términos de coaliciones electorales, los socialistas de

sur de Europa armaron una coalición de empleados calificados o de cuello blanco que apoyaban una modernización cultural, y sectores económicos modernos no sindicalizados que podían beneficiarse de la liberalización económica. Ciertamente, en países con sindicalismo tradicionalmente fuerte, como Suecia o Alemania, sectores de la clase trabajadora ligada a la exportación se enfrentaron con el sector más redistribucionista de empleados estatales y sectores ligados al mercado interno, lo que llevó a una creciente fragmentación del movimiento sindical. Con todo, los partidos socialistas no pudieron deshacerse fácilmente de su anclaje en las demandas de un movimiento obrero tradicionalmente centralizado.

Ahora bien, Kitschelt muestra que los ganadores tuvieron más facilidades para enfrentar los nuevos desafíos en términos de modernización cultural y liberalización económica. ¿Pero dónde buscar el origen de esta autonomía del liderazgo para elaborar estrategias? Siguiendo a Perry Anderson lo podemos rastrear en lo que llama "la parábola de la socialdemocracia europea". En la introducción de *Mapping the West European Left*,³ el pensador inglés retoma algunas ideas que ya había expuesto en sus *English Questions*. Señala que el origen histórico de los partidos socialdemócratas se halla naturalmente en la zona norte de Europa Occidental. Allí, en Escandinavia, Gran Bretaña, Países Bajos y Alemania, los partidos de la II Internacional crearon las organizaciones de masas más grandes. Las razones no son difíciles de vislumbrar: en las regiones más avanzadas de Europa y especialmente Gran Bretaña, Bélgica y Alemania, la cuna de la revolución industrial en el siglo XIX. En este contexto, o bien la clase trabajadora era más poderosa que en cualquier otra parte de Europa, o construía alianzas sociales con pequeños propietarios

campesinos, como en los países escandinavos. Más allá de algunas experiencias en el periodo de entreguerras, este modelo reformista se consolida en la posguerra, cuando los socialistas se convierten en fuerzas de gobierno, que hacia 1974-1975 eran claramente hegemónicas en Europa.

Sin embargo, cuando la crisis del capitalismo y la internacionalización comienzan a socavar las administraciones del norte, los socialistas del sur de Europa: Francia, Portugal, España, Grecia y en menor medida Italia, comienzan a moverse en la dirección opuesta. Estos países compartían un modelo común: el capitalismo allí había experimentado, aun en el caso francés, un desarrollo más tardío y desparejo. Paradójicamente, la clase trabajadora había desarrollado en estos países tradiciones revolucionarias más fuertes que en el norte, pero era estructural y objetivamente más débil. Más aún, en el sur la clase trabajadora era liderada por partidos comunistas más que por los socialistas. Sin embargo, cuando Francia y España registraron tasas altas de crecimiento industrial en la posguerra, no fueron los partidos comunistas los herederos de los frutos de este desarrollo. Aun cuando habían abandonado en buena medida los principios de la III Internacional en dirección al eurocomunismo, en Francia y España, el viejo encapsulamiento estalinista fue más fuerte. Fue natural, entonces, que partidos socialistas que en los 50-60 habían permanecido en la segunda fila,⁴ organizaran un proceso de sustitución en el liderazgo de la clase trabajadora. Así, la socialdemocracia que enfrenta la internacionalización económica en Francia y España es un animal cualitativamente distinto a su contraparte del norte: lazos orgánicos más difusos con la una clase trabajadora mucho más débil en términos organizativos que en el norte (en los 80 Francia y España muestran el porcentaje de afiliación sindical más bajo de todo el

mundo desarrollado, incluido Estados Unidos); y una hegemonía en el mercado de trabajo fuertemente desafiada por sindicatos comunistas (cot en Francia y cot en España). Esta situación, por otra parte, frecuentemente creaba recelos entre los socialistas y los sindicatos. La relación tenue con el mundo del trabajo, sin la vitalidad que la fuerza industrial había asegurado en el modelo socialdemócrata de la "Edad de Oro" en el norte, sumado a aparatos electorales dominados por abogados, profesionales y empleados públicos más que por cuadros sindicales, abonaron las estrategias del liderazgo del partido de la rosa en el sur de Europa en los 80.

En resumen: contra el panorama globalmente oscuro que dibujaba Scharpf, Kitschelt argumenta con sólida evidencia cuantitativa que los ganadores en los 80 fueron aquellos que tuvieron más facilidades para posicionarse pragmáticamente en un espacio electoral abonado por la fragmentación en los intereses de la clase trabajadora, y por la creciente importancia de la dimensión libertaria-autoritaria. Anderson, por su parte, nos invita a buscar el origen de esa habilidad en la forma histórica de expansión del capitalismo en la región, y en la parábola política de la socialdemocracia europea en térmi-

nos norte-sur. De algún modo, la respuesta de la izquierda a los fenómenos de la internacionalización en los 80, a los "nuevos desafíos", se encuentra anclada en los viejos legados económicos y organizacionales. Los partidos ideológicamente más radicales y extremistas en el contexto de la socialdemocracia europea en los 60-70, como el PSOE y el PS francés, terminaron liderando el cambio hacia el mercado en los 80. Leyendo a Kitschelt y a Anderson no es difícil entender el por qué.

Si los 80 implicaron una convergencia en las políticas macroeconómicas, la izquierda del sur de Europa logra mantener una identidad política en términos de modernización cultural y protección del Estado de Bienestar. Y si Kitschelt muestra esa convergencia, también mantiene que la coalición detrás del PSOE y del PS era maleable, y de hecho se resquebraja cuando los gobiernos llevaron la opción liberalizadora demasiado lejos. Quizás las estrategias de Blair y Schroeder en Alemania impliquen una "latinización" del socialismo democrático del norte. Seguramente los sindicatos no tendrán el lugar que tuvieron antaño en la coalición. El aceptar la convergencia no debería significar, sin embargo, abandonar objetivos de redistribución. Las con-

vergencia de políticas es hasta cierto punto inexorable, pero la socialdemocracia, aun enfrentando las nuevas realidades de fragmentación de clase, no olvida su razón de ser: el capitalismo, triunfante y probablemente irremplazable, librado a la pura lógica del mercado es un sistema intrínseco y esencialmente injusto.

Notas

1. Fritz Scharpf, *Crisis and Choice in European Social Democracy*, Ithaca, Cornell University Press, 1991. (la edición en alemán es de 1987).
2. Herbert Kitschelt, *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge University Press, 1994.
3. Perry Anderson, "Introducción", en Perry Anderson y Patrick Camiller (ed.), *Mapping the West European Left*, Verso, 1994. Véase también Perry Anderson, "The Light of Europe" en su volumen *English Questions*, Verso, 1992.
4. Recordemos que en España la resistencia contra la dictadura de Franco fue liderada por los comunistas, que llegaron a construir una verdadera organización de cuadros, más que por los socialistas quienes sólo se organizaron con fuerza en los 70. Del mismo modo, la izquierda en la Francia de posguerra era liderada por el PCF y el socialismo sólo sale del ostracismo con el reagrupamiento en torno a Mitterand a principios de los 70.

LIBROS

Un recorrido fértil

Marcos Novaro y Vicente Palermo. *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y Desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Editorial Losada, Buenos Aires, agosto 1998, 274 páginas.

Me permito sugerir (para el lector que ya no lo haya hecho) el siguiente plan de lectura. Comprar *Los caminos de la centroizquierda* de Marcos Novaro y Vicente Palermo. Leerlo. Luego comprar *Punto de Vista* número 61 y leer el "Debate sobre política e ideas" que mantuvo el Consejo de Dirección y el Consejo Asesor de la revista.

Puedo augurar que el resultado será provechoso para el lector preocupado por la evolución reciente del sistema político argentino y, en particular, por la suerte del Frepaso y/o del centroizquierda como alternativa de gobierno progresista y reformadora. Es de esperar, en el mejor de los casos, que se revalite (o genere) en el lector el necesario apasionamiento por el debate sobre las ideas y las prácticas que definen una fuerza política con vocación reformadora y de gobierno (al mismo tiempo).

Inicio del recorrido, un terreno fértil

El libro contiene, en especial en su primer capítulo, un sólido y consistente tono académico que lleva a discutir las principales hipó-

tesis explicativas que han circulado en distintos medios sobre la evolución reciente del sistema político y partidario argentino. Contra buena parte de la literatura en boga, los autores argumentan que la Argentina tuvo, de 1983 a 1995, un sistema de partidos en tránsito cuya principal característica es la adaptación exitosa del régimen y de los partidos tradicionales a la nueva escena política y de gobierno que se impone en la última década del siglo.

Por cierto, la crisis de los partidos tradicionales desde fines del '80, en particular los diagnósticos referidos a la "crisis de representación" fundados en la desconfianza y descreimiento que suscitaban en la sociedad civil, el surgimiento de líderes plebiscitarios, y el proceso de reformas estructurales de la economía y del estado, alentaron (a intelectuales y políticos) a sostener que los partidos ya no serían actores relevantes de los nuevos regímenes políticos. Novaro y Palermo discuten esta interpretación, y sostienen que en la actualidad los partidos han logrado, adaptación mediante, el monopolio partidario de la representación, reteniendo y aún fortaleciendo sus fun-

ciones en la selección de candidaturas, la formación de consensos y liderazgos, la negociación de políticas públicas y el control de la administración.

El análisis es consistente respecto del Partido Justicialista. Por ejemplo, se discute la utilidad de una "lectura peruana" para comprender en la Argentina la implementación de las reformas promercado. No fue la conjunción entre un líder plebiscitario y un "vacío institucional" producto de la débil burocracia partidaria, o la ausencia de reglas y procedimientos institucionalizados, lo que le permitió a Menem transformar la economía y el estado. Por el contrario, los autores argumentan que el éxito de Menem radica en su habilidad, en tanto líder carismático, para reactivar institucionalmente al PJ, conservando y redefiniendo su estructura organizativa, identitaria y programática, con el propósito de resolver los problemas en el control de la administración: "lo característico de la relación partidogobierno durante el gobierno de Menem no ha sido la marginación del primero sino su progresiva incorporación e involucramiento en el gobierno".

Lamentablemente, Novaro y Palermo no presentan un análisis comparable a la hora de explicar la adaptación exitosa del radicalismo. No obstante, el argumento mantiene vitalidad:

la adaptación del centenario partido y la reconversión del populismo peronista al servicio de la gestión de gobierno explican en gran medida la generación de un espacio de competencia interpartidaria donde se consolidan reglas de juego y mecanismos institucionales. Esto es lo nuevo en la vida política del país. Una dinámica política donde el PJ ya no puede presentarse ante la sociedad como un sistema político en sí mismo capaz de cobijar al oficialismo y a la oposición. Por vez primera, nos encontramos ante "un peronismo que debe acotar su potencia populista a los marcos de la competencia interpartidaria".

Estas ideas están destinadas a perdurar en la literatura académica sobre el sistema político argentino.

Una iniciativa progresista con vocación de poder

El mérito inicial de los capítulos 2 y 3 es presentar una minuciosa y ordenada historia del Frepaso, considerado como eje del centroizquierda en la Argentina, la cual se inicia con la formación del Grupo de los 8 a fines del '89 y se extiende hasta nuestros días.

Pero el objetivo es contestar un interrogante: ¿Qué hizo posible el surgimiento del centroizquierda, del Frente Grande primero y del Frepaso después? El correr de las páginas va descu-

Sumario

- 1 David Oubiña, *Infima bitácora. El cine de Chantal Akerman*
- 8 Claude Lefort, *El imaginario de la crisis*
- 18 Carlos Altamirano, Jorge Dotti, Adrián Gorelik, María Teresa Gramuglio, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Oscar Terán, Hugo Zvezetti, *Debate sobre política e ideas*
- 31 Alejandro Blanco, *Una alianza con pocas ideas*
- 34 Isidoro Cheresky, *Contra el consenso blando, el desafío de la política*
- 40 Jorge Myers, *El realismo sociológico y su espejo político*
- 46 Adrián Gorelik, *La política en la ciudad de la Alianza*

briendo la respuesta: la combinación de las ya mencionadas *nuevas condiciones de competencia interpartidaria*, que abrieron un espacio otrora impensable de representación política, el *talento político de un puñado de líderes* que, entre otras cosas, comprendieron la forma como los medios de comunicación habían alterado la arena política, y la existencia de una *corriente de opinión pública democrática y progresista* en una fracción del electorado y de la sociedad civil, "consistente y sólidamente comprometida en el respaldo de los valores políticos con los cuales se identificaba al Frente y a sus líderes".

El resultado es un *partido de opinión*, cuya base social y electoral es difusa, centralizado y personalizado en el vértice, capaz de reaccionar rápida y ágilmente a las móviles tendencias de una sociedad fragmentada pero, al mismo tiempo, un partido de claro perfil republicano (defensa de las instituciones y la moral cívica), social (defensa de la equidad y la justicia social) y modernizador (acepta el fin del estado intervencionista y las nuevas condiciones de la economía globalizada).

La adopción de este perfil fue, según los autores, el resultado de un *giro* que signó la propia identidad del Frepaso como fuerza política. Este giro/proceso se caracterizó por un desplazamiento deliberado hacia el centro de la escena política y por una serie de refundaciones simbólicas que dilu-

yeron una identidad original signada por una "oposición activa" de fuerte corte populista-reivindicativo-intervencionista a las políticas promercado. El capítulo destinado a la comparación con el PRO de México y especialmente con el PR de Brasil tiene por objetivo demostrar que este giro es el "cambio adecuado en dirección y momento" que toda fuerza de centroizquierda con verdadera *vocación de poder* debe acometer. El PR es aquí ejemplo de "inmovilismo".

La Alianza con el radicalismo en agosto de 1997 es presentada "no como fruto de un cálculo coyuntural, sino como una cuestión estratégica" de un centroizquierda que reconoce, al mismo tiempo, la vitalidad de los partidos tradicionales y sus propias limitaciones para ejercer el gobierno. Entre estas limitaciones aparece el bajo nivel de institucionalización, el cual, por otra parte, también se presenta como fuente de fortaleza y flexibilidad de una fuerza política que, lejos de ser una efímera creación mediática, está destinada a perdurar en la escena política argentina.

En el capítulo final se concluye que, en contra de las tentaciones *qualunquistas* que acechan al Frepaso (sujeción antipolítica y reaccionaria a "lo que la gente quiere"), se yergue una *vocación republicana* fundada en la profunda reivindicación de la política, *vocación* que también es *progresista*, ya que la defensa y promoción de la igualdad es un

elemento siempre presente en dicha reivindicación.

Las ideas sobre el giro y el actual perfil político-identitario del Frepaso están destinadas a provocar polémica.

Contrapunto de vista

La fórmula "misericia de las ideas", acuñada por Carlos Altamirano, que motivó el debate en *Punto de Vista*, sintetiza una visión distinta y polémica sobre el carácter y las posibilidades del centroizquierda en Argentina.

El inicio del debate es su mismo final: un declarado pesimismo que lleva a sostener que "sobre el Frepaso y el centroizquierda se depositaron más expectativas que las razonables". En clave de los términos utilizados por Novaro y Palermo, quienes participaron de este debate comparten el siguiente diagnóstico: *el Frepaso sobreactuó el giro, y en este proceso se perdió la identidad progresista*.

En su desplazamiento hacia el centro, con el objeto de presentarse ante la sociedad y los factores de poder, fundamentalmente los económicos, como una opción de gobierno, el centroizquierda habría obturado la posibilidad de pensar la política por fuera de las restringidas opciones ofrecidas por macroeconomistas y encuestadores. Así, "se bajan los perfiles de la apuesta", se diluyó la promesa republicana, al atarse a un "procedimentalismo vacío", y más aún, se perdió la promesa reformado-

ra, pues la reducción de la política a la economía deviene en carencia (misericia) de ideas sobre cómo lograr una sociedad más equitativa. En consecuencia, el centroizquierda y sus líderes son reproductivos del *buen sentido de la gente* (magma más cercano al *qualunquismo* que a la creación de una nueva política) y se ahogan en un discurso moral y metapolítico (sobre cómo hacer política sin realmente hacerla).

Conclusión y reflexión para compartir

Los textos comentados se inscriben en una discusión con historia: ¿es posible, en el acuerdo sobre las virtudes del liberalismo democrático, conjugar una práctica política de izquierda progresista y asumir al mismo tiempo responsabilidades de gobierno? Los intelectuales aludidos parecen estar de acuerdo en que esto es posible (y deseable), aunque su evaluación de la experiencia reciente en Argentina corre por carriles separados.

El trabajo de Novaro y Palermo transmite un *desbocado optimismo*. Los autores legítimamente sostienen que el talento político de los líderes y la corriente de opinión que el Frepaso representa serían eficientes barreras contra las tentaciones *qualunquistas*. Como, por cierto, no se trata de una aproximación *naïve*, la caracterización del Frepaso presentada en este libro se parece más a una interven-

ción política que a una interpretación académica.

Pero la lectura del debate en *Punto de Vista* deja la incómoda sensación de asistir a una "misma de difuntos" ("chiste!" realizado por Juan Carlos Portantiero en la reunión del Club de Cultura Socialista donde Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano presentaron los ejes del debate aquí citado). Si bien se puede celebrar el tono crítico del debate, debe señalarse una posible derivación política del mismo difícil de compartir. Como bien señala Jorge Dotti, "al poder económico no se lo convence sino que se lo atormenta". Atomizar al capital es una señal identitaria de la izquierda, expresa la voluntad de una sociedad más equitativa. Pero para que el poder político pueda imponer condiciones al poder económico no basta con un *respaldo mayoritario y un vínculo de identidad lo suficientemente fuerte*. Hace falta poder estatal ¿cómo podría un estado que no puede cobrar impuestos, no puede controlar los servicios públicos privatizados y convive con una pavorosa corrupción en todos sus niveles atomizar al capital? Este estado no sólo no atomiza sino que da gracia. En este contexto, y aunque pueda sonar a re-

formismo extremo, una fuerza que en los próximos cuatro años tan solo se aboque a construir poder estatal será el verdadero origen de una fuerza de izquierda.

Es ineludible, entonces, una última reflexión. La evaluación política de las posibilidades del centroizquierda en Argentina no se ajusta a las perspectivas analizadas. En primer lugar, no parece razonable afirmar que el centroizquierda ya es una fuerza política destinada a perdurar en un nuevo escenario de competencia interpartidaria, una fuerza de claro y definido perfil republicano y progresista. Pero tampoco parece sensato sostener que la experiencia que hasta hace poco tiempo se observaba en forma expectante hoy se haya transformado en un fantasma miserable de lo que pretendió ser. Créase o no, el proceso de constitución del centroizquierda en la Argentina aún no terminó... recién empieza. Es más, me animaría a decir que lo que resta (internas abiertas y de elección presidencial) es aún más definitorio de lo que hemos visto. Por tal motivo, los grandes argumentos hoy tienen menos validez que una práctica comprometida.

Gerardo Adrogue

La violencia política y las dificultades de interpretación

María Matilde Ollier, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. La violencia política y las dificultades de interpretación. Buenos Aires, Ariel, 1998.

En su trabajo, María Matilde Ollier se propone comprender qué instancias favorecieron el desarrollo de las identidades revolucionarias de los jóvenes de las décadas del 60 y 70. A través de entrevistas a los sobrevivientes, recorriendo a la técnica de las "historias de vida", la autora analiza las vinculaciones de los espacios de socialización privados, públicos y políticos y su importancia en la constitución identitaria. Reconstruye así una trayectoria ideal que, partiendo de la institución familiar y el clima cultural de la época, conduce a la radicalización política y la participación en la "lucha armada".

Si el tema de la violencia política ha recobrado en los últimos años parte de la importancia perdida con la demonización de los años de la restauración democrática, la mayoría de los trabajos no ha pasado de la crónica, del ensayo periodístico o de la descripción de un clima de época. La

propuesta de la autora es dar un paso adelante, avanzando en lo interpretativo, construyendo un relato colectivo que plantea los rasgos comunes de la militancia de la Izquierda Revolucionaria (IR).

En el capítulo 2, la autora reconstruye ciertas características comunes de las familias de los sobrevivientes. Una de ellas es la importancia del desarraigo, lo que se vincula con el predominio de los descendientes de inmigrantes. Otra característica importante es la disgregación familiar: divorcios, padres ausentes por motivos laborales, etc. La familia nuclear "modelo" es la excepción, lo que explica la influencia de miembros de la familia ampliada, en la socialización política de los futuros militantes. La política ocupa un lugar central estructurando la vida pública y privada, más allá del eclecticismo ideológico las adhesiones partidarias son fuertes y relativamente permanentes. La autora ve esto como un elemento que, en el difícil tránsito de una moral tradicional a una moderna caracterizado por las experiencias del desarraigo y la disgregación familiar, permite una refundación identitaria.

El capítulo 3 reconstruye el viaje de los sobrevi-



LA CIUDAD FUTURA
incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos Latbook (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:

<http://www.latbook.com>

vientes desde su socialización "hacia adentro" de las organizaciones de IR. En primer lugar la autora describe el punto de partida: por un lado una concepción de la política caracterizada por un antagonismo irreconciliable, donde el "otro" era la negación de lo bello, lo justo, etc., y como tal debía ser perseguido y destruido. En segundo lugar reconstruye un "mundo afectivo-valorativo", estructurado en torno a valores como la justicia, entendida como justicia social; la libertad, interpretada como liberación social y no como libertad individual en el presente (lo que permitirá una mayor aceptación de la subordinación personal que implica la disciplina de las organizaciones); y la creencia en la necesidad de la realización de la nueva sociedad, vista como un mandato a la vez histórico y moral.

A la socialización en una concepción bélica de la política, le sucede el aprendizaje del "discurso concreto de la revolución", pasaje que la autora denomina "radicalización ideológica". A continuación la autora pasa revista a la importancia de diferentes ámbitos en dicho aprendizaje: familia, amigos, escuela, iglesia, universidad, así como el clima de la época en general. El paso siguiente a la "radicalización ideológica" lo constituye la "radicalización política"; no todos los que se radicalizan ideológicamente dan el paso hacia la participación activa en una organización

de la IR. La autora considera que lo que caracteriza a los que sí dan el paso es la presencia de "vocación política": vocación de intervenir en la vida pública. Ahora bien, la existencia de esta "vocación política" nunca es vinculada por la autora con la experiencia previa, aparece como un dato *a priori*, o es remitido a "rasgos personales" como el "espíritu de rebeldía". Así puede sostener que la vocación de intervención no sólo es previa al ingreso a la IR, sino a la radicalización ideológica.

En el Capítulo 5 la autora describe otra fase de la trayectoria, la que, de la vida de la organización, conduce "hacia fuera". El punto de partida es ahora la vida interna de la organización. La cultura imperante es definida como la de una "secta", caracterizada por una moral estricta que prescribía desde la moral sexual y de pareja, a la obediencia a los superiores en la organización o a la necesidad de la violencia. La vigencia de esta moral era sostenida por controles externos, una evaluación burocrática, e internos, por los cuales el militante se sometía a un perpetuo "chantaje", que le mostraba que siempre su dedicación era insuficiente en relación a la exigida por el ideal (en el análisis de este "chantaje", la autora alcanza uno de los puntos de mayor profundidad interpretativa).

Pero la autora considera que en el punto en que el misticismo revolucionario

empieza a chocar con la realidad, la solidez de la disciplina empieza a disolverse y salen a la superficie las tensiones entre las posiciones individuales y la "moral revolucionaria". Particularmente conflictiva será la subordinación de la lucha política a la militar. El predominio de ésta hace surgir los miedos de muchos que, si acordaban con la necesidad de la violencia no eran capaces personalmente de ejercerla. El miedo a matar y morir, considera la autora, muestra la existencia de un "mundo afectivo-valorativo" en el que no todo está permitido por la revolución, lo que le permite hablar de una "lógica" que reivindicará la lucha democrática. Esta interpretación de la autora, original y que permite pensar a los "sobrevivientes" como algo más que nostálgicos o "quebrados", es tal vez demasiado audaz: una ética democrática contiene algo más que una crítica de la violencia. Se hace necesario preguntarse así mismo si esa crítica de la violencia no es una reconstrucción *a posteriori* por parte de los "sobrevivientes", es llamativo que ninguno de ellos, ni siquiera los que fueron altos dirigentes, hubiera sostenido la lógica oficial. Una respuesta posible sería que aquellos que la sostenían no sobrevivieron, pero allí están Firmenich o Gorriarán Merlo, esos otros "sobrevivientes".

Si el análisis basado en las "historias de vida" y en la perspectiva de los participantes caracteriza la ma-

yoría del trabajo, el Capítulo 4 presenta una narración de la dinámica de los actores políticos en el período 66-75. Con un relato claro, pero que no simplifica la complejidad de la arena política, la autora describe las relaciones entre la IR y los otros actores relevantes del período: Perón, el peronismo oficial, las FFAA, etc. El riesgo del que no puede escapar, es el de que el cambio en el enfoque (de lo micro a lo macro) conduzca a un cambio de perspectiva teórica. La dinámica histórica parece gobernada por una lógica estructural, y los cursos de acción de la IR parecen guiados no por las definiciones de sus miembros sino por las estrategias de las FFAA y Perón, cuando no por la lógica de la arena política.

Más allá de las críticas puntuales, debe destacarse la audacia del objetivo abordado: instalar a las organizaciones armadas y a sus miembros como objeto de un análisis que, lejos de la demonización y el endiosamiento, permita comprender los cursos de acción y las experiencias de un período de violencia política. Esos cursos de acción y esas experiencias llevan al planteo de otra pregunta, cuya respuesta no es obvia, y creemos es la de la autora: ¿Por qué no hay hoy violencia política?

Paula Vera Canelo
Ricardo H. Martínez Mazola

Entre la historia intelectual y la constitución de las identidades políticas

Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998, 290 págs.

Un fecundo diálogo entre la historia intelectual y la antropología política subyace a la obra de Federico Neiburg (Salta, 1963). *Los intelectuales y la invención del peronismo* es una reelaboración de la tesis de doctorado en antropología social del autor, defendida cinco años atrás en el Museo Nacional de la Universidad Federal de Río de Janeiro, entidad en la cual actualmente Neiburg es profesor.

En nuestro país, el público especializado ya había tomado contacto con la original línea de investigación que viene desarrollando Neiburg a partir de la publicación en 1995 de dos artículos parcialmente incorporados a la obra que nos ocupa: "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo" (*Desarrollo Económico* n° 34) y "El 17 de Octubre de 1945. Un análisis del mito de origen del peronismo" (recogido en la compilación de Juan Carlos Torre *El 17 de Octubre de 1945*, Ariel).

El peronismo ha sido por más de cincuenta años un objeto de polémica, y las diferencias sobre sus causas y su naturaleza dividieron no sólo al mundo político

sino al campo intelectual argentino durante décadas. El papel de los intelectuales, en tanto actores centrales de ese debate, no puede circunscribirse a la interpretación de un supuesto fenómeno externo: el libro de Neiburg invita a una reflexión sobre la relación constitutiva entre "representación de la realidad" y "realidad" y, más específicamente, entre la génesis social de los intérpretes de una realidad (el peronismo), de sus interpretaciones y de sus objetos. La estrategia del autor apunta a rastrear cómo la perentoria explicación del fenómeno peronista que siguió al golpe de 1955 se convirtió en una suerte de clave para explicar la Argentina. El estar en el centro de un debate intelectual como "clave a desvelar" para "entender la Argentina" daba un nuevo estatus al fenómeno peronista, al tiempo que abordaba "la experiencia peronista" era una suerte de credencial en la propia constitución del lugar del intelectual. Finalmente, las interpretaciones del peronismo volvían sobre éste no sólo otorgándole una centralidad en la explicación de los problemas del país, sino desarrollando un papel performativo en la constitución de las afinidades y diferencias que cons-

tituían al mismo como identidad política. Este proceso se llevaba a cabo a través de una apropiación bien autorreferencial, bien heterorreferencial, de los principales postulados del debate intelectual.

Con matices diferenciales, el libro de Neiburg puede inscribirse así dentro de una nueva perspectiva de investigación abierta en los últimos años, caracterizada por la exploración de la compleja relación entre historia intelectual y constitución de identidades políticas. Una perspectiva que bien ejemplifican los trabajos de Diana Quatrocihi-Weissman, Marietella Svampa y Mariano Plotkin.

El libro se abre con una descripción sucinta de los primeros debates en torno al peronismo y posteriores a su derrocamiento: la sucesión de la polémica entre Mario Amadeo y Ernesto Sábat (1956), las entrevistas de Carlos Strasser a personalidades de la izquierda (1959) y los trabajos colectivos emprendidos por Carlos Fayt en el marco de la cátedra de Derecho Político de la Facultad Derecho de la UBA (1967), denotan una conversión paulatina del cuestionamiento acerca de la significación del peronismo. De ser percibido como un problema eminentemente político, el mismo pasa a ser abordado como un problema, al mismo tiempo, político y académico.

En el segundo capítulo, "Argumentos de autoridad", el autor aborda las propiedades constitutivas del de-

bate posperonista. Como en toda lucha de clasificación estaba allí en juego al mismo tiempo una definición del objeto (el peronismo), la identidad social y el mutuo reconocimiento de quienes debatían, y, finalmente, las diferentes apuestas con respecto a las relaciones entre ambas dimensiones. Una excelente comparación del distinto tipo de relaciones establecidas por intelectuales peronistas como Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui tanto respecto del propio movimiento encabezado por Perón como en relación al surgimiento de diversas interpretaciones académicas de la experiencia peronista- es contrastada con los testimonios vivenciales de Victoria Ocampo o la crítica visión de Ezequiel Martínez Estrada en *¿Qué es esto?* Las experiencias de *Contorno* y *Pasado y Presente*, que significaron un verdadero revulsivo en el mundo intelectual para un debate que se estaba aniquilando en términos de peronismo y antiperonismo, si bien señaladas, reciben un tratamiento relativamente sumario. Finalmente, se aborda el papel que la pregunta acerca de las causas del peronismo desempeñó en la constitución de la sociología "científica" como disciplina académica reconocida en el país. Dando una primera interpretación del peronismo como una forma negativa de integración en el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, la sociología no sólo legiti-

ba su propio papel en los años de la proscripción sino que contribuía a legitimar al peronismo y la desperonización en tanto problemas.

La inserción del peronismo en una tradición de interpretaciones míticas del pasado nacional anima la exploración del tercer capítulo. Se establecen los nexos entre el mito del país dual de la generación del 37 y la "literatura de la crisis" de los años 30 del siglo xx (Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada, Mallea). A partir de allí, las interpretaciones del peronismo siguen los trazos de dos diferentes concepciones de esa dualidad mítica: o bien ésta produce un juego pendular en el que "las dos Argentina" se enfrentan recurrentemente (la visión más característica de las interpretaciones laudatorias del peronismo y a la que recurriría el revisionismo histórico en los años de la proscripción, aunque también propia de un notorio crítico como Martínez Es-

trada), o bien, hay una evolución entre ambos polos de la dualidad (y allí tenemos desde la interpretación ortodoxa del dilema Civilización y Barbarie hasta la concepción del tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna que inspiró los trabajos del Germani).

Sin embargo, el tratamiento que Neiburg hace del debate posterior a 1955, lo aleja de la perspectiva de un esencialismo culturalista que reduciría la polémica a una simple repetición del mito de la dicotomía. La interpretación de la pugna entre argumentos *peronizadores* y *desperonizadores* es contemplada en el marco de una mucho más pragmática competencia por la construcción del propio lugar de la enunciación de los polemistas.

Los tres últimos capítulos del libro tratan respectivamente tres singulares experiencias intelectuales: la del Colegio Libre de Estudios Superiores, a la de la

constitución de la sociología "científica" como disciplina reconocida en el inmediato posperonismo y la de los concursos de profesores realizados en la Facultad de Filosofía y Letras de la IBA entre 1955 y 1958. Aunque una relación spectral con el peronismo es una constante en estos capítulos, los mismos suponen una ruptura respecto de la primera parte del libro. Ya no se pone el acento en un proceso de constitución de identidades, en una perspectiva relacional que denota el carácter productivo del antagonismo, sino que el objeto se desplaza al estudio del devenir de círculos liberal-democráticos alineados en la oposición al peronismo. Aunque algunos de estos trabajos son de notable interés -tanto el análisis de la experiencia académica e intelectual de Germani como el paso progresivo de las figuras del erudito *maestro* humanista al moderno especialista en el ámbito univer-

sitario son buena prueba de ello- en el conjunto guardan cierta independencia del núcleo de la obra y concluyen por mellar la unidad de un libro que, tanto en su introducción como en sus conclusiones, plantea un objetivo más ambicioso.

Aunque *Los intelectuales y la invención del peronismo*, parece no cumplir acabadamente con la aspiración deslizada por su autor de ser "una contribución para la comprensión de las bases sociales y culturales de la violencia y de la intolerancia en la Argentina", constituye una obra de singular mérito y originalidad, al tiempo que un excelente ejemplo de uno de los mejores derroteros que puede seguir nuestra reflexión sobre el pasado y el presente político.

Gerardo Aboy Carlés

ENSAYO

Travesía sobre la teoría de la dependencia

ENZO FALETTO

"Hablar de los años sesenta y de la dependencia es hablar de nosotros mismos", dijo Enzo Faletto al iniciar un apasionante recorrido por el campo de las ideas en América latina durante una charla en el Club de Cultura Socialista. Política, memoria, pasado y presente, fueron los temas que abordó el destacado intelectual chileno.

Hablar de los años sesenta y de la dependencia es hablar de nosotros mismos. He tratado de zafar de este tema durante toda mi vida, pero no lo he logrado. ¿Cómo abordar el tema? En 1961, Albert Hirschmann escribió un ensayo que se llamaba *Ideología sobre el Desarrollo Económico en América Latina*. En ese ensayo daba un panorama sobre los principales planteamientos respecto del problema del desarrollo en América Latina. Lo interesante en este trabajo es que no sólo citaba el pensamiento de los economistas, sino que aparecían las ideas de los ensayistas políticos como el mismo Haya de la Torre, literatos y formadores del pensamiento sobre América Latina como Octavio Paz y Carlos Fuentes. No he encontrado un libro en donde se describa mejor el proceso de transformación, el proceso de la revolución mejicana y de los propios revolucionarios.

De modo que, basándome en esa perspectiva con que Hirschmann escribió su artículo, voy a tratar de situar el tema de la dependencia, en sus orígenes, en los años '60, como un momento de la historia de las ideas en América Latina. No voy a hacer una discusión sobre la teoría de la dependencia y cuáles fueron los refinamientos que hubo, porque a mí se me escapan; esas fueron cosas de Cardoso y yo no tengo nada que ver con eso. De modo que lo que intento es situar el tema de la dependencia en el momento histórico y en el tipo de ideas que daban vueltas en esos años. Hirschmann señala que hay dos preguntas siempre presentes en el pensamiento latinoamericano, preguntas que no sólo se hacen los economistas. Y las dos preguntas se refieren a la conciencia del atraso. Constantemente nos ronda esta idea de que estamos atrasados, que tenemos que correr rápido para llegar donde otros ya están.

La primera pregunta se formulaba en términos de ¿dónde se encuentran las responsabilidades de nuestro atraso: en nosotros, o en el extranjero que nos explota?. La segunda pregunta, dice Hirschmann, es ¿cómo podemos progresar? ¿Imitando a otro? duran-

te largo tiempo los modelos fueron Estados Unidos o la Unión Soviética. ¿O tomando las posibilidades que da nuestro propio camino? También debíamos preguntarnos cuál era nuestra opción en términos de salida de este atraso. Evidentemente estas dos preguntas constituyen el centro de la temática de la dependencia. Entonces, lo primero que quiero señalar en términos de historia de las ideas, es que el tema de la dependencia se entronca con una larga tradición de pensamiento, que se innova en alguna medida, pero sin que haya una ruptura en términos de continuidad de pensamiento.

En la Argentina, por ejemplo, si releemos los escritos de Sarmiento, estas dos preguntas aparecen constantemente en su reflexión: ¿quién tiene la culpa de nuestro atraso?, ¿se imita o se busca un modelo propio?, y sus respuestas muchas veces tomaron el camino de modelos como el anglosajón.

Volviendo al tema de la dependencia, por una parte hay continuidad con una tradición, pero también hay algo que es específico, que la particulariza, y ese es el momento histórico en el que surge. Entre 1966 y 1967, Fernando Enrique Cardoso y yo nos dedicamos a trabajar en ese tema. En enero de 1967 La Casa de las Américas publicó el libro de Régis Debray, *revolución en la revolución*. Y en octubre de ese mismo año era muerto en Bolivia el Che Guevara. Ya esas dos fechas perfilan de alguna manera el momento en que se constituye esta teoría. Pero también es importante hacer referencia al espacio geográfico en el que surgieron la mayor parte de los estudios sobre la dependencia, y que fue Santiago de Chile. Entre los años '65 y '67, un gran número de personas estaba en Chile. Era sede de instituciones latinoamericanas como Cepal, Flasco, Escolatina; instituciones cuyo objeto era pensar sobre América Latina. Fue un lugar donde una serie de latinoamericanos tuvieron la posibilidad de intercambiar experiencias intelectuales.

Es un hecho que conviene recordar, sobre todo si tenemos en cuenta que en nuestra situación actual el

NOMBRES

REVISTA DE FILOSOFÍA

Publicación del área Filosofía
del Centro de Investigaciones
de la Facultad
de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

PROMETEO

LIBROS

Corrientes 1916
(1045) Buenos Aires
Tel./Fax 953-1165

intercambio intelectual latinoamericano es muy bajo. El 80 por ciento de las citas de los artículos de sociología, escritos por latinoamericanos, son de autores europeos o estadounidenses; hay muy pocas citas de latinoamericanos. Por el contrario, el ámbito de esa época era de intercambio intelectual y de experiencias intelectuales y político-sociales. Es un hecho que conviene tener en cuenta. Pero además creo que la propia experiencia política que en esos años se vivía en Chile, era bastante importante. Este aparecía como un país con una larga trayectoria política institucional, con un sistema de partidos, un sistema de organizaciones sociales, etc. Entre 1964 y 1970 se desarrolló la experiencia de la democracia cristiana y tuvo lugar un proceso de reforma agraria, de chilénización del cobre, y Chile aparecía como el ejemplo más logrado de lo que era la política para la alianza del progreso.

Esos años '60 fueron también el momento del lanzamiento, por parte de Kennedy, de la política de la Alianza para el Progreso, y Chile aparecía con esos rasgos. En 1970, y para extender un poco más el período, también surge en Chile algo que aparece como relativamente novedoso en América Latina e incluso a nivel mundial: la transición pacífica al socialismo. Creo que la experiencia de Chile y también con mucha fuerza la experiencia cubana, influyeron sobre los rasgos que adquirió el debate sobre la dependencia. A partir de estas dos experiencias significativas surgieron temas como los límites de los procesos de transformación, hasta dónde eran posibles los procesos de transformación de América Latina, el papel de las clases y de los distintos grupos sociales. Lo importante es que estos temas no aparecieron sólo como discusión teórica, sino que también como opciones políticas concretas.

En Chile esto se expresaba como la opción de Alianza para el Progreso, pero en Cuba aparecía con la opción revolucionaria. Y había una discusión sobre estas dos opciones. Entonces, a partir de la revolución cubana y la experiencia chilena, que marcan el contexto, podríamos decir que la reflexión sobre la independencia era una reflexión sobre las posibilidades de la revolución, o en términos más concretos, lo que se percibía era la ruptura de los lazos de dependencia. Esto estaba a la orden del día. Y estaba a la orden del día porque la revolución ya estaba ahí. Toda la historia de América Latina había sido la historia de la dependencia, pero el tema surge en el momento donde podemos romper con esta forma de dependencia. Y allí aparece la inminencia de la revolución.

Hace un par de semanas fui a un seminario en Brasil sobre los treinta años de la teoría de la dependencia; y la discusión, en el fondo, era saber si Cardoso había sido traidor hacía treinta años atrás... o si se había

transformado en traidor hacía poco. En parte era esa la discusión. Vista en su conjunto, el enredo es bastante grande si tomamos la totalidad de la producción sobre la dependencia. Sin embargo, el enredo no es sólo un enredo de las ideas, aunque había bastante de eso también. Creo que la confusión que vemos releyendo los escritos sobre dependencia, proviene en gran parte de la propia situación latinoamericana.

Para eso hay que recordar los años que antecedieron a los sesenta: la década del cincuenta. Por ejemplo: en 1952 fue la revolución del msn en Bolivia, en 1954 en Brasil se suicidó Vargas, en 1955 en la Argentina fue derrocado Perón, en 1956 cayó Rojas Pinilla en Colombia, en 1958 cayó Pérez Giménez en Venezuela, Fidel Castro entró en la Habana en 1959. Si tomamos la década del cincuenta, ésta pareció ser una época de redemocratización. La expectativa que había era que caían los gobiernos dictatoriales, caían los gobiernos autoritarios, con hechos contradictorios como había sido el caso de Guatemala. Pero las expectativas que se abrieron en la década del cincuenta en la mayor parte de los casos no se cumplieron, incluyendo por ejemplo el fracaso de Frondizi en la Argentina. Recuerdo las enormes expectativas que se abrieron en el momento de la elección de Frondizi y lo que significó el fracaso de esa experiencia. O la sucesión de crisis políticas en Brasil hasta el golpe de 1964. Lo mismo ocurrió con Venezuela, que había aparecido en un momento como la opción de la redemocratización en América Latina, con las expectativas que había en elecciones democráticas, y que se quebraron en 1960 cuando se formó el mas venezolano y la guerrilla se instaló en 1962. En Perú, un golpe militar fue el que impidió la reelección de Haya de la Torre, la movilización campesina en el '62-'63, la guerrilla de Lobatón, la guerrilla de De la Puente en el '65.

Entonces, lo que había que explicar era la posibilidad de la revolución. Apparentemente, cuando uno lee los temas de la dependencia, lo que aparece es que estos hombres están obsesionados con el tema de la inmediatez de la revolución. Pero también hay que explicar el por qué de las frustraciones anteriores, por qué la crisis de las expectativas anteriores. Es un tema un poco más subterráneo en cierta temática de la dependencia. Es allí donde surge la significación que adquirió la discusión con las tesis anteriores.

La temática de la dependencia aparece también en una discusión con lo que antes llamábamos las tesis del desarrollismo, fundamentalmente lo que aparecía como el paradigma de la Cepal. Las tesis que habían sustentado las expectativas de los años cincuenta parecían no haber ofrecido una opción real.

Creo que hay que volver a analizar si el tema de la dependencia era una reflexión sobre la revolución, que aparecía como inminente bajo el influjo de la revolución cubana, y si, por la posibilidad de transformación, también era una reflexión sobre el fracaso y la crisis anterior.

En cierta medida, las tesis desarrollistas fueron la sistematización de las experiencias de urbanización e industrialización en América Latina; experiencia que, en algunos países, fue casi obligada por la crisis de los '30, como proceso de sustitución de importaciones, y en la mayor parte de los países de América Latina obli-

gada también por la segunda guerra mundial. La crítica empezó a señalar que de esa experiencia de urbanización que fue real, y de esa experiencia de industrialización, que también fue real, se habían sacado tesis demasiado optimistas. Por ejemplo, estaba la idea inversa de que esos procesos de urbanización e industrialización aparecían como procesos de modernización y que, casi inevitablemente, esa modernización iba a conducir a formas políticas y a formas sociales más democráticas.

También daba vueltas una discusión sobre la posibilidad y la realidad de la democracia en América Latina. Si hay industrialización y hay modernización, eso inevitablemente conduce a formas de participación política, formas de organización política, etc. Y la experiencia era, por lo menos en toda la década de los '50, que casi todas las experiencias de democratización habían fracasado. Es cierto que, en el planteamiento de los desarrollistas, de la organización o la industrialización no se continuaba mecánicamente un proceso de democratización. Había que crear una voluntad de acción, tanto en el plano de la economía como en el plano de la política que aparecía encarnada en el Estado y en los hombres del Estado. Se depositaban todas las esperanzas en ellos.

Lo que me interesa señalar es que esta polémica que los dependencistas tuvieron con esa otra ala de pensamiento latinoamericano que fue el desarrollismo, distó de ser una polémica pacífica como la que podríamos tener hoy y acá. El rasgo ideológico de la polémica marcó mucho los escritos de la dependencia. A Fernando Enrique y a mí no, porque nosotros por naturaleza somos contemporáneos. En eso también creo que hay un rasgo general desde el contexto latinoamericano de esa época. Es bastante ilustrativo lo que sucedió en ese momento en la Iglesia Católica. Surgieron grupos cuyo lenguaje, por ejemplo, no distaban

nada del lenguaje de una izquierda que estuviese en la lucha. No estoy hablando siquiera del surgimiento de la teología de la liberación, estoy hablando de Camilo Torres, por ejemplo. Las opciones ideológicas, principalmente en la juventud, se estrecharon. El tema de la vía violenta parecía tener presencia en todas partes. El tema de la lucha armada, era una perspectiva casi inevitable en América Latina.

¿Por qué subra- yo ese clima que se estaba constituyendo? Porque uno de los efectos importantes fue la ruptura al interior de lo que antes se había considerado el progresismo. Esta tendencia a polemizar con violencia rompió esta alianza progresista. En los movimientos revolucionarios, por ejemplo, se insistía con que había que evitar, por todos los modos posibles, caer en lo que en esa época se llamaba "la trampa de la legalidad". Y eso llevó a la desautorización de los viejos políticos. Era un momento en donde la ruptura con los viejos políticos fue muy fuerte.

Pero insistiendo en situar el tema de la dependencia en el marco de la historia de las ideas, sería interesante hacer un paralelo entre la discusión, a propósito del desarrollismo, la dependencia y sus opciones, con la discusión que en ese momento se es-



taba dando en la literatura. Recuerdo una discusión entre Cortázar y Collazo, un crítico uruguayo, que se publicó con el título de *Literatura y Revolución*. La discusión giraba acerca de si era posible la escisión del ser político y del ser literario. Para Collazo y para muchos otros, la revolución y la adhesión a la misma era la piedra de toque. Era la única posibilidad de afirmación cultural. El que no era revolucionario corría el riesgo de transformarse en tráfaga, en desertor, en apátrida.

Lo que quiero señalar es que en muchos escritos sobre la dependencia, la tendencia a la simplificación fue muy fuerte. Una tendencia a presentar las cosas en términos de polaridades excluyentes. Una realidad de blanco o negro presente incluso en la historiografía, con todo el aprecio por alguien como Galeano, porque si leemos la historia de Galeano, es una historia de buenos y malos. Casi no hay matices en esa historia.

La literatura de esa época, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, etc., aparece mucho más consciente de la complejidad que la literatura anterior. No tan sólo de la complejidad de las situaciones, sino de la complejidad de los personajes. En esos años los análisis económicos y sociológicos también son mucho más conscientes de la complejidad. Sin embargo se quería que los resultados fueran tajantes. El resultado tenía que decir blanco o negro. Quizás lo que explica un poco esto, es que cuando el enfrentamiento era con lo tradicional, se podían permitir ciertos matices dentro del grupo grande de los modernizadores. Pero cuando el problema pasó a ser cuál es la opción de modernización, entonces la polémica pasó al interior de los modernizadores, ya no fue con los grupos tradicionales, sino que se preguntaba cuál era la opción real de modernización, y por lo tanto las diferencias pasaron a ser mucho menos tolerables.

Sin embargo creo que deberíamos profundizar más en esos años, para manejar un poco mejor el clima en que se vivía. Esto me preocupa, y creo que nos preocupa a todos nosotros, por haber sido parte de esos momentos, y porque nos resulta bastante difícil explicarnos a nosotros mismos. Miramos ese momento como algo que nos pasó pero que, visto desde ahora, es como si no hubiéramos sido nosotros. Es algo raro en el sentido de las ideas, casi como una ajenezad con respecto a nuestras propias ideas, y una cierta ajenezad también con las circunstancias que vivimos.

Para terminar, quiero explicitar algunas preguntas que estaban detrás de todo esto. Primero ¿por qué situar en su contexto histórico el tema de la dependencia? Siempre hay una necesidad de establecer una relación entre pasado y presente. Creo que esta necesidad es mayor hoy, cuando lo que se quiere es conservar el presente como lo único válido. A veces es difícil

que a uno le acepten pensar sobre el futuro, y hasta parece peligroso pensar hacia atrás. En mi país al menos es un tema constante, e incluso a nivel de la política parece que tenemos que olvidar lo que pasó. Hay una consagración de la validez absoluta del presente, que no tan sólo niega la posibilidad de una alternativa de futuro, sino que también niega un pasado. Por eso creo que vale la pena pensar en cómo reflexionamos nosotros sobre la historia de las ideas, del significado de esas ideas.

En relación a esto, entonces, la dependencia ¿es una herencia que hay que rechazar o es una herencia que hay que asumir? En esto no soy nada original: esa fue la pregunta que se hizo Franco Venturi cuando escribió el libro sobre el populismo ruso. A él le costó mucho introducir el tema del populismo como parte de la historia del socialismo. Porque el socialismo se había dedicado a negar la validez del populismo ruso. Ese pensamiento es herencia. Y es una herencia el qué hacemos con ella. Hay herencias que no dan ganas de recibirlas. Pero tenemos que pensar qué pasa con todas esas ideas que alguna vez elaboramos, que alguna vez tratamos de pensar, ¿o vamos a decir que no queremos saber más nada de eso?, ¿vamos a asumirlas de alguna manera? La cuestión es plantearse qué problemas fueron los que instaló la temática de la dependencia, y cuáles de esos temas siguen siendo vigentes hoy. O al menos cómo reformularlos. La pregunta es si vale la pena analizar lo que dijeron los dependencistas y sus interpretaciones.

El análisis del tema de la dependencia es también el análisis del papel de los intelectuales en América Latina. Porque para bien o para mal, los intelectuales son productores de ideologías. Y cabe preguntarse, como lo hace Hirschmann, cuál ha sido y cuál es el papel de las ideologías en los procesos económicos y en los procesos sociales. Temas como la nación, la participación de las masas, por ejemplo, estuvieron constantemente presentes en las discusiones. Como operan, incluso cuando están ideológicamente formulados, en términos de definición de opciones y de alternativas. ¿No tenemos que tocarlos nunca más? ¿Tienen algún significado todavía? Y por último, como decía un historiador francés, esta intención de cambiar las reglas de la sociedad capitalista actual, ¿es sólo una idea en desuso o algo más?

Dependencia y democracia

Cuando hablamos de redemocratización en nuestros países, ¿estamos hablando de algo que tiene sentido, que tiene significado? ¿Cuál es la experiencia

democrática en nuestros países? Es la excepción dentro de la experiencia histórica. Salvo contadas excepciones como Uruguay, un poquito Chile, si pasamos revista a lo que ha sido la experiencia política de los países, la democracia es la excepción. Entonces, al hablar de la democracia como experiencia, de redemocratizar el país, o recuperar una democracia perdida, podemos preguntarnos: ¿qué democracia perdida?

¿Cuándo la tuvimos? Son circunstancias muy pequeñas de la historia global de nuestros países. Sin embargo, yo diría que la aspiración democrática sí estuvo más o menos permanente. Y lo interesante de esto es que el momento de la revolución pasó también por la negación de la democracia. Ese momento de los años '60 fue la denuncia de la falsedad de la democracia.

Hay un tema que, en nuestro propio pensamiento, no hemos logrado resolver nunca bien, y es esta distinción entre democracia sustantiva y democracia formal. Pero lo interesante sería analizar cómo fue históricamente, cómo se planteó el tema de la democracia en América Latina. Yo creo que se mantuvo en estas dimensiones de contradicción, de distinción entre democracia formal y democracia sustantiva y no aceptación de la importancia, de la significación de la idea de la democracia formal. En la discusión de la izquierda ese fue un tema permanente. Ser democrático era peyorativo. Lo que me interesa subrayar es que la democracia fue más bien una aspiración (y hay que ver de quiénes y con qué carácter) antes que una realidad. En muy pocos países la democracia fue una experiencia social concreta. Si pudo haber tenido otras dimensiones, no como forma política institucional de la nación sino como experiencias político-sociales: pudo haber ahí ciertas experiencias de vida democrática: estoy pensando en ciertas experiencias del movimiento obrero, ciertas experiencias de algunos sectores medios en América Latina. Pero creo que no es un tema que hemos resuelto bien.



El rol del intelectual

Quisiera retomar algunos temas que me parecen son significativos. ¿Cómo pensar hoy el tema del atraso, uno de los elementos constantes de preocupación latinoamericana? ¿Hay una reflexión sobre el problema del atraso, o hay una aceptación de la exclusión de los atrasados? Da la impresión de que hoy día nos asu-

mimos como modernos, pero con un problema: que se nos quedaron unos afuera; por lo tanto eso no constituye ya idea del atraso, sino que simplemente lo hemos reemplazado por la idea de que son los que no entran. Ahí creo que hay algo interesante: un cambio de pensamiento latinoamericano. Pareciera que la idea del atraso como tal se resignificó.

Hay otra cuestión significativa. La relación entre lo que fue la temática de la dependencia y la temática del desarrollo. Recuerdo que comencé con esos temas en la Cepal con José Medina Echaverri y los informes de Cepal sobre el desarrollo social de América Latina en la posguerra. De ahí pegamos el salto a este otro tema. ¿Qué fue lo significativo en la temática de la dependencia? En los escritos sobre desarrollo la dimensión política no estaba explícita. Aparecía implícita en los escritos de Prebisch, y sólo en sus últimos escritos el tema de la política aparece claramente perfilado. Pero eso ya es casi en los años '80 aproximadamente. La política sólo la lográbamos concebir como dimensión de poder. La política para nosotros era poder. Entonces, cuando pensábamos en política, sólo pensábamos en términos de la capacidad de dominio de un sector sobre otro. Así pensada la política, el tema de la democracia se escapa: nuestra forma de pensar la política era pensarla como poder exclusivamente.

Entonces, lo que intentamos era mostrar cómo las opciones de desarrollo estaban vinculadas a opciones de poder. Pero quedábamos metidos en las

dimensiones que el poder y las alternativas del poder ofrecían. Si ustedes retoman, por ejemplo, lo que decimos con Fernando Enrique Cardoso, no había alternativas, porque sólo lo veíamos desde la óptica del poder. El poder aparecía como incontestable. Entonces la única alternativa era la ruptura definitiva con ese poder y la constitución de un poder totalmente distinto. Creo que ahí hay un punto de concepción de la política. La política sólo es concebible como ejercicio del poder y ejercicio del dominio.

Y el tema que me preocupa personalmente es el de los intelectuales. Si uno analiza la historia de América Latina, el papel que han desempeñado los intelectuales ha sido bastante importante. A pesar de toda la tendencia que nosotros mismos tuvimos a negarla. ¿Por qué digo que me preocupa? Porque hoy volví adonde debí haber estado siempre, volví a la universidad. Y veo que las universidades hoy, cuyo lugar fue extraordinariamente significativo en América Latina, no cumplen ningún papel en capacidad de creación intelectual, de pensamiento, de generación de opciones. Siguen creando algunas élites tecnocráticas de cierto nivel, pero no cumplen funciones intelectuales. Creo que hay que repensar el significado y el papel de los intelectuales.

Todos nosotros tenemos esa larga tradición de la reforma de Córdoba de 1918. Pero más allá de la recuperación de esa historia, hay que partir de ella para reflexionar sobre cuál es el papel que estamos desempeñando hoy día. En los ámbitos que nos correspondan, es decir en el ámbito de la universidad, de la creación intelectual.

Uno de los temas que me preocupa en esta discusión sobre el papel de los intelectuales es que la política hoy es una política que se ha profesionalizado. Deberíamos retomar a Weber en sus escritos sobre la política como vocación y la política como profesión. Hay una dimensión de profesionalización de la política que excluye de hecho ciertos ámbitos de reflexión.

En nuestra experiencia anterior, donde la vida intelectual estuvo muy ligada al ámbito de la política, muchas veces hubo una pérdida de rigor muy fuerte y sacrificamos el rigor intelectual por nuestro compromiso político. Hay que pensar en cómo rearticular la función intelectual y darle un significado a su papel dentro de la sociedad.

Desde nuestra perspectiva intelectual deberíamos preguntar: este proceso político, que se supone que está en proceso de transformación, ¿qué hace para el

desarrollo de la actividad intelectual? Deberíamos repensar nuestra capacidad para plantear las demandas intelectuales en serio, para ver si realmente la sociedad las puede asumir. Pero no simplemente tratar de legitimarnos por nuestra capacidad de prestar servicios al mundo de la política. Hay una cierta necesidad, y en el caso de Chile es muy claro, de recuperar el espacio de la reflexión intelectual, el espacio de la creatividad intelectual, un espacio que la sociedad pueda adquirir como propio también. Y para eso hay que persistir en la defensa del mundo intelectual. Es algo que no lo va a hacer otro por nosotros. El mundo de la universidad, o la defensa de nosotros, los que estamos en ese ámbito, o no va a haber nadie que lo defienda. Hay un grado de compromiso que es muy importante.

No sólo no hay reflexión sino que no hay lugares donde la reflexión sea hecha, y tampoco la sociedad en este momento, -el tipo de sociedad que estamos viviendo-, pareciera conceder espacios para eso, porque pareciera que está todo resuelto. Yo creo que eso es deber de los intelectuales.

La temática de la dependencia a Fernando y a mí nos surgió a partir de un seminario que se hizo en la Cepal, donde participó Celso Furtado. Estaban casi toda la gente de Cepal, y el seminario se llamó "Estancamiento en América Latina". Lo que apareció como extraño era que los países que habían iniciado su proceso de sustitución de importaciones más tempranamente, Argentina, Chile, Colombia en cierto sentido, eran los

que mostraban una cierta tendencia en esos momentos, 1964, a una tasa menor de crecimiento.

En ese momento de hecho estamos aceptando el diagnóstico de los economistas. Y lo que aparecía es esta idea que después Aníbal Pinto formuló: el momento difícil de la transición de la sustitución fácil a la sustitución de bienes difíciles. Incluso la idea que aparecía ahí era que el sector industrial no estaba absorbiendo el excedente de mano de obra que se estaba generando por la expulsión desde el agro, por los procesos de migración, por un crecimiento espúreo del sector terciario y que, por lo tanto, si bien no había caídas en la ocupación sí existía desocupación disfrazada. La imagen que en ese momento se tuvo era que el crecimiento de esos países, que estaba alrededor del 3% anual, no alcanzaba a absorber el crecimiento demográfico. Comparado a cuando tuvimos crecimiento cero, estaban locos. Pero la idea era que una tasa de crecimiento tres era insuficiente. Y lo que parecía más insuficiente era el crecimiento del sector industrial.

Volviendo al tema de las características de los intelectuales latinoamericanos. Es necesario pensar la historia intelectual, no separar la historia intelectual solamente como la historia de los literatos, sino reconocer que también los economistas desempeñaron un papel muy fuerte como intelectuales en América Latina, incluso diría que eran mejores intelectuales que economistas muchas veces. Fue el poder de convicción intelectual de gente como Furtado, los que plasmaron la ideología de estos países. La historia de las ideas no es sólo el producto de los intelectuales. Hay un juego que hacer entre ideas y situaciones. Las ideas no surgen solas ni se desarrollan solas, surgen en un diálogo con las situaciones históricas en donde se plasman. Y ahí hay que recuperar las dimensiones como el significado del tercermundismo, el contexto internacional en el que se dan, etc. ¿Por qué insisto en este tema? Porque creo que es el desafío actual. Estoy convencido de que las salidas son por la recuperación de la significación del pensamiento. En todos los planos: en la política, en el plano de la economía, la sociología. Creo que en Argentina, en el plano de la sociología ya se está dando y se dio. A Germani, los latinoamericanos lo satanizamos hasta que pudimos. Germani fue uno de los pocos que dijo en esa época cosas importantes.

La ruptura entre los teóricos de la dependencia y los teóricos del desarrollo no fue sólo una ruptura a nivel del pensamiento, también se produjo como ruptura política real. El supuesto político social era la llamada alianza industrializadora entre los empresarios industriales nacionales, los sectores medios, sobre todo los vinculados al aparato del estado, más

los grupos obreros organizados. Hay un momento en donde el tema es el enfrentamiento a lo tradicional. Y esa alianza más o menos funciona. En el caso de Chile, que conozco más, recuerdo que cuando se inicia el proceso de la reforma agraria, hicimos una encuesta sobre actitud de los empresarios frente al tema de la reforma agraria. La actitud de los empresarios era que no querían reforma agraria. A pesar de que el supuesto de la alianza desarrollista era que la reforma agraria iba a generar nuevos mercados para la industria, iba a generar la posibilidad de la expansión industrial, iba a generar cierta capacidad de compra. Pero ellos decían que nos les interesaba porque atentaba contra la propiedad.

No fue sólo una ruptura en el plano ideológico, también se produjo una ruptura, real política; y social, el conflicto ya no fue solo un conflicto entre lo moderno y lo tradicional, sino que fue un conflicto que se planteó en el interior de la modernidad. Los mismos que estaban en el proceso de modernización empezaron a tener conflictos entre sí. Los empresarios presionaban muy fuerte para que la acción del estado permitiera inversiones aceleradas. Los obreros presionaban por la redistribución. Pero la situación no daba para hacer las dos cosas: redistribución e inversión acelerada en ese momento. De modo que surgió un conflicto real al interior de la modernidad, y se agudizó mucho más cuando la opción era el modelo de la revolución cubana.

El problema es: ¿es posible hoy la reconstrucción de una alianza desarrollista? ¿Qué sentido tiene hoy hablar de desarrollismo? ¿Cuál desarrollismo? ¿Qué tipo posible de alianza? Este tema del empresariado nacional, ¿es verdad o es pura etiqueña? ¿Existe en algún lado el empresariado nacional? La debilidad del movimiento obrero hoy en América Latina es brutal. Es muy difícil pensar en una alianza con portadores sociales claros. La podemos formular, pero no vemos portadores sociales de esas opciones. ¿Qué cambios se dieron en la estructura social de América Latina? ¿Qué clases, grupos, actores son significativos? ¿Es posible repensar hoy en una opción? Tendríamos que hacer lo que hizo Germani: volver a pensar. ¿Cuál es el carácter de la estructura social de estos países? No lo sabemos. Tenemos algunas ideas. Nuestro papel, antes de lanzarnos a los grandes proyectos, debería ser comprender la realidad. ¿Cuál es hoy la función intelectual posible? Hacer lo que otros no hacen: dar cuenta de la realidad.

El problema no es si la dependencia es un problema en desuso, el problema es si pensar en el cambio de las reglas del sistema capitalista es una idea en desuso. Eso es un poco más complicado.



Política, base social y asistencialismo

Jorge Tula

En la vida democrática la política puede relacionarse con la base social de diversas formas. A veces opta por una fidelidad absoluta con sus valores, apenas preocupada por los cambios que se producen fuera de ella y más atenta a su coherencia que a la responsabilidad. En otros casos se limita a satisfacer intereses que benefician sólo a sectores de la sociedad. Hay casos en que hace uso de recursos de políticas públicas idóneas que producen los mejores frutos. Pero hay también momentos especiales en el que las expectativas y las esperanzas colectivas se modifican y se abren posibilidades inéditas para lograr consenso si se tiene inteligencia política para auscultarlas. Esa nueva fase se inicia, dice Carlo Donolo, cuando el péndulo del espíritu público se mueve en dirección distinta a las tendencias en boga. En tal caso la base social se pone en movimiento y está a la espera de que la política la interprete, la represente y la organice.

Sin una orientación claramente definida, en nuestro país este espíritu público parece estar convencido de la inconveniencia de volver al viejo estado incompetente y prebendario, pero también advierte su actual ineptitud para resolver cuestiones sociales y dejar muchas de ellas a la competencia y a la desmesura del mercado. A la vez asiste a propuestas diversas. Una de ellas sostiene que el empobrecido estado debe abandonar la gestión de los servicios y desempeñar una mera tarea gerencial de orientación y de control. Y por cierto de financiamiento. Ahora bien, ese espacio abandonado queda a disposición de las iniciativas de la sociedad civil, solidarias y de mercado. En este campo propicio el tercer sector (rs) podrá llevar a cabo su oferta de servicios sociales en donde podrán com-

binarse la solidaridad, la libertad y la eficiencia. Y también, se afirma, sería una receta para los problemas de la desocupación. En suma: en el futuro del sistema de protección social se producirían relaciones más estrechas y fructíferas entre sujetos públicos y sujetos del rs. Pero hay quienes se preguntan hasta qué punto este *mix* podrá enriquecer el sistema de protección social y a la vez ampliar la ciudadanía social, pues advierten que es cada vez más evidente la existencia de poderosas fuerzas que desean utilizar esta confluencia a los solos efectos de reducir la intervención pública con fines sociales, sin preocuparse por las consecuencias para el ámbito de la desigualdad y de la marginación.

El papel que puede desempeñar el rs será distinto según sean los principios y los valores que orienten las políticas públicas. Cuando éstas son de tipo residual, o sea cuando está dirigida especialmente a los sectores más desfavorecidos y el mercado actúa de hecho como regulador social, el rs se limitará a desempeñar tareas de asistencia a los sectores marginados, a atenuar las tensiones que produce el desamparo. En cambio, cuando las políticas públicas enfatizan la ciudadanía social, el rs puede participar en la búsqueda de ampliación de los derechos de ciudadad-

nía y de una mayor inclusión social.

Sin embargo, las organizaciones del rs, advierten algunos, son intrínsecamente paternalistas, pues creen saber lo que es bueno para la sociedad. Pero además, con el paso del tiempo estas organizaciones identificarían su prosperidad con los intereses de la sociedad. Sea como fuere, dicen otros, la presencia del rs puede constituir una medida del nivel moral de la sociedad, pero esto no siempre puede ser comprobado y no sigue de suyo que estas organizaciones sean *per se* altruistas.

En realidad, el crecimiento de un mercado social en el campo de las políticas sociales, afirma Ota de Leonardi, plantea una cuestión pública. ¿En qué condiciones -pregunta- los bienes que allí se tramitan mantienen el estatuto de bienes comunes y qué potencialidades y riesgos conlleva en el terreno de la construcción de la ciudadanía y de la democracia como régimen de aprendizaje social?

Es cierto que, una vez terminada la identificación entre lo público y lo estatal, como sucede ahora, debemos repensar lo público más allá de la frontera del estado, pero no hay que olvidar que la esfera pública es aquella en donde los ciudadanos se reúnen públicamente para discutir problemas y fines que les son comunes. Y en esta esfera por cierto no es posible limitarse a actuar y ser reconocidos sólo como portadores de demanda, sino que también es necesario tener voz. Y que esto sea reconocido.

Y por eso en las políticas públicas, aun en el caso del asistencialismo, cuya urgencia puede llevar a descuidar ciertos principios básicos, hay que hacer uso de la inteligencia política para advertir que, aun en estos casos, la voz de quienes reciben la asistencia es de gran importancia y que trasladar a ciertas organizaciones no gubernamentales esta tarea puede llegar a desterrar el clientelismo político, es cierto, pero a la vez puede dar vida a otro que no es menos riesgoso.

